

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1864. — TOMO XXIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 23. — N° 590.

Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

## SUMARIO.

Correspondencia de Méjico; grabado. — Apuntes para escribir la Historia de la literatura española en los siglos XVIII y XIX. — Descubrimientos modernos. — Sucesos de Dinamarca; grabados. — Actualidades.

por Cham; grabados. — Revista de Paris. — Diálogos familiares. — La Confederación germánica; grabado. — Paris y Londres en 1793. — Cochinchina; grabados. — El corredor de playa. — La cuna vacía. — Revista de la moda. — Un retrato auténtico de W. Shakespeare; grabado. — El ponton-faro de Rochebonne; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

## Correspondencia de Méjico.

La expedición al interior, poco fértil en sucesos militares, ha tenido un resultado político de alta importancia; los jefes del ejército juarista se han retirado constantemente ante las columnas, y relegados hoy a 400 leguas de la capital, han vuelto a reinar la paz y el orden; las milicias rurales se organizan; las policías



Guerrilleros haciendo su sumision al general baron Neigre, comandante superior de Méjico.

urbanas se establecen, la justicia funciona, y la industria y el comercio toman incremento. La ciudad de Méjico bajo la entendeda y enérgica dirección de su comandante superior, el general Neigre, disfruta desde hace largo tiempo ya de estas preciosas ventajas; una guardia municipal, los serenos, y sobre todo una policía de seguridad activa é inteligente, la han convertido en una de las ciudades mas tranquilas del nuevo mundo.

Unicamente las haciendas aisladas y las poblaciones de las montañas sufrían aun los vejámenes de las partidas que hace mas de cuarenta años constituyen la plaga del pais, pero estas tambien desaparecen; contra-guerrillas y compañías sueltas mandadas por jefes activos é intrépidos las persiguen sin descanso, y así es que jefes y soldados acuden en crecido número á implorar una amnistía, que guiado por un espíritu de concordia ha proclamado el general en jefe. Así hemos visto llegar esta semana á los tres Fragosos, á Luis Malo, etc., para presentarse al general Neigre, comandante superior; mañana se espera tambien á un jefe importante, que será imitado y seguido por otros. V. P.

Méjico 26 de febrero.

### Apuntes para escribir la Historia

DE LA LITERATURA ESPAÑOLA EN LOS SIGLOS XVIII Y XIX.

OBRAS POÉTICAS Y LITERARIAS

DE DON JOSE HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

Artículo segundo y último. — (Véase el número 584.)

Dejando á un lado los tres poemas escritos en colaboración de don José Zorrilla, que son *Pentápolis* (ó *La Ira de Dios*), *María* y *Un cuento de amores*; dejando tambien á un lado la linda leyenda en verso titulada *La Caverna del Diablo*, entraré de lleno, como prometí en mi anterior artículo, en el examen de *Delirium*, de *La Segunda Vida* y del *Proscripto*, por ser estos los poemas mas importantes del señor Garcia de Quevedo. Publicóse el primero en Madrid á fines del año 1850, y recuerdo aun la feliz acogida que obtuvo en aquella corte y en toda España esta obra, una de las mejores de su autor. La leí entonces con particular interés, he vuelto á leerla hace poco, cuando salió por segunda vez impresa en la colección Baudry, y ya tenía formado un juicio, á mi modo de ver exacto, acerca de su valor literario, cuando oportuna y casualmente ha caído en mis manos la colección de uno de los mejores periódicos de Madrid (1), en donde he hallado un extenso artículo, suscrito por un conocido literato, individuo de la real Academia española, en el que analiza extensamente el poema *Delirium*. Espero que los lectores del *Correo* me agradecerán el que transcriba aquí algunos párrafos del citado artículo con cuyas ideas estoy enteramente de acuerdo. Dice así: «El señor Hartzenbusch, escritor tan profundo en el ejercicio de la crítica como brillante en el de la poesía, en un excelente prólogo á este poema, estampa las siguientes notables palabras: «La historia de Arturo (el héroe de *Delirium*) no es falsa; es verdaderísima en todas sus partes; aquellos lances han ocurrido y ocurrirán muchas, infinitas veces: *la historia de Arturo es la del hombre*; es la representación de las pasiones humanas en el borrascoso período de la juventud...» ¡Grande y magnífico argumento que el poeta desarrolla con una lucidez y fuerza de imaginación sorprendentes! El mérito de una versificación rica y de una fabula llena de interés y novedad, puede decirse que es aquí lo de menos; lo que nos parece mas digno de consideración en esta obra, por todos conceptos notabilísima, es el gran conocimiento que revela del corazón humano, y tambien, lo que vale todavía mas, el arte con que reviste de formas seductoras los preceptos de la mas sana moral. La expresión con que termina el férvido himno que dirige Arturo á Dios al concluir el poema, resume admirablemente el pensamiento que domina en todo él:

Eterno faro de la eterna lumbre  
Que ilumina al mortal afortunado,  
Líbrame de la odiosa servidumbre  
Que al pecador impone su pecado.

Todo el poema no es mas que una elocuente paráfrasis de esta gran verdad evangélica: nada tan odioso, nada tan duro y cruel como la *servidumbre* que impone al hombre el pecado. Que esto es cosa de todos sabida, ¿quién puede dudarlo? no hay catecismo para los niños que no lo enseñe; pero lo mismo sucede con todas las grandes enseñanzas morales; lo esencial, lo útil es revestirlas de formas bellas que las hagan perceptibles y les comuniquen fuerza de demostraciones prácticas. No hay que confundir en este punto los hechos con las máximas ó doctrinas; empeñarse en demostrar un hecho vulgar, es perder lastimosamente el tiempo: poner en acción una máxima fecunda, para probarla, para inculcarla mas y mas en la conciencia de las gentes, es emplear la poesía en su misión mas noble y santa. Lo esencial, sobre todo bajo el punto de vista del arte, es dar *novedad* á la máxima ó máximas que se trata de desarrollar en la composición *poética*, y para esto ni pueden establecerse reglas ni fijarse antecedentes: es cuestión de sentimiento, de inspiración y de gusto.

(1) *La España*, diario político y literario.

Pasa la acción del poema *Delirium* en los tiempos del Gran Capitán, durante sus gloriosas campañas en Italia. El conde Arturo, personificación de la juventud impaciente, huye del pacífico hogar doméstico en busca de una felicidad soñada en el hervor de las pasiones: arrastrado por ellas recorre el círculo fatal de los errores juveniles; llega á poner el pié en los linderos del crimen; retrocede empujado á impulsos del ángel de su guarda, y halla en fin la felicidad... ¿dónde? en aquel mismo hogar doméstico del que, ciego é insensato, se alejó siete años antes para buscarla. En el término de su carrera reconoce que la felicidad estaba en el punto de partida, no en impuros amores, no en las febriles agitaciones del juego, los festines y los campos de batalla. Ciertamente esto no es nuevo, volvemos á decir; ¿qué ha de serlo? viejo era ya en los tiempos del *Hijo pródigo*, como que databa de los primeros días de la creación, desde que el hombre caído dió asilo en su pecho á todas las miserias humanas; pero ¿qué novedad y qué atractivo da el señor Garcia de Quevedo á su argumento, tan antiguo como el mundo, tan sabido como todas las verdades morales y tan olvidado ¡ay! en la práctica como tantas otras! Es un principio eternamente cierto que lo mas obvio, en el orden moral, es lo que menos impresión nos produce en el ánimo, lo que menos nos ocupa, lo que absolutamente parece que ignoramos. Nada tan sabido por todos como que de un momento á otro hemos de morir; nada sin embargo nos coge tan de sorpresa como la muerte. Todos sabemos que en la moderación de los deseos consiste la felicidad verdadera; ¿quién sin embargo no lo ha olvidado alguna vez, como si no lo hubiera sabido nunca? Bien dice el señor Hartzenbusch: «La historia de Arturo no es fabulosa; es verdaderísima en todas sus partes... La historia de Arturo es la del hombre.» Añadamos como una deducción natural de estas palabras, que es tambien tan antigua y tan nueva como el hombre. — Poco podré añadir á este juicio de uno de nuestros mas conocidos críticos, como no sea decir cuatro palabras acerca del lenguaje, del estilo y de la versificación. El lenguaje es siempre castizo; el estilo elegante y propio del asunto del poema, y en cuanto á la versificación con decir que es digna del autor de las poesías que he analizado en el primer artículo, creo haber dicho en su elogio cuanto puede decirse. Mas por si alguno creyese que este juicio es algo apasionado, tendré el gusto de reproducir á renglón seguido algunas estrofas de *Delirium*, para que mis lectores juzguen por si mismos. Dice Arturo en el cuadro segundo:

Unico alivio en mi mortal desvelo,  
Pálida reina de la noche umbría,  
Tú, que recorres con pausado vuelo  
La inmensidad de la región vacía;  
Tú, que á la vez inundas tierra y cielo  
Con mas plácida luz que la del día,  
O envuelta acaso entre parduscas nieblas  
Sigues tu blando curso entre tinieblas;

¿Eres lo que la escasa ciencia humana  
Te juzga?... ¿Eres un átomo perdido  
En la etérea región? — ¿La soberana  
Mano de Dios, allí te ha suspendido  
Porque fueras del sol única hermana?  
¿O acaso eres destello desprendido  
Del eterno raudal de pura lumbre  
Que arde sobre esa fúlgida techumbre?

Bastan estas dos estrofas para que los lectores del *Correo* se convenzan de que la versificación de *Delirium* es digna de su autor.

El segundo poema, — ó eslabon de la cadena que empezó con *Delirium* y que terminará Dios sabe con qué obra, se titula *La Segunda Vida*, episodios del siglo XIX. Aunque las comparaciones son casi siempre odiosas, como aquí se trata de dos obras de un mismo autor, no creo fuera de propósito decir que este segundo poema del señor Garcia de Quevedo me parece superior al primero, y eso que este, como he dicho hace poco, es de relevante mérito. El pensamiento moral es el mismo en ambos poemas; la forma es idéntica, medio lírica y medio dramática, pero como la época en que se supone la acción es distinta, la indole de los personajes no puede naturalmente ser la misma. Un hombre del siglo XV como el conde Arturo no puede pensar ni amar ni sentir de la misma manera que un hombre del siglo XIX como Karl Gruner. Los personajes de *La Segunda Vida*, por lo mismo que sus corazones palpitan en el mismo siglo que los nuestros, nos interesan mucho mas que los de *Delirium*; Julieta nos inspira mas lástima que Azelia, siendo así que el dolor de esta es tanto ó mas intenso que el de aquella. Creo además que el interés se mantiene mas vivo en *La Segunda Vida* que en *Delirium*, y no hay para que encarecer la necesidad de que en toda obra de imaginación, ya sea un drama, una novela ó un poema, el interés esté siempre palpitante. El señor Garcia de Quevedo posee el raro privilegio de saber dar á todas sus producciones mucho interés, cualidad *sine qua non* de toda obra literaria, pero en *La Segunda Vida* puede decirse que se ha excedido á si mismo. El mismo literato que analizó *Delirium* ha dicho de este poema lo siguiente: «Una ficción, felicísima y llena de originalidad, da argumento á *La Segunda Vida*, obra que por su esencia, no menos que por su forma es una verdadera novela ó leyenda fantástica en el gusto alemán: el poeta anima con una vida sobrenatural, — ó sea con una *segunda vida*, la estatua de

la infeliz Julieta, esculpida sobre la tumba de piedra en que yacen juntos, como en su tálamo nupcial, los dos célebres amantes de Verona, á la orilla del Adigio. Alternando su narración con digresiones ya tristes, ya burlescas, cuenta en fluidos versos las aventuras de aquella fantástica y dolorosa existencia, cuyo desenlace viene á ser una reproducción ingeniosamente modificada de la catástrofe que inmortalizó el gran genio de Shakespeare. La segunda vida de Julieta no empieza ni acaba como la primera; es mas bien, en su carrera y en su fin, una constante antítesis de esta. La amada de Romeo vive pura y feliz, y muere desgraciada: la amada de Carlos Gruner halla la impureza al *renacer*; arrastra una existencia llena de lágrimas y miserias y halla la felicidad con la fe en los umbrales de la muerte. Como los dos antiguos amantes veroneses, la nueva Julieta y el nuevo Romeo hallan en el mismo tósigo la unión anhelada; pero aquellos la hallan en la muerte y estos en la vida.

Todos los tonos poéticos se mezclan con grata variedad en esta composición, pero lo que domina en ella es un sentimiento de tristeza desengañada, profunda, que ora emplea el acento de una caliente indignación, ora y con mas frecuencia el de una ironía acerba. Tiene este libro páginas llenas de serenidad y dulzura, como tersas lagunas dormidas en lo interior de los bosques bajo la movible sombra de las floridas enramadas, al lado de otras que, como el papel en que escribió el moro Tarfe su célebre carta de desafío á Zaide, parecen *rasgadas* por una mano calenturienta: un aliento de fuego ha pasado sobre ellas. En medio de la libertad con que el poeta se deja llevar de todos los caprichos de su rica fantasía, la unidad de la acción está perfectamente seguida: lejos de perjudicar al interés que inspira la suerte de Julieta, le aumentan realmente las bien traídas digresiones en que el poeta, poniéndose en primer término, discurre sobre los incidentes nacidos de la acción misma que va desarrollando. Así le vemos detenerse unas veces en felices descripciones, ya tronar con generosa energía contra las costumbres del siglo, ya entonar férvidos himnos de entusiasmo á Italia y Hungría, ya en fin divagar por los floridos campos de la *réverie*, ilustrando así con un ejemplo el significado de esta expresiva palabra francesa, que se traduce de veinte modos y de ninguno bien. Véase en la página 72 del tomo primero el canto así titulado, que es uno de los mas felices del poema, leyenda ó novela en verso, como quiera llamarse, que debemos al claro talento del señor Garcia de Quevedo. — Efectivamente, el canto á que alude el crítico de *La España* es de los mas bellos del poema, y para que los lectores del *Correo* se formen una idea de él voy á reproducir algunos trozos solamente, no pudiendo ser íntegro por no consentirle las dimensiones de este artículo:

— Ya el tibio sol poniente  
No baña la ancha liza, é impaciente  
El inmenso gentío,  
Como el lejano mar sordo murmura,  
Al ver que no aparece un combatiente:  
Cuando pausado, tétrico, sombrío,  
Negra como la muerte la armadura,  
Aparece un incógnito guerrero  
Y va á retar al adalid primero;  
Como el rayo le vence; y va el segundo  
Y de un bote de lanza furibundo  
Le postra, y lote igual cabe al tercero.  
Y los jueces del campo le proclaman  
Vencedor, y á los piés de la hermosura  
Va el premio á recibir de la bravura;  
Mientras que voces mil y mil clarines  
Rey de los paladines  
Con entusiasta estrépito le aclaman.  
Y trémula Julieta, al noble cuello  
Un medallón le ciñe, suspendido  
En un frágil tejido  
Hecho de su levísimo cabello,  
Y la visera alzada,  
De nuevo ve ante sí la faz amada  
Del jóven peregrino...

Con el mayor gusto analizaría ahora el tercer poema del señor Garcia de Quevedo, que lleva por título *El Proscripto*: no lo hago sin embargo por dos razones, la primera porque si me detuviere en el examen de esa obra no me quedaria espacio para hablar de las producciones dramáticas del mismo autor, y la segunda porque ese trabajo ya lo hice años há en las columnas del periódico *La España* (1), cuando su autor publicó aquel poema en 1853.

Doce producciones dramáticas ha escrito hasta el día el señor Garcia de Quevedo, y de las *doce* solamente cinco se han llegado á representar, que son *Nobleza contra nobleza*, *Un Page y un caballero*, *Don Bernardo de Cabrera*, *El Juicio público* y *Contrastes*, drama escrito en colaboración del señor don Enrique de Saavedra, marqués de Auñón. Exceptuando este último, que tuvo un éxito mediano, los otros cuatro dramas se han representado en los principales teatros de Madrid con muy buen éxito. — ¿En qué consiste pues, que los demás no se hayan representado siendo así que su autor los ha escrito, no por vano entretenimiento, sino para que el público los juzgue? Hé aquí un problema como tantos otros, muy difícil de resolver, por no decir im-

(1) En el número correspondiente al 5 de abril de 1853.

posible. En la suposición (suposición ciertísima) que todas las producciones que el señor Quevedo ha escrito para el teatro tienen un mérito real y positivo, y sabiendo, como todos sabemos, que la mayor parte de las obras que se estrenan en nuestros coliseos carecen por completo de semejante mérito, ¿cómo, repito, se puede comprender que los empresarios ó los directores de escena no hayan querido admitir las del señor Quevedo? Y sabiendo todos los que en España se ocupan de teatros que *Nobleza contra nobleza*, *Un Page y un caballero*, *Don Bernardo de Cabrera* y *El Juicio público* han obtenido un éxito sumamente satisfactorio, ¿por qué una vez admitidas las obras de este autor, como sucedió con su tragedia *Coriolano*, aprobada por la comisión de lectura del *Teatro Español* en 1849, por qué, repito, no se llegan á poner en escena? Como se ve, el problema, en vez de resolverse, se va complicando mas y mas hasta ofender al sentido comun. No hay razon alguna para que ciertos dramas del señor Quevedo se aprueben y se representen, para que otros se aprueben y no se representen y para que los demás en fin ni se aprueben ni se representen; no hay razon alguna, digo, como no sea que algunos llamen razon el antojo de algun empresario estúpido de los que dicen con la mayor frescura: no pongo en escena tal ó cual obra *porque no me da la gana*. ¿Por qué se ha representado *Nobleza contra nobleza*, y no han merecido igual honor *Patria y amor en porfia* y *Tinieblas y luz*, siendo así que estas dos producciones valen mas, literariamente consideradas, que la primera? ¿Por qué ha sucedido lo propio con *Un Page y un caballero* y *Don Bernardo de Cabrera*, inferior aquella sin embargo, á *Isabel de Médicis*, y la segunda á *Treinta mil duros de renta*? Por mas que se busquen razones para explicar estas anomalías, no se hallarán ciertamente, y mientras no se encuentren otras mas poderosas recordaré el adagio español, aplicable por lo visto á los dramas como á las personas: *Mas vale caer en gracia que ser gracioso*.

Dije antes que una de las obras del señor Garcia de Quevedo que habian merecido los honores de la representación era *Un Page y un caballero*; véase ahora de qué modo juzgó este drama uno de los criticos españoles que escribían folletines de teatros en aquella época: « Hablamos de *Un Page y un caballero*, drama en tres actos, en verso, original de don Heriberto Garcia de Quevedo, uno de los jóvenes de mas talento, saber y aplicacion entre cuantos escriben para el público. A lo que podemos juzgar por los dramas suyos que conocemos, lo único que falta á este joven poeta es el arte, ó si se quiere el instinto de disponer hábil y sobriamente las partes de una composicion; concibe muy bien un argumento, pero no sabe á nuestro juicio distribuirle en escenas de modo que el espectador le conciba igualmente bien. La experiencia se lo enseñará y entonces será un excelente poeta dramático. El primer esfuerzo que tiene que hacer sobre si mismo, nos parece que es reprimir un poco el raudal de su rica y lozana imaginacion. Como todos los jóvenes que han leído y visto mucho, el señor Quevedo suele decir mas de lo necesario y atenuar así el efecto de las situaciones dramáticas. Esto sucede en alguna de sus últimas obras. El argumento de esta tiene mucho de novelesco: vamos á exponerlo en pocas palabras. — Un page del rey Don Alfonso el VI, llamado Nalvillos, se enamora de la infanta mora Galiana, á quien tiene bajo su amparo y tutela Doña Urraca, gobernadora del reino en ausencia del rey. La infanta mora, aunque enamorada tambien del page, conociendo que la diferencia de religion es un obstáculo para aquellos amores, procura reprimirlos, pero en vano; el mancebo, fuera de si, quiere por obtener á su amada, huir con ella y abjurar su religion, lo cual le dice en un apasionadísimo coloquio que sorprende Doña Urraca. Entre tanto, el conde don Garcia que andaba urdiendo traiciones y buscando traza para vender al moro los Estados de Don Alfonso, en venganza de ciertos agravios de él recibidos, sabedor de los amores del page y deseoso de atraerlo á su partido por ser mozo resuelto y de grandes esperanzas, le promete facilitarle los medios de casarse con Galiana, y para tratar el caso con todo secreto y cautela, le da cita para las altas horas de la noche fuera de la ciudad (Toledo) en el castillo de San Servando.

Acto segundo. Hace una noche espantosa; cae la lluvia á torrentes y zumba el viento con furia. — El conde traidor está aguardando al page; llega este, y oye indignado que se propone la entrega ya concertada de la ciudad de Toledo al moro de Córdoba, y que en premio de esta infamia le ofrece la posesion de Galiana, honores, riquezas y todo cuanto podia lisonjear su ambicion. — El honrado mancebo no le deja concluir; rechaza aquellos indignos ofrecimientos, insulta furioso al conde y parte amenazándole con descubrir su traicion. Esta escena superiormente versificada y en que los caracteres de ambos interlocutores están sostenidos y desarrollados con rara habilidad, nos parece la mejor del drama. — El conde entonces llama con un silbato á dos sicarios que tiene apostados allí cerca y les manda que maten al page inmediatamente. — Cuando sabe por su confidente Alvarez que ya debe estar ejecutada la orden, siente un impulso de arrepentimiento... pero ya no le es dado retroceder en la senda del crimen. Llega el emisario del rey moro de Córdoba á recoger su firma en el contrato de entrega de plaza, y el conde la da recibiendo en el acto el precio de su vil traicion: — pocos momentos despues, el abad de Sahagun, que la ha descubierto, se presenta con fuerza bastante para prender á los conjuradores. El conde logra escaparse; Alvarez, arrepentido y contrito, confiesa su parte de culpa y se

entrega al abad, quien al punto despacha parte de sus soldados en busca del enviado moro; pero los soldados vuelven trayendo solo en una camilla al page moribundo á quien todos juzgaban muerto. El reconocimiento de que aun vive da ocasion á una escena muy bella.

Acto tercero. Pasa este en el palacio de Don Alfonso, que vuelve triunfante de sus guerras con los moros. Preséntase un heraldo á desafiar al conde y á acusarle de traidor en nombre del Cid: el conde rehuye el desafío, y antes de que recoja el guante que le arroja el heraldo, se presenta un caballero con la visera calada que le acusa de asesino y pide al rey la vènia para pelear con él primero. Pídenle las pruebas de su acusacion y él entonces descubriéndose el rostro, descubre ser el page á quien el conde creia muerto. El rey le arma caballero, condena á don Garcia y el page se casa con Galiana, ya convertida á la verdadera fe.

Tales son las situaciones principales y la marcha del drama, prescindiendo de pormenores. Como se ve, la accion tiene interés, pero acaso ese interés es mas novelesco que dramático. El lenguaje es muy correcto; la versificación fluida y robusta al mismo tiempo. Felicitamos al señor Quevedo por esta nueva produccion, y nos reservamos á juzgarle mas detenidamente cuando veamos en el *Teatro Español* alguna de las obras que en él tiene admitidas.

*Treinta mil duros de renta* es en mi opinion el mejor drama del señor Garcia de Quevedo, el cual ha conseguido vencer una de las mayores dificultades que se presentan á los autores dramáticos, — la de interesar á los espectadores con una fabula sencilla y verdadera. Hay caracteres bellísimos en esta obra, entre los cuales descuella en primera linea el de don Luis de Mendoza, modelo de hidalguia, de honradez y de caballeridad; joven lleno de talento, instruido y modesto, en cuyo corazon grande y generoso no tienen cabida ni el rencor, ni la venganza ni ningun sentimiento villano. El autor coloca á don Luis en una de las situaciones mas criticas en que puede verse un hombre, y sin embargo con su talento, con su profundo conocimiento del mundo, con su constancia para el trabajo y con las demas prendas que le adornan, consigue todo lo que puede anhelar un joven de talento y de corazon, conquistarse un puesto ventajoso en la sociedad y conseguir la mano de la mujer que ama. El drama del señor Garcia de Quevedo es una fotografia, pero una buena fotografia de la sociedad actual, lo mismo de la nuestra que de la de los demás países: bajo este punto de vista puede decirse que su obra es cosmopolita, pues en donde quiera que haya hombres y mujeres habra los mismos vicios y las mismas virtudes que nos pinta el autor en *Treinta mil duros de renta*. Un padre, á quien nada le importa sacrificar su hija con tal de que su futuro yerno tenga muchísimo dinero con que salvarle de una ruina pronta y segura; una madre que por el contrario no atiende mas que á las cualidades morales de las personas que aspiran á la mano de su hija querida, un joven que está pronto á contraer matrimonio con una señorita, cuyas virtudes le son del todo indiferentes, y cuyo inmenso caudal es lo único que ambiciona poseer, son personajes que lo mismo abundan en España que en Francia ó en cualquiera otra nacion del mundo:

El dios del siglo es el oro...  
Y solo á ese dios adoro,

es la oracion mental de no pocas gentes en este siglo mercantil y egoista. El señor Garcia de Quevedo comprendiendo la verdadera indole é importancia del drama de costumbres, ha escrito su obra en prosa, dando con ello una prueba mas de su verdadero talento literario y de que conoce á fondo las exigencias del teatro moderno. No conozco nada mas ridiculo que ver en la escena mujeres con miriñaque y hombres con frac negro y corbata blanca, es decir, la quinta esencia de lo vulgar y prosaico, dirigirse la palabra en verso como si fueran matronas romanas ó caballeros del tiempo de las Cruzadas. Quédense los versos para las tragedias y los dramas, cuando los actores visten túnica ó cota de malla; pero cuando visten trajes del dia es preciso hacerles hablar en prosa.

El señor Garcia de Quevedo ha abarcado casi todos los géneros de literatura; ya he hablado de sus poesias líricas, de sus leyendas ó poemas, y de sus composiciones dramáticas; fallame ahora decir cuatro palabras de sus novelas y demás escritos en prosa. En el segundo volumen de sus *Obras pœticas y literarias* los lectores hallarán tres novelas bastante largas: *El amor de una niña*, *Dos duelos á diez y ocho años de distancia* y *Sin nombre*, y otras dos cortitas *Un amor de estudiante* y *La vuelta del presidiario*. En todas ellas, pero particularmente en la primera y en *Sin nombre*, su autor demuestra poseer todas las dotes que deben adornar á un buen novelista: dos veces he leído *El amor de una niña*, y su segunda lectura me ha agradado todavía mas que la primera, prueba irrecusable de que la obra tiene todas las condiciones necesarias para obtener ese resultado.

Una vez leídos sus demás escritos en prosa, que son: el monólogo de *Tisaferna*, los *Pensamientos* (ideas sueltas de un libro en embrión), las *Cartas á Enrique*, los *Apuntes para la historia de las jornadas de julio* y las *Consideraciones sobre el espíritu de la revolucion*; hay que convenir en que no me faltaba razon cuando dije al principio de mi primer artículo que el señor Garcia de Quevedo era un hombre que pensaba mucho y que pensaba bien, así como tampoco me falta razon para añadir que si desde hace tiempo se está haciendo justicia á sus versos, creo llegada la hora de que se haga lo propio con su prosa.

El privilegiado ingenio cuyas obras acabo de examinar, nació en la ciudad de Coro (república de Venezuela) á 16 de marzo de 1821. El señor Garcia de Quevedo tiene pues actualmente cuarenta y tres años, y no cuarenta y cinco, como involuntariamente dije en mi primer artículo. Hizo sus primeros estudios en Puerto Rico, luego en Paris y por último en Madrid, en donde empezó á figurar como poeta en 1845, publicando algunas de sus composiciones en el *Tiempo* y en el *Renacimiento*. Una de sus poesias fué premiada en un certamen del *Liceo* de Madrid. El señor Garcia de Quevedo ha viajado mucho, especialmente por Europa y América. Conoce á fondo el latin y el griego y habla con toda perfeccion la mayor parte de las lenguas vivas. Ha escrito en la *Revista hispano-americana*, en el *Semanario Pintoresco Universal*, en la *Epoca* y en *El Siglo XIX*, que dirigió durante algun tiempo, despues de la revolucion de julio, siendo uno de los paladines del trono de Doña Isabel II: sostuvo entonces una sangrienta polémica con un periódico que se titulaba *El Látigo*, órgano de la democracia; la polémica terminó con un desafío entre el director de ese diario y el señor Garcia de Quevedo. Mas adelante, en las jornadas de julio de 1856, fué gravemente herido en una pierna al pelear con las tropas del general O'Donnell contra los enemigos del trono y de la dinastia, habiendo merecido ser condecorado con la cruz militar de San Fernando. Pocos meses despues fué nombrado *Encargado de Negocios* en Venezuela y mas tarde en el *Ecuador*. Desempeñó algunos años despues una comision en Paris, por la cual ha sido condecorado con la cruz de oficial de la Legion de Honor. Ultimamente ha sido nombrado *Encargado de Negocios* en los reinos de Baviera y de Wurtemberg, en el granducado de Baden y en Suiza, habiendo sido agraciado ademas con la Gran cruz de Isabel la Católica. Es ademas Gentil-hombre de camara de S. M. y Comendador de número de Carlos III. Si en la república de las letras ha ganado palmo á palmo uno de los primeros puestos, en la carrera diplomática ha sabido hacerse en ocho años de carrera una posicion envidiable.

CARLOS DE OCHOA.

## Descubrimientos modernos.

FOTOGRAFIA MICROSCOPICA.

La fotografia es uno de los descubrimientos mas admirables de nuestra época, y eso que ella « no ha dicho aun su última palabra, » valiéndonos de la expresion feliz del sabio M. Arago relativamente á los ferro-carriles. Pero no solo es la fotografia un descubrimiento admirable y útil en sus aplicaciones, es además el recreo mas universal y mas inocente del mundo. Bajo este último punto de vista, es como nos proponemos considerarla en los breves apuntes que vamos á dedicarle.

El deseo de generalizar y conservar cada cual su buena ó mala estampa es inherente á la humana naturaleza. De aquí nacieron los retratos, que no eran ni son otra cosa que una protesta hecha en lienzo ó marfil contra los olvidos del tiempo. Las familias procuraban conservar por este medio la imagen de sus ascendientes, y los pueblos la de sus hombres célebres; porque la curiosidad no se sacia con el solo hecho de admirar las obras maestras, sino que necesita saber si el autor fué feo ó bonito, si tuvo la nariz larga ó corta, y demas pormenores fisionómicos, por mas que estos ni quiten ni pongan al mérito de un libro clasico ó de una pintura correcta. Tales datos faltan no pocas veces, pero el editor no se apura por tan poca cosa: hace el retrato de memoria, lo pone en la portada de un libro, y lo da á los lectores como vera efigies del autor. Si alguno duda de la identidad de la persona, no tiene mas que ir á comprobarlo, confrontando la copia con el original; cosa que no suele ofrecer otra dificultad sino la de que el autor lleve doscientos ó trescientos años de enterrado.

Esto, que es lo que aconteció al gran Cervantes, no haya miedo que nos acontezca á nosotros los que vivimos en pleno siglo de la fotografia. Si alguien de él llega á ser tan célebre como el autor del *Quijote*, no tema ciertamente que la posteridad se ande dando calabazadas por buscar en sus obras las señas de su rostro, que á centenares hallará rodando sus fotografías por los almacenes y talleres, y á millaradas las vera amontonarse en los mostruarios de las esquinas, donde bajo el título de *personajes célebres* campear, entre otros, todos los acróbatas y amazonas del circo ecuestre, y todos los banderilleros y picadores que hoy miden con los piés ó con las costillas los redondeles de las plazas de España.

Pero dijimos además que el descubrimiento de la fotografia era en sus aplicaciones el recreo mas inocente del mundo. Esto es lo que nos proponemos demostrar en breves palabras.

El vapor es un gran descubrimiento; pero una caldera mal forjada, una válvula que se insurrecciona, un error en el manómetro ó un descuido en el maquinista, pueden hacerle á uno saltar hasta la quinta esfera; un rail levantado puede descarrilar un tren, y entonces cuéntese por feliz quien solo saque una descalabratura ó dos. Todo esto aun sin tomar en cuenta que en un ferro-carril el pasajero está considerado en la categoria de mero fardo, al que se embute á toque de campana en un departamento mejor ó peor, segun pague, y en el

que se le encierra con llave, obligándolo a convertirse por un largo espacio de tiempo en cuerpo glorioso, no sometido á las comunes necesidades de la flaca naturaleza.

Ninguno de estos peligros, ninguna de estas molestias, que ya son algo, se encuentran en la fotografía. No es mucho pues que bajo este punto de vista le demos un lugar tan preferente entre los portentosos descubrimientos que enaltecen á nuestro siglo.

Pero este ramo de industria, creado por la ciencia especulativa, no se ha contentado con lo que fué hasta ahora; ha querido ir mas allá, y lo ha conseguido, como conseguirá otras muchas cosas. Se ha hecho completamente microscópico.

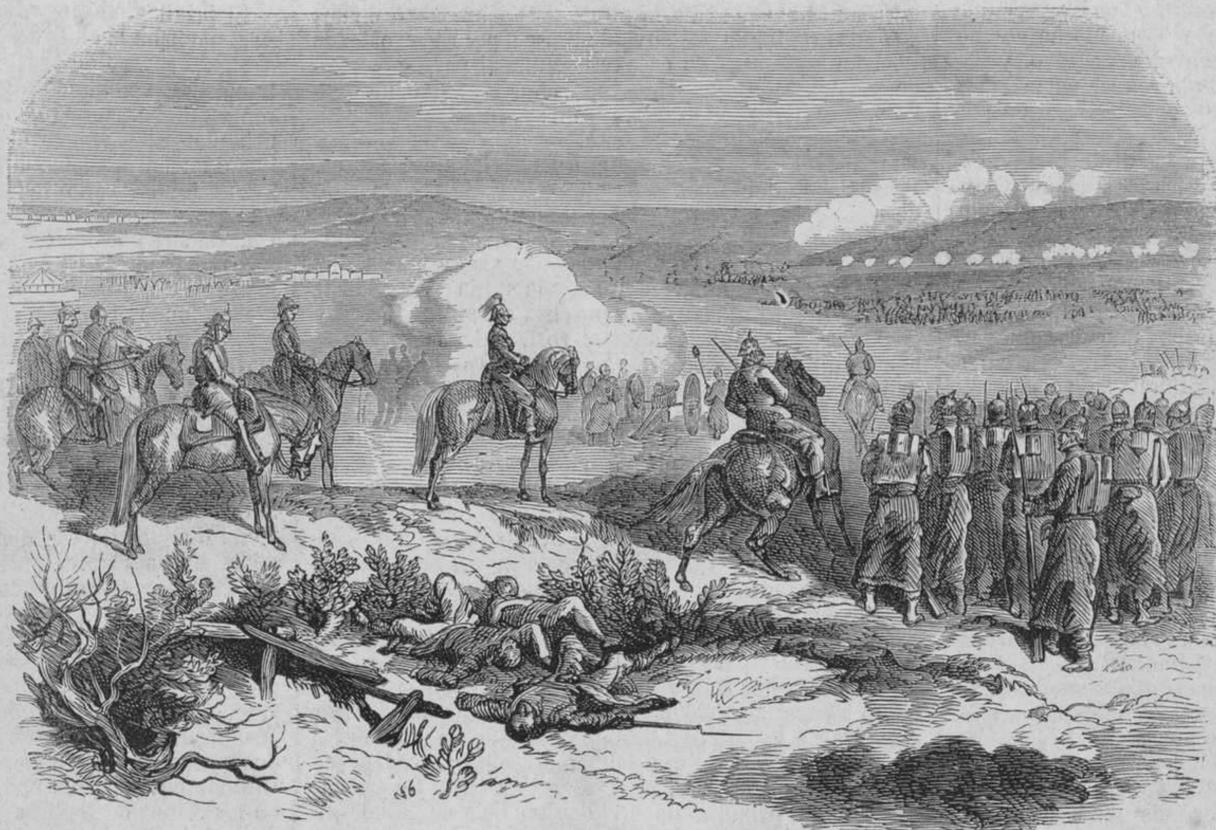
Eso de ver tan clara, tan distintamente lo que no parece que existe, es cosa que ha debido excitar de un modo poderosísimo la curiosidad. ¿Cómo funciona ese maravilloso instrumento? ¿en qué rincón desco-

nocido se oculta la invisible prueba? Vamos á verlo.

Los franceses sostienen con buenas razones que el invento se debe á un compatriota suyo, á M. Dagron; porque si bien es cierto que un fotógrafo de Manchester había llegado, años antes, á obtener pruebas muy reducidas, también lo es que por su sistema se necesitaba colocarlas bajo un microscopio común, lo cual hacía que esta aplicación fotográfica no pudiera extenderse lo bastante para llegar á generalizarse. En efecto, eso de haber de llevar debajo del brazo ó colgado de una correa un microscopio, por si se topase en el camino con una de semejantes fotografías, era cosa embarazosísima como ella sola.

El origen del procedimiento de M. Dagron viene acompañado de su historieta. Vamos á reproducirla tal como la hemos leído.

Cierto señor de alta posición y fortuna había tenido la desgracia de perder á su



SUCESOS DE DINAMARCA. — Escaramuza delante de Fredericia.



Incendio de Fredericia por la artillería austriaca.

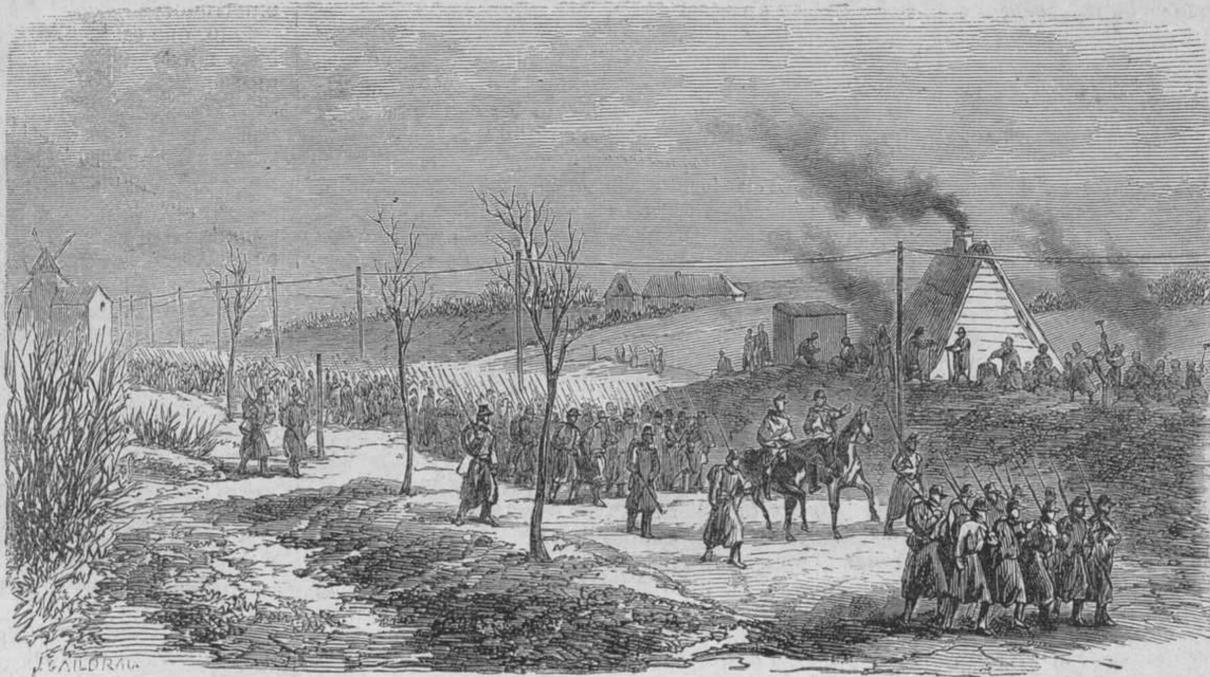
esposa, á la que amaba con delirio. Solo conservaba de ella un retrato, pero este retrato era de grandes dimensiones, y como deseaba ardientemente el llevar siempre consigo tan querida imagen, rogó á M. Dagron le reprodujese aquella pintura en el menor tamaño posible. Ofreciósele el fotógrafo, y despues de varios ensayos consiguió dar al afligido esposo una prueba de tan pequeñas dimensiones que cupiese en el engarce de una sortija.

Sin embargo, la serie de trabajos que tuvo que efectuar M. Dagron para lograr aquel objeto, le hicieron concebir la posibilidad de producir imágenes realmente microscópicas. Encerróse al efecto en su cuarto por mas de un año con el fin de hallar la solución de su difícil problema, y cuenta M. Parville con su

acostumbrado gracejo, que fué tal el misterio de que se rodeó que no faltó quien sospechase que se ocupaba de la trasmutación de los metales. Añade que sus vecinos le saludaban ya como á persona á la que puede necesitarse un día, y que su portera ó conserge, bien inspirada como lo están siempre todas las porteras, creía á pié juntillas que aquel inquilino era nada menos que un monedero falso.

Pero sin cuidarse de semejantes habladurías, M. Dagron llegó á conseguir el transformar las fotografías comunes en fotografías que pasasen por el ojo de una aguja, sin perder por eso nada de su limpieza.

No vamos aquí á detallar el procedimiento; pero si diremos algo del complemento de su invención, del microscopio á su vez



Regimiento dinamarqués en marcha hácia Duppel.

ACTUALIDADES, POR CHAM.



LA GRIPPE. — Las bailarinas de la Opera pagando su tributo.



Historia de una nariz durante la grippe de 1864.



Aprovechándose de la admiracion que le causan sus guantes para forzar la consigna.



MUSICA CELESTIAL.  
El Prusiano. — ¿Vamos á la Jutlandia?  
El Austriaco. — Teneis razon, vamos.



— ¿Tan pobres sois que teneis que reuniros para comprar laureles?



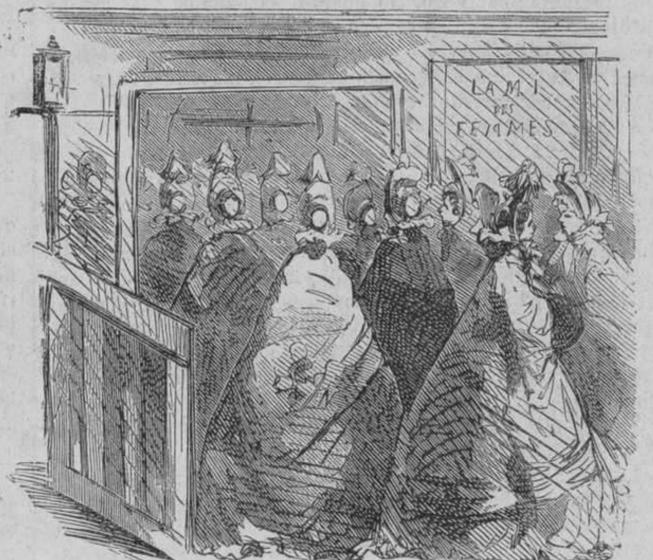
Un copista pretencioso.



Nubar bajó en el escenario de la Opera suplicando á Moisés que interponga su autoridad sobre el mar Rojo, impidiendo se arroje en el canal de M. de Lesseps.



La pérfida Albion queriendo entorpecer la navegacion del canal de Suez echando á pique á Nubar bajá.



Yendo á ver la nueva comedia el Amigo de las mujeres.



— Hé aquí un cuadro que he comprado en la venta de Delacroix. — Yo no veo mas que los piés. — No es extraño; todas sus pinturas han subido mucho.



— ¿Qué bien se han vendido los cuadros de Delacroix!  
— Amigo mio, es preciso morir para poder vivir con la pintura.



EN LONGCHAMPS.  
El criado, con voz sofocada. — Señora, deténgase Vd., ¡me ahogo!

microscópico, al través del cual se aumentan considerablemente objetos que a la simple vista no solo no se descubren, sino ni siquiera se sospecha que existan. Para esto M. Dagron se aprovechó de un descubrimiento anterior hecho por un físico inglés, consistente en una barrita muy pequeña de vidrio, plana por un extremo, convenientemente redondeada por el otro, que hace las veces de una lente de considerable aumento.

Tenemos pues a la vista un punto negro apenas perceptible; aplicad á él uno de vuestros ojos, y descubriréis clara y distintamente un paisaje, una catedral, un palacio, una ó muchas figuras, y eso con todos sus pormenores. ¿Quién es capaz de sospechar que detrás de aquel punto casi invisible se encierra todo eso?

No hay que decir que semejantes fotografías se prestan maravillosamente al misterio, y no hay tampoco que decir que si el invento de M. Dagron nació del deseo de un esposo por conservar siempre y llevar consigo la imagen de una esposa, será difícil resolver si despues ha continuado siempre fiel á su puro y laudable origen. ¿Quién es capaz de adivinar lo que puede esconderse detrás de un punto negro que apenas descubrimos en el centro de una sortija, en un alfiler de corbata, en el puño de un bastón ó en una llave de reloj?

Se ha dicho que la naturaleza se muestra mas grande que nunca en las cosas pequeñas. Eso mismo podríamos decir de la industria con motivo de la fotografía microscópica.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

### Revista de Paris.

Comienzan á anunciarse al público las fiestas veraniegas. El Pré Catelan, ese hermoso establecimiento del bosque de Boulogne frecuentado por la aristocracia parisiense, ha dado ya su funcion de apertura en presencia de una multitud de elegantes espectadores. Sin embargo, este año le faltará su célebre director de orquesta, el incomparable Musard, que ha heredado, por parte de su señora, una inmensa fortuna, y de repente ha venido á ser uno de los personajes que llaman mas la atencion en el paseo con su boato de caballos y de coches. Le reemplaza M. Forestier, que es otro músico de talento. Habrá como de costumbre conciertos, bailes de niños, escenas de magia, y por último, representaciones teatrales en el lindísimo teatro de las Flores, cuyas decoraciones son lisa y llanamente los cuadros de delicada verdura que ofrece la vegetación en esa parte del bosque de Boulogne.

Se habla mucho de la exposicion de pintura que se abrirá próximamente en el palacio de la Industria, y se dice que aunque faltarán en ella algunos nombres ilustres, será una de las mejores que se han visto. No habrá pues nada de Flandrin ni de Meissonnier; pero en cambio se indican cuadros de artistas desconocidos destinados á producir un efecto ruidoso. Tiempo es en verdad, lo mismo en las artes que en las letras, de que se dé á conocer la juventud con obras importantes.

Esta semana ha habido en la Academia francesa una reñida lucha entre J. Janin, Autran y Camilo Doucet, lucha inútil en cuanto al resultado, pues diez votaciones consecutivas no han conseguido fijar esta eleccion tan disputada. El número de votantes era de 34, y la mayoría de 18; M. Autran, el candidato mas favorecido, reunió 17 votos, y la Academia ha aplazado la eleccion para una época indeterminada. Hé aquí la historia del sillón núm. 33 al que aspiran los pretendientes citados: 1635, Hay du Chatelet; 1671, Bossuet; 1704, cardenal de Polignac; 1742, Giry de Saint-Cyr; 1761, Batteux; 1780, Lemierre; 1803, Luciano Bonaparte; 1816, Auger; 1829, Etienne, y 1845, Alfredo de Vigny.

Las crónicas de las últimas reuniones de la temporada nos suministran hoy una anécdota curiosa. Se habla de los juramentos de los beodos; pero ¿qué se dirá de los juramentos de los jugadores cuando se haya leído la infraccion á que se refiere esta historieta?

Hé aquí un hombre de buena sociedad que ha sido preso como un ladrón que detiene á los transeuntes por la noche en lugares aislados.

Un agente municipal se explica en estos términos:

— He puesto preso á este caballero á las dos de la madrugada, en el momento en que tenía cogido á un sugeto por la garganta, y se empeñaba en registrarle; viéndose en mis manos, forcejeó con violencia gritando que no era un ladrón, y no pudiendo soltarse emprendió á golpes, y necesité para dominarle la ayuda de un compañero.

El que pareció ser víctima del atentado nocturno refiere así los hechos:

«Siento mucho hallarme mezclado en un asunto tan desagradable. Este caballero (el agresor), que es mi amigo, tiene el maldito vicio de ser jugador, y como la suerte no le favorece, siempre está jurando que no jugará mas.

Noches pasadas fuimos á un baile, y á eso de las doce, viéndole que se sienta á una mesa de juego, le digo:

— Ten cuidado, pues te van á limpiar el bolsillo como de costumbre.

— ¡Oh! me respondió, pienso jugar poco.

Le dejo pues, y me marchó al salon de baile.

No había pasado media hora, cuando hé aquí que se llega á mí con el semblante trastornado y me dice:

— Habría debido escuchar tus consejos.

— ¿Has perdido?

— Sí, 1,200 francos.

— Te está bien empleado.

— Mira, tenía 2,400 francos, y te voy á dar á guardar un billete de 1,000; me quedo con 200, y si los pierdo y vengo á pedirte lo demás, no me lo des; que te suplique ó que lo exija, resiste.

Efectivamente, tomo el billete, le meto en mi bolsillo, y digo á mi amigo:

— Te prometo que así lo haré.

— Pues yo, responde el jugador, te prometo que no jugaré mas en cuanto haya perdido los 200 francos que me llevo.

Veinte minutos despues acude á mí de nuevo y me pide su billete, á lo cual le respondo con firmeza:

— No le tendrás, porque me has prohibido formalmente que te le dé.

— Esa es buena, me contestó; mira, déjate de bromas y dame mi dinero.

— Te digo que no.

Y al hablar así me dirijo á la antesala, tomo mi paletó y me marchó á fin de salvar sus mil francos.

No había dado cien pasos en la calle, cuando me agarran por el brazo: era el obstinado jugador que quería su dinero. Reñimos; él insiste, yo quiero escaparme, y entonces sin mas ni mas me echa la mano al cuello y se pone á registrarme, lo mismo que hace un salteador en un camino real; entonces apareció el agente municipal que ha contado ya el fin del lance.»

El jugador lo confiesa todo ante la justicia; deplora su picaresca pasión, y para excusar los actos de violencia de que le acusan, dice que había bebido mas champaña de lo regular, y que su mala suerte en el juego le había exasperado hasta el extremo; por último, que mas furioso aun al verse preso y llevado á la cárcel como un ladrón, perdió enteramente el juicio y no supo lo que se hacia.

Una semana de encierro le hará comprender cuán peligrosos son los juramentos que se hacen y no se cumplen.

M. Alejandro Dumas se halla en Paris al cabo de una ausencia de algunos años pasados en Italia. Una vez en esta capital, teatro de sus triunfos, donde sus numerosos amigos han celebrado grandemente su llegada, el célebre escritor, mientras da á luz los dramas y novelas que sin duda nos ha preparado en Nápoles, ha publicado una série de artículos que han sido leídos con interés, porque tratan de una actualidad importante, del trecenteno aniversario del nacimiento de William Shakespeare, sobre cuya celebracion en Paris dijimos algunas palabras en la última semana. M. Dumas hace en estos artículos una revelacion curiosa por demás, y de la cual no queremos privar á nuestros lectores. Una vez nombrado el comité organizador de la fiesta, segun manifestamos en la revista anterior, se añadieron estos tres nombres á la lista de los individuos que le forman: Villemain, Lamartine y Guizot, y como se dudaba por causas diferentes de la aceptación de los tres académicos, una diputacion elegida en el seno del comité recibió el encargo de presentarse en sus casas respectivas.

Aquí dejamos la palabra á Alejandro Dumas.

«La diputacion comenzó por M. Villemain.

El autor de *Lascaris* y de *Cromwell* echó una ojeada á la lista, y despues de haberla leído exclamó:

— No veo aquí el nombre del entendido decano de la Academia, M. Viennet.

Y le respondieron:

— El último discurso de M. Viennet, en el cual el inmóvil inmortal ha hecho su profesion de fe literaria, nos impedia ofrecerle en una fiesta dedicada á Shakespeare, un lugar que él no podia aceptar sin renegar de todos sus antecedentes y sin faltar á todos sus principios.

— Tampoco veo, continuó M. Villemain, el nombre de nuestro gran poeta dramático Pedro Lebrun.

— M. Pedro Lebrun, le contestaron, no ha compuesto mas que tres piezas teatrales, *Ulises*, que nunca se puso en escena, el *Cid de Andalucía*, que aunque desempeñado por Talma y mademoiselle Mars, no pasó de nueve representaciones, y *Maria Estuarda*, imitada de Schiller, que obtuvo un gran triunfo, pero que no se puede atribuir enteramente al traductor; á mayor abundamiento, no habiendo demostrado jamás la menor simpatía por el genio á quien festejamos, no hemos creído deber introducir su nombre en la lista de los admiradores del viejo Will.

— Pues nada, dijo M. Villemain, id á ver á M. Guizot, y lo que él haga haré yo.

A esto la diputacion no respondió palabra; saludó, volvió la espalda y se retiró.»

Dumas cuenta en seguida cómo M. Guizot recibió á la diputacion con el aire severo que le es característico, y declaró que no habiendo asistido á los banquetes en Inglaterra, tampoco asistiría en Francia. Dumas atribuye esta negativa no al orgullo, sino á la humildad, y hé aquí sus razones:

«Un dia, prosigue Alejandro Dumas, la célebre trágica inglesa Smithson tuvo la desgracia de romperse una pierna al apearse del coche, y habiendo recibido en su convalecencia algunas señas de interés de M. Guizot, que era á la sazón ministro de Instrucción pública, tuve el honor de acompañarla á casa del ministro, á quien quería dar gracias.

Smithson estaba algo apurada porque apenas hablaba el francés, pero yo la tranquilicé diciéndola que M. Guizot debía saber el inglés, en su calidad de traductor de Shakespeare.

Bajo este concepto, Smithson menos trémula, se acercó al ministro apoyada en mi brazo, y comenzó un cumplido en la lengua de Machbet y de Ricardo III.

Pero á las primeras palabras, M. Guizot la interrumpió diciéndola:

— Dispense Vd., señorita, mas tengo la desgracia de no saber el inglés...

Apresurémonos á decir que posteriormente M. Guizot fué nombrado embajador en Inglaterra, y volvió á Francia, si no familiarizado con la lengua de Shakespeare y de Sheridan, al menos con la de lord Russell y lord Palmerston.

La comision, con esta segunda negativa, se dirigió á casa de M. de Lamartine, donde encontró todas las simpatías del genio; pero sabido es por Homero, Dante y Milton, que el genio tiene sus tristezas, sus luchas, sus abatimientos.

Lamartine con lágrimas en los ojos se excusó con su doble luto, y la diputacion hubo de retirarse manifestándole un doble sentimiento.»

Hasta aquí las interesantes revelaciones de Alejandro Dumas. Ahora tenemos que añadir que justamente á la hora en que escribimos nos llega la noticia de que todos los preparativos hechos para la fiesta son inútiles.

Habíase dispuesto un banquete y una funcion teatral en la Puerta de San Martin. *Hamlet*, *el Sueño de una noche de estío*, *Falstaff*, tal era el programa de la funcion que se estaba ensayando activamente, cuando hé aquí que la autoridad opuso su veto. Quedaba el banquete, y los comisarios organizadores al ir á pedir la competente autorizacion para celebrarle, se han encontrado con una negativa. La autoridad ha juzgado pues incompatible la fiesta proyectada con el mantenimiento de la tranquilidad pública.

A su tiempo noticiamos á nuestros lectores el nombramiento de una comision científica de Méjico instituida por decreto imperial del 27 de febrero de 1864, y hoy en vista del cuadro de sus tareas preliminares, que acaba de publicar el diario oficial, vamos á exponer á continuacion lo que ha adelantado desde aquella época.

Esta comision ha celebrado ya siete sesiones generales bajo la presidencia del señor ministro de Instrucción pública, y ha discutido diferentes veces el plan de la exploracion proyectada. Desde luego se dividió en comités especiales que representan los diferentes ramos de la ciencia ó de la administracion, á saber: las ciencias naturales y medicales, las ciencias físicas y químicas, la historia, la lengüística, la arqueología, las obras públicas, la administracion y la antigua industria de Méjico. Cada uno de estos comités tiene reuniones particulares donde se preparan los programas y las instrucciones destinadas á los miembros de la expedicion, así como la eleccion de los exploradores. Al mismo tiempo, para no tener que ir á buscar á Méjico lo que existe á mano en Europa, se ha comenzado el estudio de los documentos que encierran las colecciones privadas ó públicas; y en la actualidad la mayor parte de los programas é instrucciones están redactados, examinados, aprobados en sesion general y comunicados á los jefes franceses en Méjico, al general Bazaine, al almirante Bosse y al conde de Montholon. En suma, todo se halla dispuesto en Paris y todo se prepara en Méjico para poner manos á la obra en cuanto el Cuerpo legislativo haya votado el crédito pedido por el gobierno con esos fines.

Un empresario de un teatro de Bruselas que se halla hoy en Paris, acaba de tener una buena fortuna de que han hablado los periódicos parisienses. Parece ser que este dichoso empresario compró hace algunos dias en una tienda de trastos viejos una pintura bastante deteriorada cubierta con una espesa capa de polvo y con una porcion de telarañas. Al ver la inconsistencia de esta corteza formada por el tiempo, pensó haber hecho una mala compra, y ya sentía los diez francos que le habia costado su adquisicion, cuando una vez que se fué limpiando el cuadro apareció poco á poco una pintura magistral, y los peritos llamados al exámen reconocieron en el viejo lienzo la «Taberna de la Magdalena,» esto es, un Rubens magnífico y de una autenticidad incontestable. Ya han ofrecido al empresario belga la cantidad de 40,000 francos por esta obra maestra; pero sus pretensiones son mucho mas elevadas.

Poco tenemos que decir esta semana acerca de teatros. Las piezas que sucesivamente se han ido estrenando este invierno bastarán para concluir la temporada. No obstante, queremos hablar de una comedia ligera en un acto titulada *el Amor que duerme*, escrita con una gracia inimitable. Su argumento es tan sencillo como el de un proverbio de Alfredo de Musset. Un anciano coronel retirado vive feliz entre su sobrino y su sobrina, á quienes considera como hijos adoptivos, siendo de advertir que los dos huérfanos no son hermanos, sino primos.

Nada mas encantador que este cuadro. Los jóvenes se aman sin atreverse á declarárselo, casi sin atreverse á pensarlo. ¿Qué falta pues á estas dos atracciones para manifestarse? El incidente mas ligero bastará; pero preciso es que sobrevenga este incidente.

El tio es un militar muy valeroso delante del enemigo, pero que retrocede ante las delicadas maniobras del sentimiento: por fortuna hé aquí un amigo de ojos perspicaces que no tiene mas que hacer sino aparentar que quiere casarse con la jóven, para que al punto los dos enamorados caigan en los brazos uno de otro.

M. Pagesis, autor de esta linda comedia, ha demostrado en el desarrollo de este plan un verdadero talento.

La Adelina Patti concluye sus representaciones esta semana. Imposible nos seria hallar palabras para pintar el entusiasmo, el fanatismo, el delirio que inspira á sus numerosos apasionados. Cada noche es una ovacion: el domingo, en el *Barbero*, las joyas llovian sobre la cantatriz con los ramilletes de flores. Hace muchos años no se han visto en Paris triunfos semejantes. M. Bagier la ha contratado ya para la temporada próxima, lo que es una gran noticia para su fervorosa legion de admiradores.

MARIANO URRABIETA.

### Diálogos familiares.

I.

DON ANTONIO, PIPÍ.

(Don Antonio sentado junto á una mesa, Pipí paseándose.)

Don Antonio. — Parece que se hunde el techo. Pipí. — Señor.

Don Antonio. — ¿Qué gente hay arriba, que anda á tal estrépito? ¿Son músicos?

Pipí. — No, señor; filósofos.

Don Antonio. — Cómo, filósofos?

Pipí. — Sí, señor; ¡asi lo fuera yo! ¡No es cosa! Y

han tenido una gran comida. Burdeos, pajarete, marasquino; ¡ah!

Don Antonio. — ¿Y con qué motivo se hace esa franquichela?

Pipí. — Yo no sé; pero supongo que será en celebrad de una filosofía nueva, escrita por varios de ellos.

Don Antonio. — ¿Con que han compuesto una filosofía? ¡Haya picarillos!

Pipí. — Pues qué, ¿no lo sabía Vd.?

Don Antonio. — No, por cierto.

Pipí. — Pues ahí está el anuncio en el *Diario*.

Don Antonio. — En efecto, aquí está (*Leyendo en el Diario que está sobre la mesa*): «FILOSOFÍA NUEVA INTITULADA LA GRAN MÁQUINA PNEUMÁTICA.» ¡No es cosa! De la máquina neumática hacen una filosofía. ¡Si son el diantre! ¡Ay! amigo Pipí, ¡cuánto más vale ser mozo de café que filósofo ridículo!

Pipí. — Pues mire Vd., la verdad, yo me alegrara de saber hacer así, alguna cosa...

Don Antonio. — ¿Cómo?

Pipí. — Así, de filosofía... ¡Me gusta tanto la filosofía!

Don Antonio. — ¡Oh! la buena filosofía es muy estimable; pero hoy día son tan pocos los que la conocen, tan pocos, tan pocos...

Pipí. — No, pues los de arriba bien se conoce que son del arte. ¡Válgame Dios! ¡qué frases tan bonitas han echado por aquella boca! Hasta los niños de teta...

Don Antonio. — ¡Oiga! ¿también los niños de teta decían frases bonitas?

Pipí. — ¡Vaya! Allí está don Homobono...

Don Antonio. — ¡Gran talento!

Pipí. — Don Basilio Fieramosca...

Don Antonio. — ¡Número sublime!

Pipí. — Don Félix Valiente...

Don Antonio. — ¡Sabio portentoso!

Pipí. — Don Venancio Cortés...

Don Antonio. — ¡Genio inmortal!

Pipí. — Don Hermógenes Tremendo... ¡Oh! aquel sí. Mire Vd. lo que es... Ya se ve, en teniendo la lengua suelta...

Don Antonio. — Seguramente. ¿Y quién es ese que cantaba poco há, y daba aquellos gritos tan descompasados?

Pipí. — ¡Oh! ese es don Serapio.

Don Antonio. — Pero ¿qué es? ¿qué ocupación tiene?

Pipí. — El es... mire Vd.; a él le llaman don Serapio.

Don Antonio. — ¡Ah! sí. Ese es aquel bulle-bulle que hace gestos a los demócratas y los tira dulces cuando pasan, y va todos los días a saber quién dió cuchilladas; y desde que se levanta hasta que se acuesta no cesa de hablar de la clase obrera, y de las quintas, y de la idea, y de los que beben sangre, y de los partidos medios.

Pipí. — Ese mismo. ¡Oh! ese es de los apasionados finos. Aquí se viene todas las mañanas a desayunar; y arma unas disputas con los peluqueros, que es un gusto oírle. Luego se va allá abajo al barrio de *No te creo*; se juntan cuatro amigos, hablan de filosofía, altercan, rien, fuman en los portales; don Serapio los introduce allá y acullá hasta que da la una; se despiden y él se va a comer con el repartidor de la *Democracia*.

Don Antonio. — ¿Y ese don Serapio es amigo de los autores de la filosofía?

Pipí. — ¡Toma! Son uña y carne. Y él ha compuesto el casamiento de doña Mariquita... (aquella damisela tan peripuesta que vino de Madrid) con don Hermógenes.

Don Antonio. — ¿Qué me dices? ¿Don Hermógenes se casa?

Pipí. — ¡Vaya si se casa! Como que parece que la boda no se ha hecho ya porque el novio no tiene un cuarto ni los demás filósofos tampoco; pero han dicho que con el dinero que han de ganar con la impresión, les pondrán la casa, y les darán serenatas, porque parece que los músicos amigachos de don Hermógenes Tremendo son bastantes.

Don Antonio. — Si serán. ¡Cáspita si serán! Pero y si la filosofía apesta, y en consecuencia... ¿qué harán entonces?

Pipí. — Entonces, ¿qué sé yo? ¡Pero qué! No, señor. Si dice don Serapio que filosofía mejor no se ha visto en la vida.

Don Antonio. — ¡Ah! Pues si don Serapio lo dice, no hay que temer. Es dinero contante sin remedio. Figúrate tú si don Serapio y el repartidor de la *Democracia* sabrán muy bien dónde les aprieta el zapato, y cuál filosofía es buena, y cuál deja de serlo.

Pipí. — Eso digo yo; pero a veces... Mire Vd., no hay paciencia. Ayer ¡qué! les hubiera dado con una tranca. Vinieron allí tres ó cuatro a tomar ponche, y empezaron a hablar de filosofía; ¡vaya! yo no me puedo acordar de lo que decían. Para ellos no había nada bueno; ni autores, ni editores, ni periódicos, ni calendarios, ni música, ni telégrafos, ni ferro-carriles, ni fábricas, ni botas de charol, ni sombreros de castor, ni cafés, ni bailes de máscara, ni carretelas, ni guantes, ni vino de taberna, ni tabaco del estanco, ni corderito asado. ¿Qué sé yo cuánto dijeron aquellos malditos? Y dale con el orden, el orden, la moral, y... Deje Vd.: la... ¿Si me acordaré? la... ¡Válgate Dios! ¿Cómo decían? La... la lógica. ¿Qué es la lógica?

Don Antonio. — Hombre, difícil es explicártelo. Lógica es una cosa que usan allá los retrógados, principalmente los tontos.

Pipí. — Pues ya decía yo: esto no es cosa de la democracia.

Don Antonio. — Si tal: la democracia también la gasta, porque en la democracia, como en todas partes, hay también retrógados y tontos; bien que no llegarán

á media docena (por mucho que se estire la cuenta).

Pipí. — Pues ya se ve: mire Vd., ¡lógica! No faltaba más. ¿A que no tiene lógica la filosofía de don Hermógenes y compañeros mártires?

Don Antonio. — ¡Oh! eso yo te lo fio: bien puedes apostar ciento contra uno á que no la tiene.

Pipí. — Y las filosofías que compongan mañana tampoco la tendrán: ¿no es verdad, usted?

Don Antonio. — Tampoco. ¿Para qué? No faltaba otra cosa, sino que para hacer filosofías se gastara lógica. No, señor.

Pipí. — Bien, me alegro. Dios quiera que pegue la de hoy y luego verá Vd. cuántas escriben.

Don Antonio. — ¡Toma si pegará! Ya verás cómo les ponen á esos hipócritas que creen en duendes y en cosas del otro mundo.

Pipí. — Ya, pero los enemigos de la libertad y los neos andan siempre buscando tres piés al gato... En diciendo: no nos ha gustado, ó así andar ¡qué diantres! Y luego como ellos le salen á Vd. siempre con el alma y la religión, y en fin, mire Vd. si ellos... ¿No es verdad?

Don Antonio. — Pues ya.

Pipí. — Pero deje Vd., que aunque esta es la primera filosofía que han escrito, me parece á mí que ha de dar golpe.

Don Antonio. — Y porrazo. ¿Con que es la primera?

Pipí. — La primera. ¡Si son moros todavía! Yo me acuerdo... Hace cuatro ó cinco años que anda por aquí, vuelve por acá... suscripción arriba, suscripción abajo... que si tú eres un genio... que si tú eres mas... que los pobres no tienen pan... canta que canta, toca que toca... llora que llora por la mañana... ríe que ríe por la tarde... baila que baila por la noche... que los neos son esto... que los moderados son lo de mas allá... que los progresistas lo otro... que el mundo ha perdido el equilibrio... que la democracia purifica la sangre, limpia el estómago, corrige todo desarreglo del hígado, y es remedio infalible contra la tos, el reuma, los chichones, los callos, la melancolía, la ignorancia, el hambre, la peste, los incendios, los terremotos y las jorobas... pero como despues se hicieron pages... y los oradores se fueron á su olivo... y los neos volvieron á chillar... viéndose ellos así sin oficio ni beneficio, ni pariente ni habiente, han cogido y se han hecho filósofos.

Don Antonio. — Y han hecho muy bien.

Pipí. — ¡Pues ya se ve! lo que ellos dicen: si nos sopla la musa, podemos ganar un pedazo de pan para mantener aquellos angelitos, y así ir trampeando hasta que la razón de la sinrazón quiera abrir camino.

(*Apagan la luz y vanse.*)

## II.

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

Don Antonio. — ¡Calla! ¿Ya está Vd. por acá? Pues y la filosofía, ¿en qué estado queda?

Don Pedro. — Hombre, no me hable Vd. de filosofía (*Se sienta*) que no he tenido rato peor muchos meses ha.

Don Antonio. — Pues ¿qué ha sido ello? (*Sentándose junto á don Pedro.*)

Don Pedro. — ¿Qué ha de ser? que he tenido que sufrir (gracias á la recomendación de Vd.) la lectura de media docena de capítulos, y una rociada de personalidades y pullas insipidas, como es costumbre. Hallé la ocasión de escapar, y la aproveché.

Don Antonio. — ¿Y qué tenemos en cuanto al mérito de la pieza?

Don Pedro. — Que cosa peor no se ha impreso desde que las musas de guardilla abastecen á los editores... Si tengo hecho propósito firme de no leer jamás esas tonterías. A mí no me divierten; al contrario, me llenan de, de... No, señor, menos me enfada cualquiera de aquellos librazos de pergamino llenos de errores y supersticiones. Están llenos de preocupaciones, de disparates; pero aquellos disparates y alucinaciones del espíritu son hijos de un sentimiento noble, y no de un lastimoso y desenfrenado orgullo científico, hijo bastardo del atrevimiento y de la ignorancia. Tienen defectos enormes, es verdad; pero entre estos defectos se hallan cosas, que por vida mía, suspenden y conmueven al lector, en términos de hacerle olvidar ó disculpar cuantos desaciertos han precedido. Ahora compare usted nuestros filósofos adocenados del día con los antiguos, y dígame si no valen mas Alfonso el Sabio, Lulie, Vives, Gelida, Perez de Oliva, Huarte, Caramuel y Feijó cuando deliran, que estotros cuando quieren hablar en razón. Compare Vd. á nuestros teólogos y juriscóndulos, compare Vd. á un Luis de Granada, á un Luis de Leon, á un Juan de Avila, á un Juan de la Cruz, á una santa Teresa con esas lumbreras...

Don Antonio. — Es cosa tan clara, señor don Pedro, que no hay nada que oponer á ella; pero dígame usted, el pueblo, el pobre pueblo, ¿sufre con paciencia ese espantable comedion? (*Sic.*)

Don Pedro. — No tanto como los autores quisieran, porque algunas veces se ha levantado en el auditorio una marea sorda que traía visos de tempestad. En fin, se suspendió la lectura muy oportunamente; pero no me atrevere á pronosticar el éxito de la tal pieza, porque aunque el público está ya muy acostumbrado á oír desatinos, tan garrafales como los de hoy jamás se oyeron.

Don Antonio. — ¿Qué dice usted?

Don Pedro. — Es increíble. Y no ha de llevarme la pasión hasta el punto de afirmar que nada bueno contenga el tal libro, no. Yo me guardaré bien de seguir

el ejemplo de sus autores. Hay reunidas en él una porción de especies inocentes y útiles. A juzgar de lo que no entiendo, por lo que puede estar á mi alcance, los mal aconsejados autores discurren con tino siempre que hablan de lo que han estudiado y conocen. Tal vez la parte buena que contiene el libro, sea del todo infructuosa para la clase obrera, á la cual está dedicado; pero de todos modos, es una ilusión generosa la de creer que ciertos conocimientos útiles puedan arraigarse y florecer en inteligencias no preparadas para el cultivo intelectual que los mas sencillos rudimentos de toda ciencia requieren. Lo disparatado, lo detestable del libro es precisamente lo que con mas facilidad puede insinuarse en los corazones en que la fe religiosa vacila ó está apagada, en corazones mas acostumbrados á sentir que á pensar, en corazones en que la razón no es bastante poderosa para acallar el vocerío de los brutales instintos y groseros apetitos. Absurdos tan desacreditados como añejos se nos venden como grandes conquistas de la filosofía del siglo. La desnudez con que están presentados revela en los autores una candidez filosófica que prueba una recta intención, y les libra de toda culpa, si en tales materias no fuese culpable la ignorancia. Pero al menos lo concreto de la expresión permite señalarlos con el dedo. Lo peor, lo que no se contesta con razones, lo que por todas partes penetra y cerca al lector como una atmósfera infestada, son los sentimientos, los malos sentimientos, de que en realidad no es posible que participen los autores, que tal vez ni siquiera consigan percibir, por mas que con la mejor voluntad se esfuerzan en percibirlos; porque la vanidad de la falsa doctrina ofusca la vista y cierra las entradas del corazón. No es solamente el espíritu, el nombre y la letra de la Sagrada Escritura lo que tan neciamente se pretende ridiculizar, sino también los afectos mas nobles y mas puros del alma humana. La creencia en el espíritu, la creencia en Dios, la creencia en una vida inmortal, todo es mentira. ¡Infelices! ¿Cómo habian de figurarse que su doctrina filosófica era la negación rotunda de la razón cuyos fueros intentaban defender, que era la negación de la libertad que tanto encarecen, del derecho que tanto manosean, de esa responsabilidad, de esa justicia que tanto vociferan? ¿Cómo habian de imaginarse que borran de una plumada los programas de la *Discusión* y de la *Democracia*? ¿Cómo habian de imaginarse que soplaban un bofetón terrible á los señores Castelar y Rivero, á quienes reputan como infalibles y adoran como santos? ¿Y son esos los que pretenden enseñar al pueblo? ¿Son esos los oráculos de la ciencia democrática en la segunda población de España? ¿Son esos los destinados á enmendar la plana á las generaciones pasadas, á las universidades de Europa, á los prelados, á la Iglesia y á Dios mismo? ¡Aberación espantosa! ¡Escarneo horrible del sentido común! ¡Merecido castigo del mas insensato orgullo! ¡Prueba evidéntisima de la eterna verdad de aquel Libro Santo, que no les asombra porque no lo entienden!

Don Antonio. — Dígan lo que quieran, amigo don Pedro, ni Vd. ni yo no podemos remediarlo. ¿Y qué haremos? Reír ó rabiar: no hay otra alternativa... Pues yo mas quiero reír que impacientarme.

Don Pedro. — Yo no, porque no tengo serenidad para eso. La religión y la verdadera ciencia, señor don Antonio, interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservación de los imperios. La religión y el espíritu científico de buena ley influyen inmediatamente en la vida nacional. Nuestras mas santas creencias son indignamente profanadas, nuestro espíritu científico esta perdido, y yo soy muy español.

Don Antonio. — Pero le llamarán á Vd. neo...

Don Pedro. — ¿Qué me importa?

Don Antonio. — Delator, intolerante...

Don Pedro. — ¡Intolerante! Si así fuese, si cupiese en mi corazón una sola centella de ese odio con que los apóstoles de la fraternidad pretenden abrasar la cabaña del pobre... preferiría esto á la indiferencia. Esto no es intolerancia: es repugnancia invencible al error y al mal. ¡Pluguiera á Dios que fuese yo el obcecado! Usted no se rie, no: Vd. se engaña á sí mismo. Es usted demasiado noble y demasiado bueno para confundirse con esa turba de distraídos... (*Entran don Serapio y don Hermógenes.*)

Don Serapio. — Pipí, muchacho; corriendo, por Dios, un poco de agua.

Don Antonio. — ¿Qué ha sucedido? (*Se levantan don Antonio y don Pedro.*)

Don Serapio. — No te pares en enjuagatorios. Aprisa.

Pipí. — Voy, voy allá.

Don Serapio. — Despáchate.

Pipí. — ¡Por vida del hombre! (*Pipí va detrás de don Serapio con un vaso de agua. Don Hermógenes que sale apresurado tropieza con él y deja caer el vaso y el plato.*) ¿Porqué no mira usted?

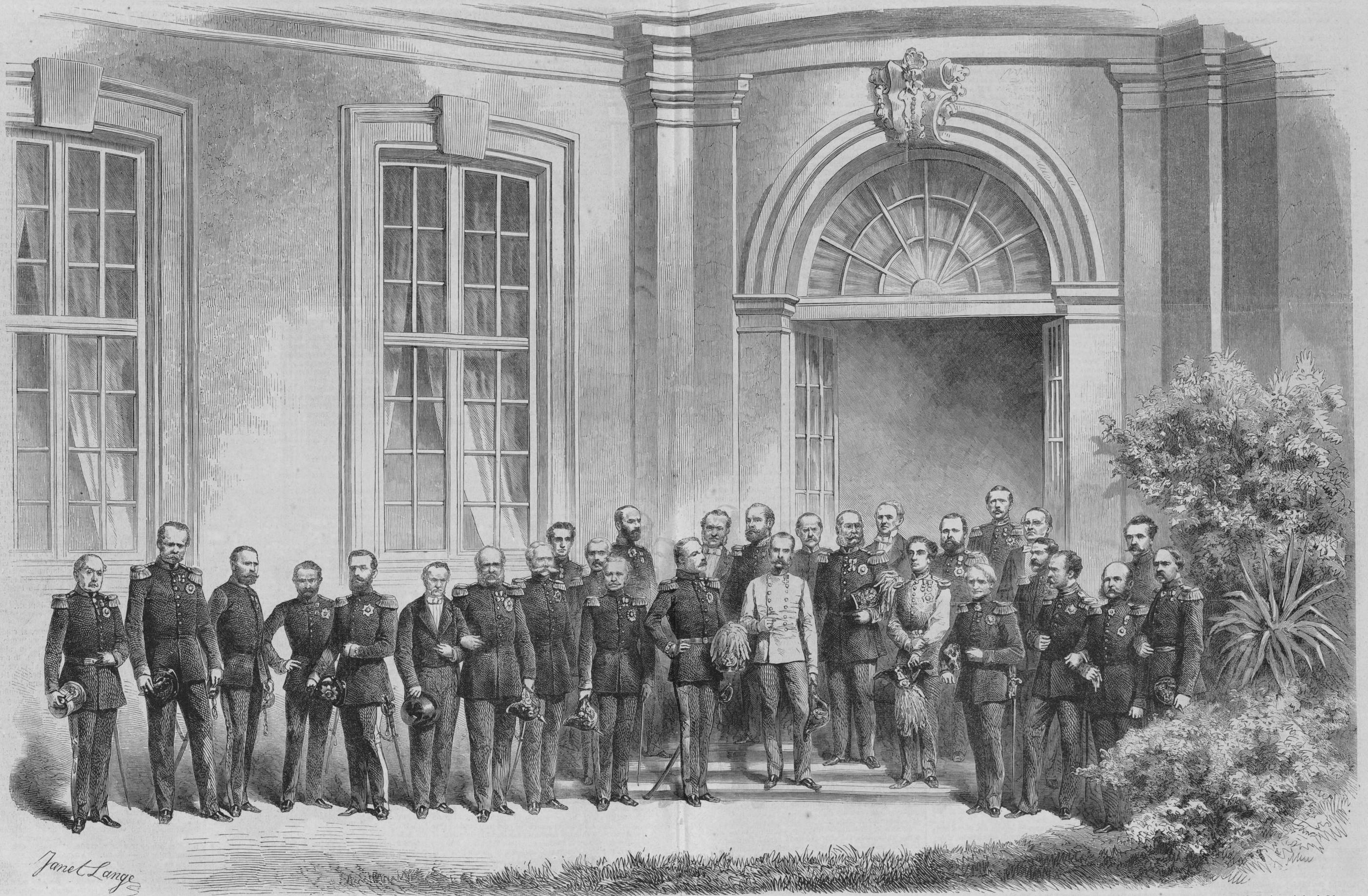
Don Hermógenes. — ¿No hay alguno de Vds. que tenga por ahí un poco de agua de melisa, elixir, extracto, aroma, alcali volátil, éter vitriólico ó cualquiera quinta esencia anti-espasmódica, para entonar el sistema nervioso de una dama exánime?

Don Antonio. — Yo no, no traigo.

Don Pedro. — Pero ¿qué ha sido? ¿Es accidente? (*Alboroto dentro. Entran atropelladamente cuatrocientos ó quinientos estudiantes de psicología con las manos en las orejas, dejando sembrado el suelo de scabreiros, manteos, panderos y guitarras.*)

EL BACHILLER CARLANCA.

(*Se concluirá.*)



1. Guillermo I, rey de Wurtemberg. — 2. Luis III, gran duque de Hesse. — 3. Guillermo, duque de Brunswick. — 4. Adolfo, duque de Nassau. — 5. Federico, gran duque de Baden. — 6. Doctor Duckwitz, burgomaestre de Brema. — 7. Gunther, príncipe de Schwarzburgo-Sondershausen. — 8. Bernardo, duque de Sajonia-Meiningen. — 9. Juan, príncipe de Lichtenstein. — 10. Gunther, príncipe de Schwarzburgo-Rudolstadt. — 11. Federico Guillermo I, príncipe de Hesse. — 12. Jorge Victor, príncipe de Waldeck y Pirmont. — 13. Jorge V, rey de Hanover. — 14. Doctor Haller, burgomaestre de Hamburgo. — 15. Guillermo III, rey de los Países Bajos. — 16. Francisco José, emperador de Austria. — 17. Enrique, príncipe de Reus. — 18. Guillermo I, rey de Prusia. — 19. Doctor Roeck, burgomaestre de Lubeck. — 20. Luis II, rey de Baviera. — 21. Pedro, gran duque de Oldemburgo. — 22. Juan, rey de Sajonia. — 23. Carlos Alejandro, gran duque de Sajonia Weimar. — 24. Doctor Muller, burgomaestre de Francfort. — 25. Adolfo Jorge, príncipe de Lippe-Schaumburgo. — 26. Federico Guillermo, gran duque de Mecklemburgo-Strelitz. — 27. Federico Francisco, gran duque de Mecklemburgo-Schwerin. — 28. Federico, príncipe hereditario de Anhalt-Dessau-Cothen. — 29. Ernesto II, duque de Sajonia-Coburgo-Gotha.

### La Confederacion germánica.

La lámina que representa todos los confederados alemanes nos obliga en cierto modo á explicar esa complicada máquina de Estado que se llama la Confederacion germánica. La Confederacion germánica salida del congreso de Viena á la espiracion de la Confederacion del Rin, instituida por Napoleon, no forma un Estado por el estilo de la de los Estados Unidos, sino una liga, una alianza, cuyos miembros todos tienen respectivamente iguales derechos. Su objeto es el mantenimiento de la seguridad exterior é interior de la Alemania, así como el sosten de la independencia é inviolabilidad de sus diversos Estados. Bajo este concepto todos sus miembros se comprometen á dar ayuda contra todo ataque que pueda dirigirse contra la Alemania en general y contra todo Estado confederado en particular, al paso que se garantizan mutuamente aquellas de sus respectivas posesiones comprendidas en la Confederacion. Una vez declarada la guerra, ningun miembro puede entablar con el enemigo negociaciones particulares ni concluir separadamente la paz ó el armisticio. Se comprometen á no hacerse nunca la guerra entre sí con ningun pretexto, y á no dirimir nunca por la fuerza de las armas las contiendas que podrian surgir entre unos y otros.

Las asambleas de la Dieta son de dos especies: 1º, las asambleas generales en las que cada miembro tiene al menos un voto, y los grandes Estados varios votos, á saber: el Austria, la Prusia, la Baviera, el Wurtemberg y Hanover, cada uno cuatro votos; Baden, los grandes ducados de Hesse-Electoral y Hesse-Darmstadt, el ducado de Holstein y el gran ducado de Luxemburgo, cada uno tres; el ducado de Brunswick, el gran ducado de Mecklemburgo-Schwerin y el ducado de Nassau, cada uno dos, y los demás miembros uno cada uno. La asamblea general, llamada *plenum*, cuenta setenta y seis votos.

2º, las pequeñas asambleas, llamadas tambien *comité reducido*, donde el número de votos no pasa de diez y siete. El Austria y los cinco reinos no tienen entonces mas que un voto cada uno, así como Baden, la Hesse-Electoral, la Hesse-Darmstadt, Holstein y Luxemburgo, lo que hace en todo once votos. Los demás miembros de la Confederacion solo tienen votos colectivos ó por *curias*; de este modo el duodécimo voto pertenece á la casa de Sajonia de la línea Ernestina: el décimotercero á los ducados de Brunswick y de Nassau: el décimo-cuarto á los ducados de Mecklemburgo-Schwerin y de Mecklemburgo-Strelitz; el décimoquinto al ducado de Oldenburgo, á las tres casas de Anhalt y á las dos casas de Schwartzburgo; el décimosexto á los principados de Hohenzollern-Mechingen, Hohenzollern-Sigmaringen, de Reuss, de Lichtenstein, Lippe y Waldeck, y el décimoséptimo á las cuatro ciudades libres.

El *plenum* ó asamblea general de la Dieta, se reúne cuando se trata de modificar las cláusulas del acta constitucional de la Confederacion, ó bien de hacer en ella adiciones, de tomar resoluciones relativas al acta primordial, á las instituciones orgánicas de la Dieta y de cualquiera otra cuestion de interés comun; como tambien de declarar la guerra, de confirmar la paz ó de admitir á un nuevo miembro en la Confederacion. Así pues, no hay en el *plenum* discusiones ni deliberaciones: todo se reduce á la votacion, y las resoluciones para ser obligatorias deben reunir una mayoría de los dos tercios de los votos cuando menos. Por el contrario, en las pequeñas asambleas se decide cuáles son las cuestiones que deben presentarse en asamblea general. Allí las elaboran y las discuten para que el *plenum* no tenga mas que hacer sino aceptar ó desechar. En estas pequeñas asambleas donde la mayoría de votos es soberana, se decide sobre todas las cuestiones, en tanto que el *plenum* no está llamado á pronunciar sino sobre las cuestiones determinadas expresamente en el acta constitutiva.

Todo gasto de cancilleria y demás que necesite la Dieta, se reparte con arreglo á una matricula que tiene por base la cifra de la poblacion, lo mismo que se hace para fijar el contingente del ejército federal. La fuerza de este ejército esta fijada en 1 por 100 de la cifra de la poblacion tratándose del contingente ordinario; en 1/6 por 100 para la primera reserva, y en 1/3 por 100 para la segunda. Segun estas bases, el ejército federal comprenderia, solo para los contingentes ordinarios, una fuerza siempre disponible y dispuesta á marchar de 303,500 hombres, con 592 bocas de fuego. La obligacion de 1/6 por 100 al primer grito de guerra, elevaria esta cifra á 342,000 hombres con 690 bocas de fuego, y comprendiendo en fin la segunda reserva, el efectivo seria de 445,260 hombres con 890 bocas de fuego. Estos cálculos se fundan en una cifra de 30.164,392 habitantes; pero como la poblacion es de cerca de 40 millones, habria que aumentarlos del modo siguiente en las tres diferentes categorías: 1ª, 400,000 hombres y 800 cañones; 2ª, 466,000 hombres y 993 bocas de fuego; y 3ª, 600,000 hombres con 1,200 cañones. P. P.

### Paris y Londres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

Nunca habia visto el instrumento que debia cortarle

la cabeza. ¿A qué altura se alzaba el cadalso? ¿cuántos escalones habia de subir? ¿estarian manchadas de sangre las manos que le tocasen? ¿cómo estaria colocado? ¿seria el primero ó el último en morir? Estas y otras preguntas de la misma clase acudian á su mente á pesar de sus esfuerzos. No le acudian por estar dominado por el terror, sino que procedian del deseo de saber qué es lo que le quedaba por hacer hasta llegar el momento fatal: deseo extraño, ajeno á la rapidez de los preparativos á que se referia, y que mas que al preso parecian pertenecer á un espíritu diverso encerrado en su propio ser.

Mientras recorria su prision esforzándose en imponer silencio á esta voz importuna, las horas seguian su curso ordinario, y el reló daba el número de golpes que ya no debia oír mas.

¡Nueve! Pasaron para siempre.

¡Diez... once! Pasaron para siempre.

Iban á dar las doce, y Carlos habia triunfado por fin de las preguntas que le asediaban.

Cesó de pasear, repitió en voz baja los nombres queridos, y libre de toda preocupacion enojosa, rezó por su alma y por los que le sobrevivian.

El reló dió las doce. Carlos sabia que la ejecucion se verificaba á las tres, y como sabia tambien que era preciso partir con tiempo para que los carros mortuorios pudieran llegar á su destino, consideró dos horas como el instante definitivo, y resolvió emplear el intervalo que le quedaba en fortalecer su alma para poder sostener las de sus compañeros durante el trayecto fúnebre.

Paseabase con paso firme, los brazos cruzados sobre el pecho y el espíritu tranquilo, y oyó las campanadas del reló sin sentir el menor asombro. La hora que habia trascurrido tenia para él la misma duracion que la mayor parte de las que habia visto pasar durante su vida.

— Solo falta una, pensó; y dando gracias al cielo por haber recobrado su imperio sobre sí mismo, se volvió para continuar su paseo.

Se oyeron pasos en el corredor, una llave penetró en la cerradura, y en el momento de abrirse la puerta Carlos oyó que decian en inglés y en voz baja:

— He tenido cuidado de que no me viera, y no sabe que estoy aquí. Entrad solo; os espero; sobre todo no perदैs tiempo.

La puerta se cerró, y Carlos se vió cara á cara de Cartone, que con las facciones animadas por una sonrisa, se llevaba el dedo á los labios para encargarle el silencio.

El rostro de Cartone tenia una expresion tan extraña, que Darnay creyó al principio en una aparicion, pero era el mismo Cartone que le tomaba la mano y se la estrechaba con fuerza.

— No me esperábais, dijo este.

— No podia figurarme que fuérais vos, y apenas creo en la realidad. ¿Estais preso tambien?

— No; por una casualidad tengo cierta influencia en la cárcel, me he servido de ella y vengo á veros. Me envia vuestra esposa, querido Darnay.

El reo se retorció las manos con dolor.

— Vengo á pedir os un favor de su parte.

— ¿Cual?

— Os lo suplica con aquella voz ferviente que no habeis olvidado.

Carlos volvió la cabeza para ocultar su emocion.

— No tengo tiempo para explicar os el motivo de lo que voy á hacer, ni me lo preguntéis, pero haced lo que ella desea. Quitaos las botas y poneos las mias.

Habia en el aposento una silla donde Cartone se habia sentado con rapidez, y se acercó á Carlos con los pies descalzos diciéndole:

— Poneos mis botas... ¡pronto! el tiempo urge.

— La fuga es imposible, Cartone, y es inútil pensar en ello.

— ¿Y quién os habla de huir? Dadme vuestro corbatín, tomad el mio y cambiemos de traje. Permitid que desate esa cinta y aparte vuestros cabellos.

Cartone, con una prontitud prodigiosa y una energia física y moral que no eran en él naturales, impuso estas condiciones al preso que obedeció como un niño.

— Os repito, Cartone, que es una locura, una empresa imposible; la han intentado mas de una vez y siempre ha salido mal. No añadais el pesar de vuestra muerte á la amargura de la mia.

— ¿Acaso os exijo que me sigais? Hay papel, pluma y tintero en esta mesa. ¿Teneis la mano firme?

— La tenia cuando habeis llegado.

— Dominad vuestra emocion y escribid lo que voy á dictaros... ¡Pronto, amigo mio, pronto!

Darnay se sentó delante de la mesa y se apretó la cabeza con ambas manos.

Cartone se acercó despues de introducir la mano derecha debajo del chaleco, y se puso en pié á su lado.

— Escribid.

— ¿A quién se dirige?

— A nadie.

— ¿Se ha de poner fecha?

— No. « Si recordais lo que os dije un dia, dictó Sydney, comprenderéis inmediatamente estas líneas. Estoy seguro de que os acordais de mis palabras, porque no sois capaz de haberlas olvidado. »

En el momento en que el preso sorprendido con lo que le dictaba, alzaba los ojos para interrogar á Cartone, este que sacaba la mano derecha de debajo del chaleco, se paró bruscamente.

— ¿Estais armado? le preguntó Carlos.

— No.

— ¿Qué teneis en la mano?

— Pronto lo sabreis. Escribid; luego terminaremos.

« Tengo la dicha de haber encontrado una ocasion propicia para demostraros la sinceridad de mis palabras. Lo que hago hoy es tan sencillo, que nadie debe sentirlo. »

Cuando acabó de dictar esta frase, su mano derecha pasó lentamente por delante de la cara del escribiente.

Darnay dejó caer la pluma y miró en torno suyo con ojos azorados.

— ¿Qué vapor es este? preguntó.

— ¿Un vapor?

— Alguna cosa ha pasado por delante de mí.

— No he visto nada, no siento nada. Tomad otra vez la pluma, y acabemos. El tiempo urge, amigo mio.

Carlos hizo un esfuerzo para dominar la extraña sensacion que experimentaba. Su pensamiento estaba confuso, su respiracion era anhelosa, y su vidriosa mirada se dirigió hacia Cartone, que habia vuelto á ponerse la mano derecha debajo del chaleco.

— No tardemos, dijo este.

Carlos tomó la pluma, y Cartone continuó dictando:

« Si no me aprovechara de esta ocasion, todo se perderia para siempre. »

La mano de Cartone volvió á rozar la cara del preso.

« Creedlo; el porvenir no haria mas que aumentar las faltas de que voy á dar cuenta. Si no me aprovechara... »

Carlos solo trazaba ya caracteres ininteligibles.

Se levantó de pronto y lanzó una mirada furiosa á Sydney, que con la mano izquierda se tapaba la nariz, y con la derecha cogió al preso por el cuerpo.

Un instante despues habia cesado la lucha, y Carlos yacía en el suelo completamente insensible.

Cartone, cuya mano era tan firme como pronta, se puso el traje del preso, se tiró atrás los cabellos, los ató con la cinta que llevaba Darnay, y dijo en voz baja entreabiendo la puerta:

— Podeis venir.

Entró John Barsad.

— Ya lo veis, prosiguió Cartone colocando entre el chaleco y la camisa de Darnay el papel que acababa de escribir, no arriesgais gran cosa.

— No me inquieta él, señor Cartone, respondió el espía; lo mas importante es que cumplais hasta el fin vuestra promesa.

— La cumpliré, no temais.

— Es preciso que no falte ninguno; si vestido como estais completais los cincuenta y dos, nada debo temer.

— Pronto dejaré de importunaros, y entonces á Dios gracias habrán salido ya de Paris. Tened ahora la bondad de tomarme y de ponerme en el coche.

— ¿A vos? dijo el espía con voz trémula.

— Al que me reemplaza; volvereis por el mismo camino que me habeis hecho seguir.

— Naturalmente.

— Suponed que me hallaba indispuerto cuando me acompañasteis á este sitio, y que la impresion de la despedida me ha causado un desmayo; esto sucede con frecuencia en una cárcel. Vuestra vida está en vuestras manos, y confio en vos. Llamad para que os ayuden.

— ¿No me hareis traicion? ¿Me lo jurais?

— No perdamos instantes preciosos, respondió Cartone con un movimiento de impaciencia. Colocadle vos mismo en el coche, acompañadle hasta el paraje que sabeis, entregádselo á M. Lorry, á quien recomendaréis que no le haga volver en sí, pues bastará el aire libre, y decid sobre todo al banquero, que recuerde la promesa que me hizo ayer noche, y que partan inmediatamente.

El espía salió y volvió á entrar casi al momento con dos hombres que habia ido á buscar.

Sydney estaba sentado delante de la mesa con la cabeza apoyada en las manos que le ocultaban el rostro.

— Aqui tenemos un hombre afligido porque su amigo ha sacado un buen número, dijo uno de los satélites contemplando á Darnay.

— ¡Famoso patriota! dijo el otro; no podria estar mas triste si el aristócrata se hubiera salvado.

Colocaron á Darnay en una camilla que habian dejado en la puerta y se dispusieron á salir.

— La hora se acerca, Evremont, dijo Barsad.

— Lo sé, respondió Cartone; tened cuidado de mi amigo y dejadme.

— ¡Vamos, muchachos! dijo el espía.

Cuando Cartone se vió solo, concentró todas sus facultades auditivas para percibir el mas leve rumor que pudiera indicarle la sospecha. Las llaves rechinaban en las cerraduras, crujian las puertas y resonaban los pasos á lo lejos en los corredores, pero no gritos, pasos precipitados ni rumores que anunciassen la alarma.

Cartone respiró, volvió á sentarse junto á la mesa, y prestó nuevamente oído hasta que el reló dió las dos.

Alzaronse entonces rumores de pasos y cerrojos, pero no se asustó, porque adivinaba la causa. Abrieron varias puertas unas tras otras hasta que llegó el turno á la suya, y un carcelero que llevaba una lista en la mano, asomó la cabeza y dijo:

— Sigúeme, Evremont.

Era un sombrío dia de invierno, y como la niebla exterior aumentaba la oscuridad de la cárcel, Cartone no pudo ver sino de una manera confusa á los individuos que se encontraban con él en la sala adonde les habia conducido el carcelero para atarles los brazos.

Unos estaban sentados, otros en pié, y algunos se agitaban exhalando quejas, pero eran los menos; casi todos estaban tranquilos, cabizbajos y guardando profundo silencio.

Mientras conducian á las últimas víctimas, un individuo se paró al pasar y abrazó á Cartone como á un amigo.

Fué para él un momento de terror; pero aquel hombre que creía reconocerle siguió al carcelero sin manifestar duda ni sorpresa, y Cartone se tranquilizó.

Algunos instantes despues una jóven pequeña y débil, de rostro pálido y delicado, ojos rasgados y llenos de dulzura, se levantó del banco donde estaba sentada y se acercó á Cartone.

— Ciudadano Evremont, dijo tocándole la mano con sus dedos helados, soy la jornalera que estaba con vos en la Force.

— Es verdad, murmuró Cartone, pero no me acuerdo de qué os acusan.

— De conspiración, pero Dios sabe que soy bien inocente; ¿quién hubiera querido conspirar con una pobre criatura como yo?

La pálida sonrisa que acompañó estas palabras conmovió tanto á Cartone, que se le saltaron las lágrimas.

— No tengo mucho miedo, ciudadano Evremont, ni me niego á morir si la república, que debe hacer tanto bien á los pobres, ha de aprovecharse de mi muerte; pero no veo en qué pueda serle útil... ¡valgo tan poco!

Era la vez postrera que le era permitido enternecerse en este mundo, y su corazón se conmovió y se enardeció para animar á aquella pobre niña.

— Ciudadano Evremont, habia oido decir que os habian absuelto; lo creí y me habia alegrado.

— Efectivamente, me pusieron en libertad, pero volví á prenderme por la noche.

— Si vamos en el mismo carro, ciudadano Evremont, ¿me permitireis que os tome la mano? No tengo mucho miedo, pero soy débil y esto me dará valor.

Su dulce rostro se alzó hacia el de Cartone, y en los rasgados ojos que le miraban se retrataron la duda y la sorpresa.

Cartone estrechó la mano enflaquecida por el trabajo y se puso un dedo en los labios.

— ¿Moris por él? murmuró la niña.

— Tiene esposa y una hija... ¡silencio!

— ¡Oh! buen caballero, ¿permitireis que os dé la mano?

— Sí, pobre hermana mia, pero llamadme Evremont.

La sombra que envolvía la cárcel caía al mismo tiempo sobre la ciudad, cuando un coche que salía de París se paró delante del cuerpo de guardia de una de las puertas.

— ¡Los pasaportes! dijo el oficial. Alejandro Marnette, doctor en medicina, francés: ¿en dónde está?

— Aquí.

Designaron un anciano abatido que murmuraba palabras incoherentes.

— Parece que el ciudadano está loco; la fiebre revolucionaria ha sido demasiado fuerte para él.

— Si, demasiado fuerte.

— No es el único que no ha podido resistirla. Lucía Darnay, su hija, francesa: ¿en dónde está?

— Allí.

— Bien: ¿no es la mujer de Evremont?

— Precisamente.

— El ha tomado otro camino. Lucía, su hija... Supongo que es esa niña.

— Sí.

— Dame un beso, hija de Evremont. Puedes alabarte de que te ha besado un buen republicano. Es cosa nueva en tu familia, no lo olvides. Sydney Cartone, abogado, inglés: ¿en dónde está?

— Allí, en el fondo del coche.

— ¿Está indispuerto?

— No será nada; el aire libre le hará volver en sí. Goza de una salud muy delicada, es muy propenso á desmayarse, y acaba de separarse de un amigo íntimo que ha tenido la desgracia de disgustar á la república.

— Hay otros muchos que la disgustan y que por este motivo dejarán la cabeza en el cesto. Jarvis Lorry, banquero inglés: ¿en dónde está?

— Soy yo.

Y él era también el que habia contestado á las preguntas anteriores, el que habia bajado del coche, y que con los piés en el lodo y la mano en la portezuela, continuaba respondiendo á un grupo de patriotas y empleados, los cuales rodearon varias veces el coche, subieron al pescante y examinaron á su antojo el equipaje, en tanto que los campesinos que entraban y salían, se acercaban á las dos portezuelas y miraban dentro del coche con avidez.

Una mujer que llevaba un niño en los brazos, le hizo alargar la mano para que pudiese tocar á la viuda de un aristócrata enviado á la guillotina.

— Aquí están tus pasaportes, Jarvis Lorry.

— ¿Podemos partir?

— Sí: ¡arrea, postillon! Buen viaje.

— Os saludo, patriotas. Pasó el primer peligro, continuó el banquero cruzando las manos y alzando los ojos al cielo.

Reina el terror en el coche donde se oyen sollozos ahogados, la voz quejumbrosa de un anciano, y la respiración anhelosa de un hombre sumido en profundo sueño.

— ¿No podrían ir mas aprisa los caballos? preguntó Lucía tomando las manos á su amigo.

— Parecería que huíamos, hija querida; una marcha demasiado rápida despertaría las sospechas.

— Asomaos y mirad: tal vez nos persiguen.

— El camino está desierto, ángel hermoso; en cuanto alcanza la vista no veo á nadie.

Pasan junto á ellos grupos de dos ó tres cabañas, quintas aisladas, ruinas de antiguos edificios, calles de árboles, despojos de sus hojas, fábricas, hornos de cal y grandes llanuras descubiertas. El piso desigual de la

carretera se despliega debajo del coche; de vez en cuando dan un rodeo, pero no evitan los charcos donde el lodo llega hasta el eje de las ruedas, y la impaciencia es tan viva entonces, que en su angustia quieren bajar, huir á lo lejos, ocultarse en los matorrales antes que detenerse.

Los campos se alejan, y vuelven á pasar por los lados del coche las quintas solitarias, los castillos destruidos por las llamas, las fábricas, los grupos de cabañas y las calles de árboles cubiertas de hojarasca.

— ¡Los postillones nos engañan, nos llevan al camino donde estábamos hace dos horas! ¿No hemos visto esas ruinas y esas dos ó tres cabañas? No, gracias al cielo, era yo la que me equivocaba. ¡Una aldea! Mirad si nos persiguen.

— ¡Silencio!... Llegamos á la parada.

Los cuatro caballos son conducidos con una lentitud desconsoladora, y el coche está inmóvil delante de la puerta del meson, de donde no parece que deba alejarse.

Llegan por fin los cuatro caballos de relevo uno tras otro, seguidos de sus postillones que arreglan sus látigos con la mayor cachaza.

Los que les reemplazan cuentan el dinero sin darse prisa, se equivocan en la suma, vuelven á principiar sus cálculos y vuelven á equivocarse.

El corazón de nuestros pobres viajeros, lleno de temor, tiene en tanto latidos mas rápidos que el galope del caballo mas veloz.

Ya han montado por fin los postillones: el coche cruza la aldea, sube la colina con lentitud, la baja al paso y penetra en una hondonada por donde se arrastra con trabajo.

Se oyen entonces gritos, los postillones hablan con animación, gesticulan con fuerza y paran los caballos.

— ¡Señor... nos persiguen!

— ¡Alto... alto el coche! tenemos que hablaros.

— ¿Qué quereis? preguntó M. Lorry asomándose á la portezuela.

— ¿Cuántos han dicho que habia?

— No os entiendo.

— ¿Cuántos guillotinos hay hoy?

— Cincuenta y dos.

— ¡Bien seguro estaba! Los otros apostaban á que eran cuarenta y dos. Diez cabezas mas; esto ya vale la pena. La guillotina se luce. Bien; gracias.

Llega la noche.

El viajero que dormía desde París se agita, se despierta y pronuncia estas palabras con voz anhelosa creyéndose aun en la cárcel:

— Cartone, ¿qué teneis en la mano? ¿Es un arma?

— ¡Apiadaos de nosotros, Señor! Va a descubrirse... Mirad si vienen.

El viento y las nubes se precipitan en pos de ellos, la luna toma parte en la fuga, y las tinieblas les siguen y los envuelven.

Pero el camino está desierto, y nadie trata de perseguirles.

#### CAPITULO XIV.

##### LA SEÑORA DEFARGE.

Mientras en la Conserjería llamaban á las cincuenta y dos víctimas, la señora Defarge celebraba consejo con Juan tercero y la Venganza.

Esta reunion no tenia lugar en la taberna de San Annio, sino en la barraca del serrador, nuestro antiguo caminero, el cual apostado en una esquina inmediata como centinela, no debía tomar parte en la discusión hasta el momento en que fueran necesarias sus explicaciones, pero sin tener voto deliberativo.

— Defarge es un buen republicano, dijo Juan tercero.

— No hay otro mejor, añadió la Venganza.

— No tanto, amiga mia, repuso la tabernera poniendo la mano sobre la boca de su ayudanta de campo; mi marido es un buen patriota, tan valiente como sincero, y ha merecido bien de la república, cuya confianza posee, pero tiene un lado flaco y se deja enternecer por ese doctor.

— Es lástima, dijo Juan llevándose los dedos á su boca de tigre: eso no es propio de un buen ciudadano.

— Me cuidó muy poco de ese doctor, y tanto me importa que viva como que muera; pero la familia de los Evremont ha de desaparecer, y es forzoso que la mujer y la hija sigan pronto al que va á morir.

— ¡Magnífica cabeza! murmuró Juan tercero. Los ojos azules y los cabellos de oro brillarán en las manos de Sanson.

El ogro tenia los gustos refinados de un epicúreo.

La señora Defarge estaba con los ojos bajos y reflexionaba.

— También la hija tiene cabellos rubios y ojos azules, dijo Juan saboreando sus palabras. Por otra parte, es raro que tengamos una niña. ¡Son tan graciosas esas cabecitas!

— En una palabra, dijo la tabernera levantando de pronto la cabeza, en esta ocasion no puedo fiarme de mi marido. No solo haria mal en comunicarle mi proyecto, sino que es hombre capaz de avisarles y proteger su fuga.

— No puede ser, exclamó Juan; nadie debe salvarse. Tenemos hecha la cuenta, y necesitamos el centenar por dia.

— Defarge, continuó la tabernera, no tiene las mismas razones que yo para encarnizarse con esa familia,

y yo tengo las mias para no compadecerme de ese doctor. Así pues, no debo contar con él, y debo obrar por mí en este negocio.

Llamó al serrador, á quien siempre habia inspirado tanto respeto como terror, y que se presentó inmediatamente con el gorro en la mano.

— ¿Estás pronto, le dijo con expresión sombría, á prestar hoy mismo tu declaración relativamente á las señas de que me has hablado?

— ¿Y por qué no? repuso el hombrecillo. Ella venia todos los dias, que lloviese ó nevase, algunas veces con la chiquilla, pero por lo regular sola, y en cuanto á las señas, era cosa de ver... Yo sé lo que sé; lo he visto con mis propios ojos, y lo contaré á todo el mundo.

El serrador gesticulaba mientras hablaba para imitar las señas políticas que nunca habia visto.

— Conspiraba, dijo Juan tercero; es evidente.

— ¿Se puede contar con el jurado? le preguntó la tabernera con una sonrisa siniestra.

— No lo dudes, querida ciudadana; respondo de todos mis colegas.

— Veamos, repuso la señora Defarge con aire pensativo, ¿debo hacer á mi marido el sacrificio del doctor? No tengo sobre este punto ninguna idea; que viva ó no, me interesa poco.

— Seria una cabeza mas, observó Juan tercero.

— Le designaba la cárcel y gesticulaba con ella cuando los vi á los dos, continuó la tabernera, y por consiguiente, no sé por qué se ha de acusar á la hija sin denunciarle á él. Ya lo veremos cuando llegue el caso. No puedo dejar solo á este hombre en un negocio tan importante, y como mi testimonio es poderoso, mi declaración confirmará la suya.

Juan tercero y la Venganza dijeron que su testimonio era poderosísimo, y el serrador, que era un hombre pascivo, añadió que era prodigioso.

— Se arreglará como pueda, continuó la señora Defarge sin escuchar los elogios que le prodigaban. Reflexionándolo todo bien, no puedo perdonarle. ¿Estarás allí á las tres, ciudadano?

El antiguo caminero se apresuró á contestar afirmativamente, y se aprovechó de la ocasion para añadir que era un ardiente patriota, y que se consideraria el mas desgraciado de los hombres si se viera privado del placer de fumar en su pipa admirando la destreza del barbero nacional. Manifestó tanto entusiasmo en sus protestas, que hubiera podido sospecharse que tenia vivas inquietudes personales, y hasta tal vez los ojos penetrantes de la señora Defarge, que le miraban con desprecio, habian descubierto su terror de que podia incluirle en el número de los sospechosos.

— Allí me verás, dijo la tabernera. Ven despues á encontrarme al arrabal. ¿Te olvidarás?

— ¡Oh! no, ciudadana.

— Desde allí iremos á la seccion á denunciar á los otros tres.

El serrador añadió que tendria un orgullo en acompañar á la ciudadana. Esta le lanzó una mirada que aquel evitó volviendo la cabeza, y avergonzado como un perro sorprendido en una falta, fué á ocultarse arastrándose detrás de sus maderas.

La señora Defarge se alejó á un extremo de la calle, adonde le siguieron la Venganza y su jurado, y les comunicó sus intenciones en los siguientes términos:

— La mujer de Evremont estará en su casa esperando la hora del suplicio, y debe gemir, desesperarse, derramar lágrimas, y hallarse, en una palabra, en un estado que la hace culpable, porque la ley prohibe simpatizar con los enemigos de la república. Voy á sorprenderla.

— ¡Admirable idea! dijo Juan tercero con entusiasmo.

— ¡Eres divina! exclamó la Venganza dándole un beso.

— Guárdame el trabajo, repuso la tabernera entregando su faja de punto de media á su ayudanta de campo, lo dejaras en mi silla. Date prisa en ir allí, y no te distraigas por el camino. Hoy habra mas gente que otros dias, y podrían tomarnos el sitio.

— No temas, te obedeceré fielmente: ¿no eres mi jefe? Respondió la Venganza besándola por segunda vez. ¿Tardaras mucho?

— Llegaré antes que principien.

— Hemos de ver los carros; ¿estarás en la plaza para verlos llegar? gritó la Venganza corriendo detrás de su jefe que habia doblado ya la esquina.

La señora Defarge agitó la mano haciéndole seña de que la oia y de que podia estar segura de que no tardaria, y se alejó dejando á Juan tercero y á la Venganza admirados de su buen talle y de sus facultades morales.

Habia entonces un gran número de mujeres espantosamente desnaturalizadas por el furor contagioso de la época, pero la mas temible entre todas es la que vemos dirigirse hacia la casa del doctor. De un carácter á la par prudente y audaz, de una voluntad inflexible, de un espíritu determinado, de una penetración prodigiosa y de una belleza varonil que imponia al espectador y le hacia confesar su poder, la señora Defarge habria surgido en todos los casos del oleaje revolucionario; pero imbuida en el recuerdo de las iniquidades de que habia sido victima su familia, alimentando desde la infancia un odio inveterado contra los nobles y esperando sin cesar el momento de vengarse, la ocasion la habia transformado en una fiera y le habia arrancado la piedad, si es que esta virtud se habia albergado alguna vez en su corazón.

¿Qué le importaba que un hombre fuera decapitado por las faltas de sus padres? No veia en él al inocente, sino al que habia recibido su herencia. Y no le bastaba

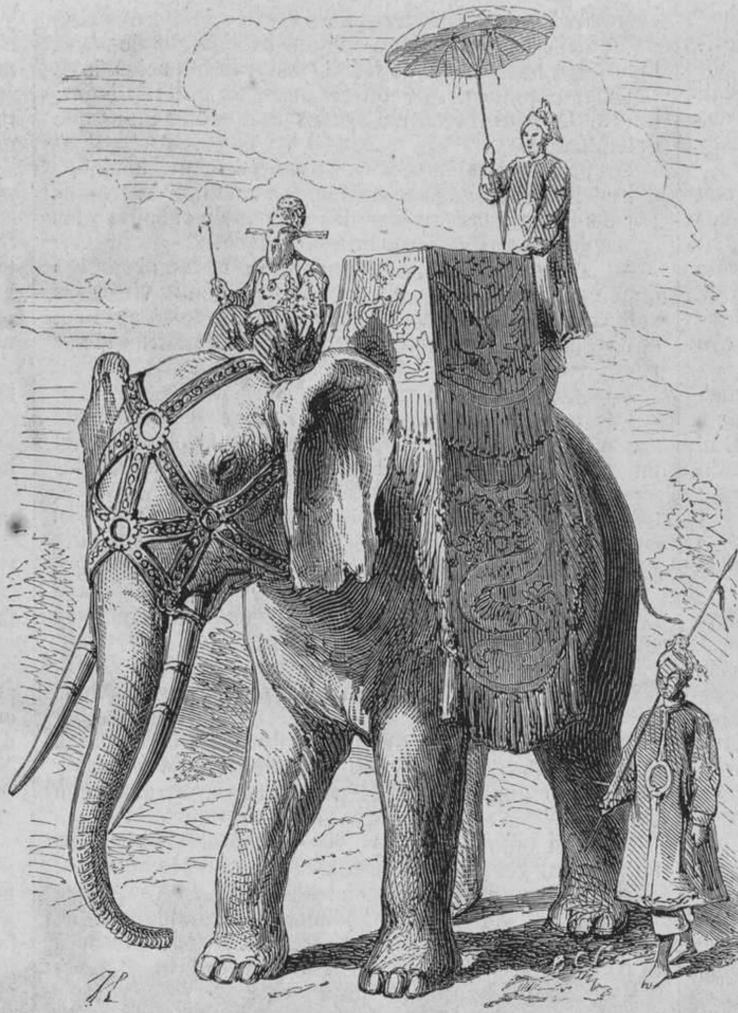
que esta muerte dejase una viuda y una huérfana, porque la hija y la mujer que llevaban el apellido odiado eran su presa natural y no tenían derecho á vivir. En vano se hubiera tratado de enternecerla... ¿Cómo había de enternecerse, si para ella misma no tenía compasión? Aunque hubiera sucumbido en la calle, en medio de los combates, no le habría ocurrido la idea de quejarse, y si la hubiesen llevado al cadalso, habría subido sus gradas fatales sin sentir otra cosa que el no poder presenciar el suplicio de sus jueces.

Tal era el corazón que latía bajo el vestido de la señora Defarge.

Aquel vestido flotante, de tela comun, llevado con desden como una túnica de hechicera, caía muy bien al tallo de aquella mujer, cuyos cabellos de un negro brillante y de una rara abundancia se escapaban á rizos de su tosca gorra



Gran mandarin civil.



Elefante del rey de Annam.

subir con Ferry en un coche ligero que se proporcionarían de antemano, con el cual alcanzarían fácilmente á los demás viajeros y se adelantarian para preparar los caballos en el camino, inmensa ventaja, especialmente durante la noche, en que podía serles fatal la menor tardanza.

La señora Pross, comprendiendo el servicio que este arreglo debía prestar á los fugitivos, había aceptado con alegría, y solo esperaba el momento de ponerlo en ejecución.

(Se continuará.)



Soldados de la guardia real.

**Cochinchina.**

(Continuacion. — Véase el número 589.)

Las mujeres annamitas son muy hermosas. No tienen alta estatura, pero si buenas formas, y la expresion de



General de division.



Mandarin militar.



El lay delante del mandarin.

encarnada. Su ancha pañoleta ocultaba una pistola, y llevaba un puñal en el cinturón.

La tabernera cruzaba rápidamente el espacio que la separaba de la casa del doctor andando con la firmeza que en todo desplegaba y con la agilidad de una mujer que en su niñez había pisado la playa sin zapatos.

Había llamado la atención á M. Lorry la dificultad de dar un asiento al aya en el coche, pues no solamente no debía recargarse de peso el carruaje, que era ya demasiado pesado, sino que convenia reducir en cuanto fuera posible el tiempo que se perdiera en la puerta con el examen de los viajeros, porque un retardo de algunos minutos podia hacer fracasar su empresa. Así pues el banquero había reflexionado sobre este inconveniente, y había propuesto á la señora Pross que podia partir cuando quisiera, pero que debía esperar tres horas y

su rostro es muy suave. Sus manos son menudas y poseen una cabellera negra admirable. Sus ojos no brillan como los de las chinas. El tipo del semblante las acerca mas á la raza europea que á la mongólica. Desgraciadamente, el uso del betel las agranda la boca y ennegrece su dentadura; pero aun así, sus dientes tienen brillo, y en cuanto se puede conseguir que pierdan la costumbre del betel, recobran todo su esmalte.

Las mujeres annamitas no carecen de distincion ni de buen gusto. Su peinado es muy sencillo: se recogen el cabello, le retuercen por delante de la cabeza y le fijan por medio de una larga horquilla de plata. En la garganta llevan un collarito de ámbar, y debajo de este collar se ponen un gran círculo de plata que cae sobre el pecho. Un brazaletes de ámbar completa el aderezo.

Generalmente son alegres y bastante comunicativas. Buenas madres, alicionadas al trabajo y duras para las fatigas, han dado lugar á este proverbio: « La mujer tiene nueve existencias y no muere por la pérdida de una sola. »

Hé aqui un rasgo muy honroso para las mujeres annamitas, que tomamos de la notable obra de M. de Grammont, titulada: *Once meses de subprefectura en la Cochinchina*:

« Un día un mercader europeo viendo pasar por la plaza del Mercado á una jóven annamita muy hermosa, se acerca á ella y trata de arrancarle la promesa de una cita. La mujer resiste y el mercader no cede en su empeño: en fin, con la esperanza de vencer su indiferencia mediante un argumento sin réplica, la desliza en la mano seis piastras, que es una gran cantidad para un indigena. La mujer toma el dinero



(Conghais) Mujeres del campo.



TIPOS ANNAMITAS.

Un mendigo y una señora con su sirvienta.

y lo lleva inmediatamente al jefe del puesto del mercado.

Esta expresion: el bello sexo, puede pues aplicarse perfectamente á las mujeres annamitas. En cambio los hombres son bastante feos: su semblante es mas chato, su cúlis mas amarillo, sus pómulos mas salientes. Sin embargo, son muy vigorosos y soportan muy bien la fatiga. Andan descalzos. Durante las últimas campañas las columnas expedicionarias, compuestas de los mejores andarines, salian dos horas antes que los soldados indigenas; los cazadores de infantería no llevaban mas que sus armas y sus cartuchos, y no obstante, los indigenas cargados con su bagaje, sus mochilas y sus provisiones de boca, les alcanzaban pronto y llegaban los primeros á la etapa.

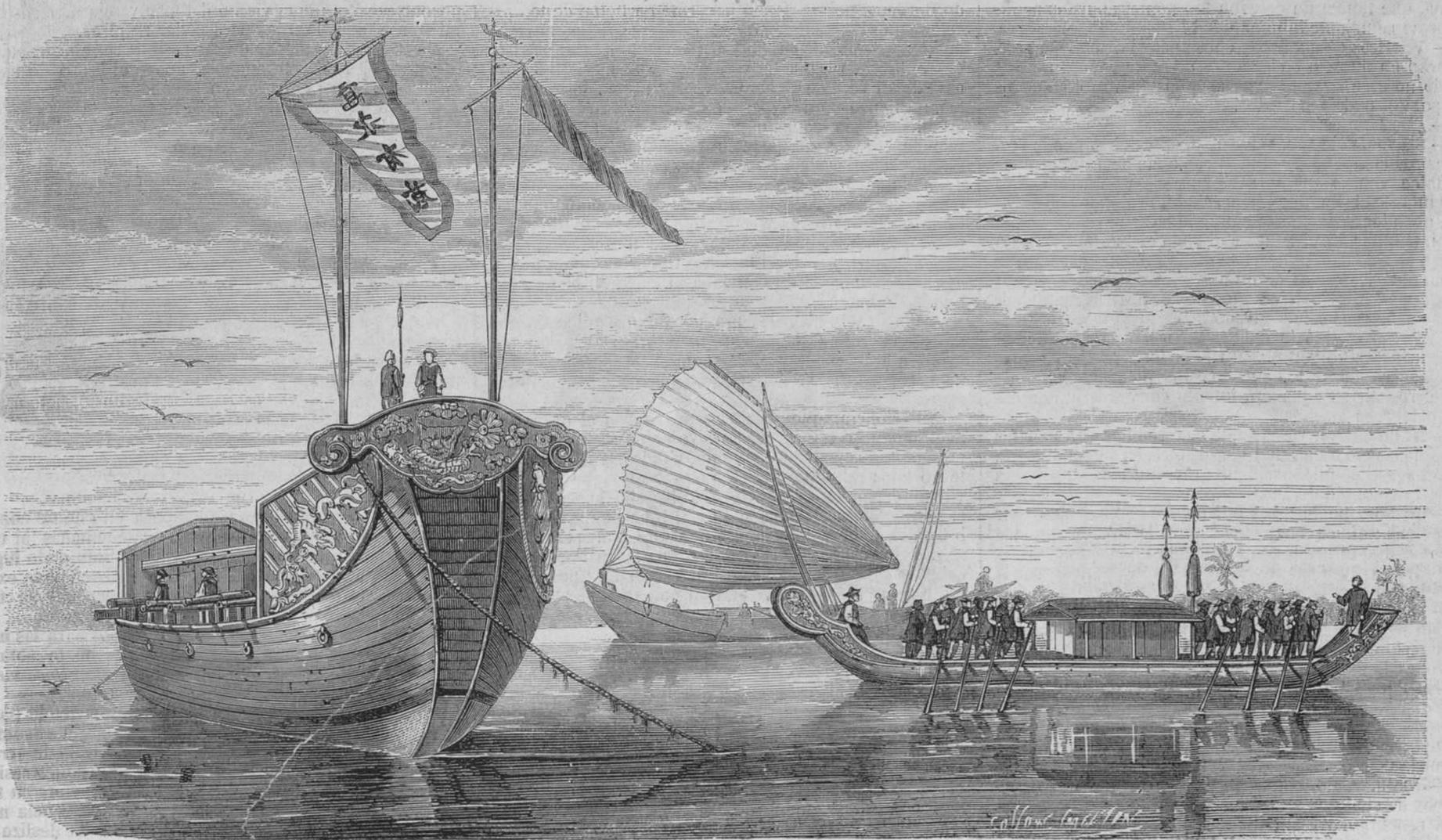


Músicos del rey de Annam.  
MUEBAN

Los annamitas pueden andar seis ó siete horas de seguido, descalzos, por caminos abominables, y con una rapidez de seis ó siete kilómetros por hora.

Conservan su cabellera con tanto cuidado como las mujeres. Las largas cabelleras constituyen un homenaje á los antepasados. Una de las mayores dificultades con que se ha tropezado para formar el batallón indigena, ha procedido del reglamento implacable que manda que los quintos se corten el pelo.

El annamita tiene una alta idea de su dignidad. Para convencerse de esto no hay mas que verle andar con su paraguas en una mano y su abanico en la otra; va con las piernas desnudas, pero si viste de ceremonia lleva babuchas puntiagudas con tacon alto y gruesas suelas de cuero.



Cañonera annamita. — Junco mandarín. — Junco del Tongeois.

Un cinturón de seda estrecha su talle, y lleva en torno de la cabeza como un turbante un crespon azul. Su exterior es grave y camina con paso firme. Si las circunstancias le suministran la ocasión, es seguro que dará pruebas de esa viveza que han observado todos los viajeros.

« Dime lo que comes y te diré quién eres. » Según este axioma de Brillat-Savarin, sería preciso reconocer que los annamitas han llegado á un grado de civilización muy avanzada. Sus cocineros son muy hábiles; saben aprovechar hasta las pieles de elefante y de rinoceronte, con las que fabrican gelatinas sabrosas.

En las mesas de los mandarines figuran pavos reales asados, artísticamente cubiertos con su plumaje; ánades y pollos sin huesos; picadillo de puerco y de búfalo, carnes cocidas con verduras, pescado en salsa, pasteles, batatas y setas: tienen una seta muy delicada que crece en la basura de elefante. Saben sacar un buen partido de las muchas legumbres y las ricas frutas que su país produce en abundancia. Al rededor de cada manjar ponen una porción de platillos que contienen salsas mas ó menos cargadas de especias. Al lado de las carnes succulentas, sirven habas de Mytho, pasteles de arroz y las mil variedades de la pastelería china, pistachos tostados, plátanos, mangos, cremas de coco y piñas. Ofrecen á los convidados el té, el fuertísimo aguardiente de arroz (*cham-chu*) y hasta los vinos de Francia y de España; pero estos últimos artículos se reservan para las grandes ocasiones.

A. L.

(Se concluirá.)

### El corredor de playa.

(Conclusion.)

— ¿Yo? exclamó M. de Milval palideciendo; ¿yo prestarme á semejante mensaje?... ¡Soy noble, caballero; mil veces antes la muerte!

— ¡Oh... por piedad! ved lo que decís, murmuró la joven desolada.

— Además, si aceptase semejante misión, sería inútil; no tengo influencia ninguna sobre la guarnición de la plaza.

— Eso no es cuenta vuestra, repuso el capitán; con hacer lo que podáis, habeis cumplido.

El joven hizo un ademán negativo.

— No hay tiempo que perder, insistió el capitán; tomad pronto una ú otra resolución; sé que no os asusta la muerte; pero reflexionad que hay aquí quien exige vuestra vida como único pago de todos sus sacrificios.

Bella quiso arrojarse á los pies del prisionero; su tío la detuvo, y dijo con ademán enérgico:

— Hablad, caballero, no podeis disponer mas que de un instante.

— Repito que en vano exhortarian á los soldados á rendirse; además, ¿y mis desgraciados compañeros? La república no comprende á los emigrados en las condiciones de capitulación; los entregaria pues, señor capitán; vos que sois leal; vuestro hermano y vuestra sobrina, que tienen un corazón tan noble, ¿pueden aconsejarme semejante inhumanidad? Dejadme morir.

— Vuestros compañeros encerrados hoy en Nieuport, estarán en nuestro poder antes de quince días; de este modo no escaparán; si vos aceptais la misión que os propongo, podeis salvarlos.

— ¿Yo?

— Sí, vos, solo vos, repuso Luis Stock bajando la voz. Vuestros compañeros de desgracia conocerán sin duda el único camino que se abre ante ellos para escapar á una muerte cierta. Por ese arroyo hijo del valor no querrán abandonar el puesto sino combatiendo: en cuanto á mí, tributaria mil gracias al cielo si pudiera evitar á nuestros soldados la horrible misión de matar á sangre fría, entre las dunas de mi patria, á doscientos ó mas desgraciados. ¿No creéis que Dios os pediría cuenta por no aceptar esa misión salvadora?

El joven inclinó la cabeza y parecia combatido por contrarios sentimientos: su vacilación, su silencio mismo, hacia esperar á todos que iba á ceder. Bella, sin poder resistir su emoción, intentó convencerle con estas palabras:

— M. de Milval, yo os suplico de rodillas que acepteis ese único medio de salud que os ofrecen: dadme así la recompensa de mis sacrificios; no refuseis lo que es sin duda la voluntad de Dios.

— En hora buena; por mis pobres compañeros, por vos, Bella; nunca por mí aceptaré la misión que me confían, dijo el joven comprimiendo un suspiro.

— Gracias, gracias, exclamó la joven ahogada por la emoción.

— Entonces, M. de Milval, seguidme; una escolta y un corneta con bandera blanca nos espera. Dentro de un cuarto de hora estareis delante del fuerte.

Todos le despidieron con frases de júbilo y de esperanza. Poco tiempo despues el capitán volvió y dijo con mal disimulada alegría:

— Ha partido. Ahora nada puede impedirle llegar á Nieuport. Allá abajo en la cima de una duna se podría seguirle con la vista.

— Venid, venid, padre, exclamó la joven arrastrando en pos de sí al anciano. Dios os bendiga, tío.

Y procurando reanimar sus fuerzas animando á su anciano padre, llegaron á las primeras dunas. El camino, aunque corto, fué penoso; el cansancio del camino anterior, el producido por tantas emociones tenia aniquiladas sus fuerzas, y cuando subieron á la cima de la montaña, sus frentes estaban bañadas en sudor.

— Allí, allí, decía Bella señalando con su mano: detrás del soldado que lleva la bandera blanca... entra en el fuerte, los soldados franceses vuelven sin él.

— Se ha salvado, dijo José.

— No, todavía no, murmuró Bella, cuyos ojos brillaron de esperanza; pero Dios le protegerá: ahora, padre, vamos á casa, rezaremos por él toda la noche.

Y descendiendo de la altura, emprendieron lentamente el regreso á su morada.

Dos días despues, Bella estaba arrodillada en la primera pieza de su cabaña, y tenia en la mano un crucifijo. Su padre ciego proseguía en silencio su malla.

De repente la oración de la joven fué interrumpida por un acento enérgico que exclamó con alborozo:

— ¡Bella, ya sois dichosa! Dios os ha oído.

— ¡El tío Luis! exclamó la joven corriendo al encuentro del que entraba. ¿He comprendido bien?

— Te traigo una buena noticia, querida niña. Ayer por la tarde los emigrados han querido forzar el bloqueo y huir por el mar: de tres botes que los conducían, uno solo ha llegado á los navios ingleses; en él iba M. de Milval: mientras sus compañeros se escondían en el fondo del bote de nuestros tiros, él, de pié, con un fusil en la mano, respondía al fuego del puerto. Aunque no le hubiera visto tan de cerca, le hubiera reconocido por su negra cabellera que el viento agitaba. Al seguirle con la vista, mi corazón se oprimía en mi pecho temiendo verle caer, porque una lluvia de balas silbaba en torno suyo. No soy supersticioso, pero creo que un poder superior le protegía.

Un grito de inefable alegría resonó en la cabaña del pescador, y Bella se arrojó en brazos de su padre murmurando:

— ¡Padre, padre! ¡Dios nos ha permitido ver cumplida nuestra obra de misericordia!

### CONCLUSION.

— Sí, señor, decía el anciano boticario sentado ante una mesa de la taberna del *Leon Blanco*, y colocando su pipa sobre ella. Apostaria á que ninguno de los que me escuchan conoce una historia del país mas interesante que la que yo sé.

— Pues ¿qué os detiene? Contadla, exclamaron algunos alegres jóvenes que le rodeaban.

— Ya sabeis que me muero por contar historias, y la que recuerdo va á ser muy larga, y temo estar hasta muy tarde fuera de mi casa; pero en obsequio á este señor que nos ha hecho una visita tan inesperada, procuraré contarla con la mayor rapidez posible.

El anciano boticario llevó á sus labios el vaso de cerveza que tenia delante, y comenzó así:

— Hace cuarenta y seis años la mayor parte de los que me escuchan no habian nacido; porque si no me engaño, apenas hay uno ó dos entre los que me rodean que hubiera asomado al mundo su nariz antes de 1812.

Mi tío, boticario tambien, y que sin embargo vivia entre los buenos olores de un pollo asado ó el del vino de Burdeos, no queriendo hacerme partícipe de tan excelentes órdenes, decidió que yo fuera artista, enviándome á seguir mis estudios á casa de un pintor paisista en Amberes. Un día de verano que yo me hallaba en casa de mi tío, tomé, como me habia ordenado mi maestro, mi lienzo y mi caja de colores, y me fui á tomar un croquis á las cercanas dunas. El tercer día que salí estaba sentado en una pequeña eminencia, desde la cual descubria un paisaje encantador. A un lado, infinidad de montañas de arena formando en sus cimas desiguales un oleaje inmóvil; al otro, una sola montaña cubierta de musgo á trozos y reflejando todos los matices que pueden buscarse en la paleta de un pintor. Al pié de aquella altura se veía una choza de encarnado techo, con una chimenea que enviaba al cielo su blanca columna de humo.

— Pero ¿y la historia? preguntó uno á quien sin duda este exordio parecia demasiado largo.

— No le interrumpais, exclamó el que habian designado como forastero: refiere de un modo muy interesante.

— Paciencia, que ya llegamos, repuso el narrador. Sentado en mi altura, trazaba yo como mejor podia el paisaje que se extendia ante mí, y todo era tranquilo en torno mio; ni una criatura humana animaba la inmovilidad del paisaje, ni otro ruido llegaba hasta mí que el producido por las olas del mar. De repente, un hombre salió de la cabaña que os he dicho, y al apercibirme se dirigió resueltamente hácia mí: era un anciano de cabellos grises, vestido como de pescador; podría tener unos sesenta años, y aun su poderosa musculatura revelaba la fuerza de que debia haber dispuesto en su juventud.

— ¡Dios os guarde! me dijo el pescador colocándose á mi espalda para ver lo que hacia.

Cambiamos algunas palabras sobre el tiempo, el mar y las dunas, pareciendo él mas preocupado á medida que por mas tiempo observaba lo que producía mi pincel; por fin, me dijo riendo:

— ¡Ah! ¿eso es lo que se llama pintar? ¿Todas esas manchas de distintos colores son luego un cuadro? Vaya unos oficios que hay en el mundo. Si á mí me hubieran mandado pintar como á vos, me hubiera muerto en menos de tres días. Lindo trabajo para la mano de un hombre. El sudor baña mi frente nada mas que al veros...

— No la del pescador; las nuestras están bañadas de sudor por la impaciencia que tenemos al oiros, dijo uno del auditorio. ¡La historia! ¡la historia!

— Ya llegamos, repuso el boticario. El pescador era un hombre de ingenio y de buen humor, todo lo que me dijo me lo callo por abreviar; pero mientras los dos hablabamos alegremente, un hombre se acercó á nosotros sin que nos hubiéramos apercibido de su llegada hasta que habló; llevaba á la espalda un gran ceston, y su cuerpo estaba tan inclinado, que parecia llegar al suelo con las manos como con los piés. Fijó en nosotros su vista extraviada, y dijo con voz ronca:

— « Escuchad cómo ruge el mar: un navio ha naufragado esta noche; ¿habeis visto el cadáver del capitán? Estaba muerto, creedme, yo lo afirmo, estaba muerto. ¡Oh! ¡miradle, miradle! ¡Oh! ¡defendedme! ¡me asesinará!»

— Y al acabar estas frases extrañas, continuó el boticario, aquel personaje saltó de arriba abajo de la duna gateando, ó lo que es lo mismo, en cuatro piés subió y bajó de una á otra, y desapareció á nuestra vista.

— ¿Quién es ese hombre? pregunté á su interlocutor.

— ¡Pobre corredor! repuso tristemente el anciano pescador. ¡Está loco! Hace mucho tiempo que un navio inglés naufragó en nuestra costa, y el cuerpo del capitán fué arrojado por las olas á la playa. Se ignora si vivo ó muerto; pero cuando los guarda-costas le encontraron, era ya cadáver, acusando á Ko Sael de haberle robado una cartera llena de billetes de banco. La cartera fué encontrada por la autoridad enterrada en un rincón de su casa, y Ko Sael condenado á veinte años de cadena. Al cabo de diez le pusieron en libertad, porque habia caído en un completo idiotismo, y desde entonces el desgraciado vaga día y noche por la playa, perseguido á lo que parece por la imagen del capitán inglés: ha hecho pocas acciones buenas en su vida; pero sin embargo los pescadores tienen compasión de él, y le socorren para que no se muera de hambre.

— Por fin pareció la historia.

— Todavía no; pero ya vamos llegando.

— Mirad el reloj, repuso con sorna uno del auditorio.

— ¡Diablo!... se acerca mi hora, repuso el narrador: abreviaré. Apenas el loco habia desaparecido, una mujer bajita y muy anciana se acercó á nosotros, y dijo al pescador:

— ¡Aturdido! ¡mala cabeza! ¿Te parece bien estarte charlando sin pensar en que la comida se enfria?

— ¡Aturdido! dije con sorpresa al ver tratar como á un niño á un hombre de cabellos blancos.

— No os hagais mala sangre por tan poco, repuso el pescador sonriendo; id, que yo llego antes que vos.

La vieja se alejó refunfuñando.

— ¿Es vuestra madre? dije.

— No; pero es igual, me contestó.

— Parece tener mal genio; he creído que iba á sacarnos los ojos.

— ¡Ella! repuso el pescador con energía y sentimiento. ¡Es buena como un ángel del cielo! podía vivir en un castillo como una princesa, y por vivir conmigo, por cuidarme, prefiere acabar sus días en esa cabaña.

— ¿En un castillo?

— Sí, señor, allí hemos vivido seis ó siete meses; pero yo no podia seguir allí: me iba consumiendo poco á poco. Necesito que el viento del mar venga á refrescar mi frente todos los días para poder respirar.

Me invitó á participar de su mesa, pero rehusé; echó á correr, alcanzó á la anciana, apoyo el brazo de esta en el suyo, y así entraron en la cabaña.

— Pero, por amor de Dios, la historia.

— Paciencia, ya vamos llegando, añadió el boticario con su imperturbable flemma. Pocos días despues el pescador se acercó á mí trayendo debajo del brazo un navio pequeñito pero completo, con sus velas y sus mástiles.

— La tia Clara duerme, me dijo, y me he traído este navio en el cual trabajo hace mas de dos meses; ¿no es verdad que estaria muy bonito si se le pusiera una franja encarnada al rededor, y aquí, en la proa, un sol, una luna ó una estrella, de donde tomara nombre?

— Ya, ¿y venis á pedirme que le pinte? repuse sonriendo.

— No, señor, vengo solo á pedirnos un pincel empapado en un color rojo que veo en vuestra tabla. Yo le pintaré como pueda: es para servir de juguete á un niño.

— ¿Teneis hijos?

— No, señor, no he tenido esa dicha, exclamó exhalando un suspiro. Este barco es para José, para mi sobrineto, un niño hermoso, vivo y despejado como el hijo de un rey. Ya se acerca la época en que su padre y su madre vienen á hacernos su visita anual, y le prometí al niño regalarle una fragata: ¡qué lejos estará de comprender que he pedido á un desconocido estas pinturas!

Y al decir esto pintaba con tanta atención, que se interrumpió nuestro diálogo.

— ¿Pero os burlais? ¿cuándo viene la historia prometida?

— Tened paciencia. A los pocos instantes apercibí entre las dunas un hombre muy anciano, pero de elevada estatura, y con un niño de cada mano que parecían guiarle á él; aquel anciano era ciego. Mire con interés á aquellos dos niños, que con ternura é inteligencia precoz servian de guía al anciano, y en breve advertí detrás de ellos un caballero, que á juzgar por la elegancia de su traje, debía ser hombre rico, y una señora, sin duda su mujer, y madre de aquellos niños. Dos criadas los seguían.

postura. No le aconsejo á Vd. que tenga paciencia y se resigne, porque nos lo prohíbe el calendario. Muérdase Vd. los codos, y si los dientes no alcanzan, al pozo de cabeza y buenas noches. A Vd. ¿ qué le importa romperse la crisma? Al fin y al cabo todo queda reducido á una nueva contradanza de elementos componentes. Yo le fio á Vd. que no se perderá uno solo. ¿ Quién sabe lo que llegará Vd. á ser luego que cada pizquita de inteligencia, y de sentimiento, y de instinto, y de órgano empiece á rodar y á sonar por esos mundos?... Tal vez sea Vd. un cometa.

Don Serapio, *aparte*. — En cogiendo yo por mi cuenta á uno de esos picaros neos...

Doña Agustina. — Usted, señor don Hermógenes, debe de haber comido con el capitán general.

Don Hermógenes. — He comido con el sentido común.

Doña Mariquita. — ¿ Y qué quiere Vd. decir con eso?

Don Hermógenes. — Lo que quiero decir es que estoy de prisa y me voy.

Doña Agustina. — Vaya Vd. con Dios, y haga usted cuenta que no nos ha conocido. ¡ Picardía! No sé cómo (*Se levanta muy enojada, eneaminándose hácia don Hermógenes, que se va retirando de ella.*) no me tiro á él... Váyase usted.

Don Hermógenes. — ¡ Gente ignorante!

Don Serapio, *aparte*, y *dándose una palmas en la frente*. — Le pondré en el Tiburón.

Doña Agustina. — Váyase usted.

Don Félix. — ¡ Retrógrado!



El Clos Lucé que perteneció á Leonardo de Vinci.

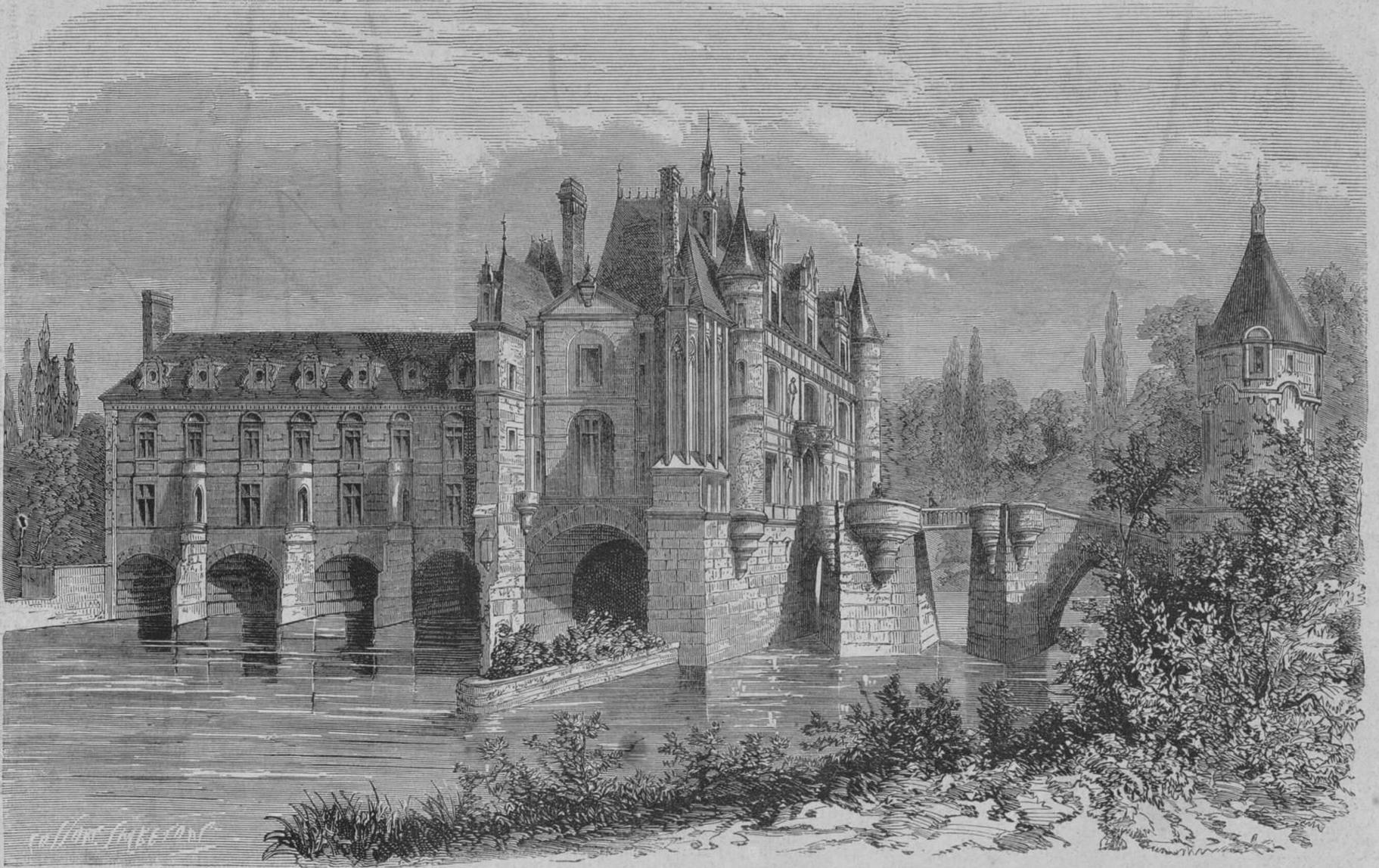
Don Venancio. — ¡ Neo!  
Doña Agustina. — Váyase usted.  
Don Serapio. — ¡ Místico!  
Don Hermógenes. — Canalla infeliz.  
(*Don Basilio canta el aria de la CALUMNIA y cae el telon.*)  
EL BACHILLER CARLANCA.

**Chenonceaux (1) y Amboise.**

« Castillo con flores y blasones, flanqueado de bonitas torrecillas, cuajado de arabescos, adornado de cariátidas, con balcones, y cubos y pabellones, que ha venido á ser real y muy justamente. »

Belleforest dice muy bien en su antiguo lenguaje: merecía en efecto figurar entre las posesiones de la corona de Francia, ese palacio que es una de las construcciones mas elegantes y mas ricas que se hayan elevado en el siglo XVI. Al ver cómo se lanzan de en medio del río Cher sus graciosas torrecillas y se extienden sobre las márgenes de la corriente sus encantados jardines; al verle salir del seno de las aguas como la antigua Vénus, se pregunta uno á qué capricho debe su origen: monumento ideado por una mujer, ejecutado por una favorita, y concluido por una reina. Habría sido las-

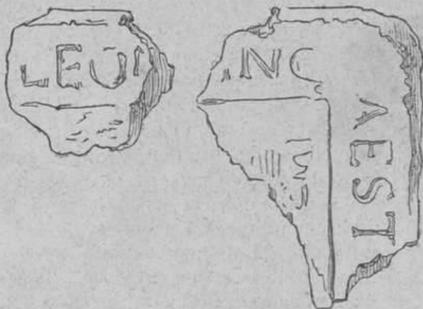
(1) Este palacio subastado últimamente ha sido adjudicado á M. Pelouse, hijo del célebre químico director de la Casa de la Moneda.



El palacio de Chenonceaux.

tima que esta mansion de la poesía y del amor hubiese sido turbada por los dramas sangrientos del siglo XVI; solo ó casi solo entre los palacios reales, no vió sus muros ó las losas de sus vastos salones manchados de sangre. Sus enramadas no se prestaron á las emboscadas ni á las traiciones; dejó á Chambord la gravedad del monasterio, á Blois sus conjuraciones, á Amboise sus calabozos, y él se encargó de recordar los nombres risueños, las fiestas de sus dias atravesados por tantas tormentas políticas. Las mujeres le tomaron bajo su protección como si hubiesen querido asegurar la paz á su bella naturaleza.

Una mujer, Catalina Briçonnet, la esposa del general de la hacienda por Francisco I en el Milanésado, Tomás Boyer, fué quien dirigió su construcción y quien gastó en elevarle una gran parte del dinero que Tomás Boyer la enviaba de Italia. El edificio absorbía las riquezas del general, y así fué que mandó grabar en diferentes partes del palacio esta inscripción que deben tener presente todos los que edifican: *S'il vient á point, m'en sou-*



Fragmentos procedentes del sepulcro de Leonardo de Vinci.

viendra. (Si llega á punto, me hará acordar). El hijo de Tomás Boyer, baron de Saint-Cyergue, se acordó en efecto y demasiado. Chenonceaux era bastante ostentoso para tentar la codicia de un rey: Francisco I le miró con envidia, y ayudando un poco la curia, la posesion del general de la hacienda acusado de malversaciones, cayó muy luego en el real patrimonio. Ahora bien, en una de las numerosas fiestas que daba á su corte, Diana de Poitiers siguió al Delfín al palacio de Chenonceaux, que sin duda codició aquel dia y que no debia tardar en pertenecerla, mediante el donativo que la hizo posteriormente Enrique II cuando llegó á ser rey.

Alli como en Anet la favorita tuvo su corte de escritores, de poetas y de artistas; Filiberto Delorme, Lescot, Bullant, Cellini, Goujon, Cousin, todos en su derredor, llamados por su esplendor y retenidos por su gracia, contribuyeron á embellecer el palacio de Diana. Durante aquella estancia, pintores y escultores inmortalizaron su imagen reproduciéndola con el pincel y el cincel, y

llenaron á Chenonceaux de esa imagen alegórica de la hermosa duquesa figurada en Diana cazadora.

Cuando estaba entregada á los embellecimientos que ejecutaba en Chenonceaux, la marquesa de Valentinois supo la muerte del rey. Hubo que abandonarlo todo, los proyectos del porvenir y la obra comenzada. La reina Catalina de Médicis, que observaba con ojos envidiosos la fortuna de la régia favorita, esperaba con impaciencia el momento de arrebatársela aquella rica morada, que mas que ninguna otra en Francia la recordaba las elegantes villas del Arno. Con efecto, reclamó la restitución de las joyas de la Corona y de la posesión de Chenonceaux, que disfrutó por espacio de treinta años. Por esta razón Chenonceaux conserva el recuerdo de Catalina, mucho mas que el de sus otros poseedores. La personalidad de aquella reina se ve estampada en esas galerías, en esos jardines, en las mil reformas introducidas en la obra de Catalina Briçonnet y de Diana de Poitiers. Así como la favorita de Enrique II había tenido su corte en aquella morada de sombras deliciosas, la reina viuda tuvo también la suya. Tampoco esta vez faltaron las celebridades. Primeramente aparece el nombre del Tasso, que había llegado con la comitiva del cardenal de Este, y cantó las delicias de esa tierra apacible y encantadora.

La terra molle, e lieta e diletta.

María Estuarda pasó algun tiempo en Chenonceaux despues de su entrada solemne en Tours, y con este motivo hubo grandes fiestas en su honor y en el de su esposo. Allí la reina Catalina debía dar sucesivamente á todos sus hijos aquellos triunfos, de los cuales el mas célebre estaba reservado á Enrique III; fasto impúdico muy digno del personaje. « Este festin, dice Pierre de l'Estoile, se efectuó á la entrada de la puerta del jardín al principio de la grande alameda, y á la orilla de una fuente que salía de un peñasco. » Asistían las tres reinas, la reina madre, la esposa de Enrique y la reina Margarita. Las damas de la corte medio desnudas en sus vestiduras de hombre, servían la comida bajo la dirección de la mariscala de Retz y de aquella hermosa marquesa de Noirmoutiers, Carlota de Beaune, que no reparaba en partidos políticos ni religiosos cuando se trataba de sus amores. Estaban allí la de Monsoreau, la de Chateaufort y tantas otras, en tanto que los *mignons* muy engalanados se hallaban sentados á los piés de Enrique III, vestido segun su costumbre con ropas femeninas:

Si bien qu'en le voyant chacun était en peine  
Si c'était un roi-femme ou bien un homme-reine (1).

Una santa y noble vida presa de la desesperacion, debia, digámoslo así, absolver á Chenonceaux del escándalo de aquellas fiestas. Luisa de Vaudemont, la esposa de Enrique III, se refugió en el palacio como en un claustro; Chenonceaux se tendió de negro y se abrió para las religiosas capuchinas, que á instancia de Luisa, Felipe II envió á la reina; todo se preparó para recibirlos, celdas, una capilla y un refectorio. En cuanto á ella, solo tres piezas tomó para sí, una alcoba, un gabinete y una biblioteca. Durante once años la reina viuda alimentó allí su dolor en la soledad, las preces y el silencio.

Con Luisa de Vaudemont Chenonceaux perdió su distinción régia. De la familia de Mercœur pasó á los Vendôme y luego á los Borbon-Condé; un arrendatario general del siglo XVIII, M. Claudio Dupin, le compró al duque de Borbon en 1724. Entonces recobró mucha animación; la señora de Claudio Dupin le convirtió en centro de las notabilidades de la época. Fontenelle, Buffon, Mairan, Mably, el abate de Saint-Pierre, el conde Tressan, Condillac, lord Bolingbroke y Voltaire le visitaron sucesivamente; Rousseau compuso en Chenonceaux una de sus comedias, y dejó su nombre entre tantos otros que debían hacer de ese palacio uno de los lugares mas célebres de la Turena.

La Turena ha atraído siempre á los huéspedes mas ilustres de la Francia. Chenonceaux recibió al Tasso y á María Estuarda; Chambord á Carlos Quinto, Amboise á Leonardo de Vinci. Hace pocos meses se han encontrado las piedras tumulares, aunque no el sepulcro, donde estaba inscrito el nombre del gran maestro. Francisco I arrebató á la Italia el pintor de la Cena. « Si no puedo tener la obra, exclamó ante la obra maestra del convento de Santa María de las Gracias, al menos tendré al autor. » Y le concedió cerca de Amboise á corta distancia del palacio, una casa, el *Cloux*, ó mejor dicho, el *Clos Lucé*. Aun existe esta habitacion de Leonardo, con sus ventanas ogivadas, sus techumbres agudas, su torrecilla en el ángulo, al estilo del siglo XVI. Leonardo ya en la ancianidad no se ocupaba de pintura; un dibujo que no concluyó, hé ahí todo lo que había traído de Italia, salvo la Joconda, que el rey Francisco compró en 20,000 francos. En aquel destierro voluntario Leonardo terminaba noblemente su vida, haciendo visitas á Francisco I cuando estaba en Amboise, y recibiendo á veces á su augusto protector. Un amigo, dos criados italianos y una criada del país componían la casa de Leonardo. Pero en aquel palacio que veía tan cerca había una familia de admiradores y de amigos. Así Leonardo de Vinci quiso ser enterrado en la misma iglesia del palacio, en la nave de San Florentino. Leonardo que así lo dispuso en su testamento fechado en abril de 1519, murió el 2 de mayo siguiente, y no hay para qué añadir que se ejecutaron sus últimas voluntades. Habría sido

(1) Tanto que al verle todos se preguntaban — si era un rey mujer ó un hombre reina.

una buena fortuna encontrar su sepulcro; pero por desgracia la iglesia había sido saqueada; violaron las tumbas cuando las guerras de religion, la misma iglesia fué demolida en 1802, y sobre el puesto que ocupaba plantaron jardines.

Los que buscaban el sepulcro del grande artista no tenían mas guía que el plano del palacio de Amboise, de Androuet Ducerceau. M. Arsene Houssaye, inspector general de bellas artes, dirigió las excavaciones el año último en el punto indicado por el plano, y los primeros trabajos fueron coronados con un éxito feliz; se hallaron esqueletos, losas sepulcrales y un osario; todo indicaba pues un lugar de sepulturas. En un sepulcro abierto se encontró un esqueleto en el cual M. Arsene Houssaye creyó reconocer, por el cráneo, por el largo de los huesos y por varios objetos hallados en la tumba, los restos mortales de Leonardo de Vinci; pero todo esto es en suma muy hipotético.

Afortunadamente los fragmentos de una lápida hablaron de un modo mas seguro de Leonardo: en uno de ellos se puede leer: LEO VIN, es decir, las tres primeras letras del nombre de Leonardo, y las tres letras intermedias de su apellido de Vinci; era un principio de prueba. Un segundo hallazgo debía confirmar el primero, tres fragmentos de piedra mas blanda, encontrados en el mismo lugar, ofrecían esta otra inscripción en letras góticas del siglo XVI: EO DVS VIN., inscripción truncada, pero cuyos vacíos habrán llenado ya el lector completando estas dos palabras: LEONARDVS VINCIUS.

Esta piedra que no ha podido servir de losa tumular, se hallaba sin duda incrustada en la pared encima de la tumba. Las dos piedras se reunían pues, prestandose una á otra una fuerza comun, y diciendo de una manera irrecusable que allí, en el puesto que ocupó la iglesia de San Florentino, fué enterrado Leonardo de Vinci.

H. L.

### Revista de Paris.

Desde mediados del mes de abril estamos disfrutando este año en Paris de una temperatura de verano. El caso es raro en verdad, y merece ser consignado por la crónica. Así es que de repente nos hemos encontrado con las diversiones propias de una estacion mas adelantada. Las excursiones campestres se efectúan con tanta animación como en medio del estío; los jardines públicos de Paris abren sus puertas por la noche á los aficionados á bailes y conciertos, y en las escasas reuniones que aun celebra la gente de gran tono, no se habla mas que de preparativos de viajes. Quiera Dios que de repente no se cambie tan bello espectáculo, y tengamos por fin de fiesta un ramalazo de invierno, pues mas de una vez se ha visto aquí la nieve en el mes de mayo.

El domingo, no obstante el buen tiempo, los que esperaban ver subir por los aires á M. Godard con su globo gigantesco, se llevaron un último chasco. M. Godard se ha retirado de la arena con armas y bagajes, y renuncia á una expedición que ya antes de levantarse de la tierra le había ofrecido tantas y tan serias dificultades. El público parisiense lo ha perdido todo con esta retirada, aun cuando sea cierto que M. Nadar, segun anuncian los periódicos, vuelve de nuevo á la palestra, y con mas ardor que antes. En efecto, el tercer número de la singular publicación el *Aeronauta*, creada por el célebre fotógrafo para que sirva de Monitor á su « Sociedad de navegación aérea por medio de aparatos mas pesados que el aire, » asegura que prosigue, con la nueva estacion, su proyecto de constituir el primer capital de pruebas de la Sociedad á fin de continuar las ascensiones del *Gigante*, cuyo material se ha gobernado completamente, así como se ha cambiado el personal de la tripulación. El *Gigante* se elevará pues este verano en Bruselas, en Londres y en Baden. Pero no se habla de Paris, y sí de Lyon y de Marsella. Desde Marsella, si el viento le ayuda, el globo de M. Nadar intentará atravesar el Mediterráneo, y ya se dice que varios propietarios de yachts ingleses se disponen á seguirle como puedan. La cosa necesita verse para creerse, si bien nada es de extrañar tratándose del arrojado fotógrafo, que mira con tanta abnegación lo que es relativo á su persona.

Apenas se ha calmado algun tanto la efervescencia que produjo la causa de Armand, de que ya tienen conocimiento nuestros lectores, cuando hé aquí que en la semana próxima comenzarán los debates de otro proceso no menos interesante, el que ha sido instruido contra el doctor homeópata C. de la Pommerais, acusado de haber envenenado *alopáticamente* á una persona sobre cuya cabeza había hecho seguros por sumas considerables. Ahora bien, este señor doctor, mientras llega el día de verse su causa, engaña el largo tiempo de su cautividad preventiva componiendo un drama en cinco actos, siendo él el protagonista. Es un modo de defensa que hasta hoy á nadie se había permitido, sino despues de conocido el fallo judicial. Nada sabemos acerca de este drama; lo que únicamente hemos oído decir, es que varios empresarios de teatros han hablado entre sí del asunto, y no estarían distantes de disputarse un manuscrito llamado sin duda alguna á un éxito colosal en las tablas. Tendremos al corriente á nuestros lectores de lo mas interesante que pueda ocurrir, tanto acerca del drama ficticio como de la tragedia cuyo desenlace pende del jurado.

Acaba de suceder un lance en un pueblito de las cercanías de Paris, que habría podido ocasionar horribles consecuencias.

Una señora que habita con dos criados en este lindo pueblo, notaba que cada día la faltaba alguna cosa: un encaje, una joya, dinero, algo en fin, de lo mas precioso que poseía.

Sin embargo, no podía sospechar de su doncella y menos aun de su anciano jardinero, porque hacia años que los conocía, y su conducta estaba al abrigo de todo recelo.

No cabía duda: había ladrones que se introducían por la noche en la casa.

Pero ¿cómo podía ser esto? Todas las puertas se cerraban bien y las ventanas eran sólidas.

Quizá eran duendes, fantasmas, espíritus malignos que se entraban por el agujero de la cerradura.

Una vez hecha esta suposición, la señora se persuadió que había acertado, y no se acostaba jamás sin estremecerse.

Estando así las cosas llega su hijo, jóven oficial del ejército de Argelia, que no habiendo temblado delante de los árabes, menos temblaría delante de una sombra.

A ruegos de su madre se apostó una noche en un largo corredor teniendo una pistola en cada mano. Dieron las diez, las once, las doce, y cansado de esperar en vano iba á retirarse, cuando hé aquí que de repente aparece en la oscuridad una sombra blanca.

— ¡Aquí está el ladrón que mi madre toma por un fantasma! exclama el oficial.

Y aproximándose al bulto hace fuego á quemarropa.

Por fortuna no sale el tiro, y el oficial sin vacilar arranca el velo de la persona que tiene delante de sí y reconoce á su madre!

¡Sí, era su madre que es sonámbula, y que dormida y todo se llevaba cada noche algunas de sus joyas para ir las encerrando en un armario olvidado.

A su vista el jóven oficial, trémulo con la idea del horrible crimen que habría podido cometer, se aparta y deja pasar la sombra silenciosa que muy luego desaparece.

Otra historieta no menos verídica que esta que acabamos de contar, nos suministra la crónica de la semana.

Hace pocos días llegaba á Paris una jóven campesina de diez y seis años, llamada por una de sus tías. Muy confiada la jóven había dejado su país natal con recursos muy escasos, y una vez en Paris, quiso la fatalidad que perdiera las señas de la casa de su tía.

En menos de una semana el poquisimo dinero que la sobró del viaje se había gastado.

¿A quién dirigirse en busca de socorro?

La amenazaban con echarla á la calle en el hotel que no podía pagar. La infeliz se desolaba, cuando hé aquí que de repente se despierta una esperanza en su corazón.

Se acuerda de que Dios la ha hecho hermosa, de que tiene una cabellera suave y abundante, y que las mozas de su país venden su cabello por un poco de oro.

Pronto se decide; arroja una postrer mirada á sus rubias trenzas, y se dirige á casa de un comprador de cabello que la indican.

Al ver á una jóven tan resignada, la mujer del comprador pudiendo apenas contener las lágrimas, la interrogó sobre los motivos del sacrificio que acababa de hacer, y enternecida con tanta virtud en medio de una ciudad tan llena de escollos, pagó sin contar la rubia cabellera que sentía haber sacrificado.

La jóven muy alegre por haber tenido semejante inspiración, dió infinitas gracias á la señora, se volvió á su hotel, pagó lo que debía y se volvió inmediatamente á su aldea.

A guisa de contraste citaremos un rasgo que se refiere á un artista de talento mucho mas indiferente con sus numerosos acreedores que la cándida aldeana.

Véase de qué manera respondía á sus peticiones de dinero.

Tenia la costumbre de dormir apaciblemente hasta el medio día dejando su llave por fuera de la puerta, y cuando se presentaba un acreedor, se repetía invariablemente esta escena de costumbres de la Bohemia:

— ¡Ah! ¡Es Vd.! M. Tal... decia bostezando y entreabriendo los ojos.

— Sí, señor, yo soy.

— ¿Viene Vd. á traerme su cuenta?

— Con efecto, necesito indispensablemente...

— Muy bien, muy bien, le estoy á Vd. esperando hace días.

— Mil gracias, dispénsese Vd.; pero los tiempos son tan malos...

— No tengo nada que dispensar; me parece muy natural que me traiga Vd. la cuenta... No extrañe Vd. que no me levante; me he acostado muy tarde y me duermo hablando con usted. ¿Quiere Vd. hacerme el favor de abrir mi escritorio?

— Sí, señor.

— Tire Vd. de uno de los cajoncitos que están á la izquierda.

— ¿Este?

— No, señor, el que está mas abajo.

— ¿Es este?

— Ese mismo.

El acreedor sacaba todo el cajón y exclamaba:

— No veo aquí sino cuentas y mas cuentas.

— Porque ahí es donde las pongo; tenga Vd. la bondad de colocar la suya con las demás, y así que pueda pagarla se lo avisaré... Y hasta la vista; me caigo de sueño.

Dicho esto el artista roncaba esperando la ocasión de dar sepultura á otra cuenta.

Dos autores dramáticos de justa nombradía, Teodoro Barriere y Lamberto Thiboust, acaban de hacer representar en el Vau-déville una comedia en cuatro actos titulada *A expensas de un yerno*, que ha obtenido un éxito lisonjero.

Un habitante del Havre, M. Beljame, cae de repente en Paris en casa de su yerno Fontelais, un agente de cambio, justamente en el momento en que este vuelve de un baile con su señora Marta, de la familia del primero.

El infortunado suegro se ha quedado en la calle por haber especulado con los algodones, no pudiendo imaginarse que la guerra en los Estados Unidos se prolongaría como se prolonga.

Beljame ha perdido toda su fortuna.

Marta se arroja en sus brazos y Fontelais se deshace en protestas de cariño, si bien observa que ya le había aconsejado no especular con los algodones.

Beljame se pica con esta observación; reconoce que su yerno puede hacérsela, pero juzga que habría sido mas generoso callarse, y apenas se atreve á solicitar el favor que venía á pedirle.

— ¿Qué favor es ese?

— Un asilo y un pedazo de pan para su mujer, para su segunda hija, Blanca, hasta que haya podido encontrar un modo de ganarse la vida.

Marta interrumpe á su padre; ¿qué es eso de asilo y de pedazo de pan? Su marido y ella ponen á su disposición su casa, su mesa, sus criados y sus carruajes.

— ¿No es verdad? pregunta á Fontelais.

— Seguramente, responde el agente de cambio, repitiendo dos veces la palabra.

Esta repetición vuelve á herir la susceptibilidad del suegro, pues considera que el ofrecimiento no es sincero y franco.

Fontelais tiene que renovar sus protestas. Por fin Beljame se prepara para ir á buscar á su esposa y á su hija que ha dejado en la fonda con sus equipajes, mientras se cercioraba de que su yerno quería recibirles á todos en su casa.

Marta y su marido le riñen por esta precaución insultante. En esto llega la señora de Beljame con Blanca, quien cansada de esperar y mas confiada que sus padres, habia dicho á su madre que Fontelais las llamaba.

La señora de Beljame quiere arrojarse á los piés de su yerno para darle gracias por su caridad, en tanto que la jóven Blanca, de carácter abierto y simpático, toma alegremente su pobreza, y acepta sin reparo unos socorros que ella habria ofrecido naturalmente si se hubiese hallado en igual caso.

Hé aquí á los Beljame instalados en el domicilio de los Fontelais, y se comprende fácilmente el martirio del infortunado agente de cambio entre aquel suegro siempre á punto de darse por ofendido, y quejándose sin cesar de que tiene que vivir á expensas de su yerno, y aquella suegra en continúa admiración ante la grandeza de alma con que su marido acepta su desgracia.

Pero esto no es nada aun: otros dos vecinos del Havre desembarcan en casa de Fontelais, el farmacéutico Moutonnet, amigo íntimo de Beljame, y su hijo Onesimo, un necio que aspira á la mano de Blanca, y que es bien recibido por sus padres, aunque ella le detesta.

Moutonnet echa en cara á Beljame que haya preferido la hospitalidad de un yerno á la de un amigo.

— ¡Ya te arrepentirás! exclama.

Beljame lo teme así, pero responde que lo ha hecho por consideración á su hija. No ha querido dar margen á que se diga que los padres de la señora de Fontelais habian sido recogidos por un extraño; y añade que si no estuviera á expensas de su yerno, ofreciera una habitación á Moutonnet y á su hijo.

Marta se cree en la precisión de hacer este ofrecimiento, que los Moutonnet aceptan con alegría.

Aquí comienzan los apuros: la jóven distribuye tan bien todos los aposentos de la casa, que no queda vivienda para su marido, y Fontelais se ve obligado á hospedarse en el hotel de Baden.

Onesimo se dedica á trabajar con el agente de cambio, y trabaja tan bien, que le hace perder muchos miles de francos en las primeras operaciones.

Aburrido hasta el último extremo con sus huéspedes y determinado á quitárselos de encima, Fontelais busca una habitación amueblada para sus suegros, y con este motivo entra á visitar la casa de una bailarina á punto de partir para San Petersburgo.

Moutonnet le ve y se apresura á denunciar su descubrimiento á los Beljame, y estos, dando por seguro que su yerno hace traición á su hija, enteran á Marta de lo ocurrido.

De todo esto resulta un proyecto de separación judicial.

Afortunadamente, Fontelais logra casar á Blanca con un millonario amigo suyo, que se aviene gustoso á recibir en su casa á los padres de su mujer; y Fontelais recobra la paz que le habia hecho perder aquella desastrosa parentela.

Como se puede comprender en vista del ligero análisis del argumento, la nueva producción abunda en situaciones cómicas, que han sido hábilmente dispuestas por los autores, y que los artistas del Vaudeville interpretan de un modo admirable. Es pieza que sin duda se traducirá á diversos idiomas, porque es seguro su éxito.

MARIANO URRABIETA.

## Viajes

### ESTADO ACTUAL DE TIERRA SANTA.

Palestina 1864.

Querido amigo: he recibido tu apreciable de 30 de setiembre; á la que deseaba contestarte mucho antes, pero no me lo han permitido mis ocupaciones. Quedo enterado de todo su contenido, y agradecido, accedo gustoso á tu curiosidad, aunque sea separándome del sistema establecido en Tierra Santa, de escribir las veces menos posible cartas de esta naturaleza, en consideración á que la misma celebridad de este país, clásico por tantos títulos, nos pone en la necesidad de ser reservados á la vista de tantos sabios y piadosos y peregrinos como escriben sus viajes. Estando yo en España tambien echaba de menos, en los periódicos religiosos y en la *Revista católica de Barcelona*, las cartas de los misioneros españoles de Tierra Santa, entre tantas otras como se publicaban de otros misioneros del mundo; pero mi equivocación procedía de no reflexionar la grande diferencia que media entre misionar un país tan vulgarizado, por decirlo así, y cuya descripción anda en manos de todos, y un país desconocido como son casi todos cuyas cartas se leen con cierto interés buscando siempre la novedad. No obstante esta poderosa razón capaz de ponernos á cubierto de la crítica de morosidad, creo hacerte algun obsequio compendiandote en una carta lo principal digno de saberse sobre Tierra

Santa para que nuestros amigos y parientes, ó faltos de libros, de tiempo ó de voluntad, puedan ver en breve que ni los religiosos de Tierra Santa lo pasan tan holgadamente como muchos malévolos piensan, ni los sacrificios y limosnas que los fieles dan para los Santos Lugares, son dinero tan perdido como se persuaden.

Sabido es que la Providencia de religiosos observantes de San Francisco destinados á la custodia de los Santos Lugares de nuestra redención, es tan antigua como la misma orden. Su historia se halla enlazada con la de las cruzadas de aquellos tiempos para siempre memorables de abnegación, de fe y de heroísmo de los reyes católicos de Europa. Pero como estaba ya escrita en los eternos decretos la abolición del reino latino para ser entregado á una nación soez y brutal, todos sus esfuerzos han venido á estrellarse contra sus mismas miserias con que profanaban y manchaban una tierra santificada por tantas maravillas.

Quando ya no habia en la Ciudad Santa ni rey católico, ni corte, ni milicia, ni patriarca, ni clero, ni ambición, ni fruto que contrastase con la humildad de la cruz, suscita el Dios de las misericordias un hombre pobre, sencillo é ignorante encendiendo en su pecho un fuego bien diverso de aquel que habia abrasado á los anteriores poseedores de la tierra de promisión; y le encarga el canto perenne de las divinas alabanzas, la custodia de los Santos Lugares, y la reunión y pasto espiritual y temporal á las pocas ovejas dispersas y asustadas que habian podido escaparse á la ferocidad musulmana, en tantas calamidades como habian llovido sobre la desgraciada Jerusalem.

En efecto, este hombre admirable, escogido de Dios para la realización de sus altos designios, viene desde Asis á Tierra Santa en los años de 1212 y 1213, y en el de 1219 da principio á su grande empresa fundando algunos conventos. Hoy consta esta provincia de 22 parroquias (servidas todas por religiosos españoles é italianos), en las cuales se da pasto espiritual á 22,000 católicos, y 28 conventos diseminados en el Egipto, Siria, Chipre, y muy particularmente en Palestina y Judea, en donde los viajeros y peregrinos de todas las naciones y de todas creencias (sean cismáticos, judíos, etc.), encuentran alojamiento gratuito, y todo lo necesario por el tiempo que residen en ellos. De estos veinte y ocho conventos, cinco (eran seis con el de Damasco saqueado é incendiado por los turcos el año de 1860, despues de martirizar siete religiosos españoles y un austriaco), son de la nación española. Todos ellos con sus correspondientes iglesias y curas párrocos se hallan situados del modo siguiente: dos en Jerusalem. 1, el Santísimo Sepulcro; 2, San Salvador, en donde reside el reverendo padre Custodio con una numerosa comunidad para socorrer las necesidades de los demás conventos, por ser el centro de la provincia; 3, Belen; 4, San Juan de Judea; 5, Nazaret; 6, Larnica en Chipre; 7, Alepo; 8, Alejandria de Egipto; 9, Gran Cairo; 10, Jafa; 11, Rama; 12, San Juan de Acre; 13, Tiberiades; 14, Damasco (cuando existia); 15, Beyruth; 16, Saida ó Sidon; 17, Arisa; 18, Tripoli de Siria; 19, Marina de Tripoli; 20, Letaquia; 21, Nicosia, en Chipre; 22, Limard, en id.; 23, Constantinopla; 24, Mansora; 25, Roseto; 26, Fayúa; 27, Damietta, y 28, Cafayát, Egipto.

Ademas de dichos conventos, veinte y dos de los cuales tienen iglesias parroquiales, hay otras cinco con hijuelas en donde no hay conventos, y se les presta servicio parroquial por separado, y son: 1, la Flagelación, en Jerusalem; 2, Cairo Viejo, en Egipto; 3, Bolac, en id.; 4, Larnica, Marina, en Chipre; 5, Ketaf Alepo. Total de población católica, 22,000. El convento español de Damasco estaba destinado para colegio de lengua arábica; el mismo destino tiene el convento de Alepo; y Nicosia, tambien español, es colegio de lengua griega.

Los santuarios que están á nuestra custodia y en los cuales se da á Dios un culto especial son: En la grande iglesia de la Resurrección; 1, el Santo Sepulcro donde fué sepultado nuestro Divino Redentor; 2, en el Santo Monte Calvario, la capilla donde fué crucificado; 3, allí mismo, el altar donde *Stabat Mater dolorosa juxta crucem dum pendeat filius*; 4, donde el Señor se apareció á la Magdalena despues de resucitado; 5, la iglesia donde hizo su primera aparición á su Santísima Madre; 6, el altar donde se conserva un gran trozo de la columna donde fué azotado; 7, la capilla subterránea donde santa Elena encontró la verdadera Santísima Cruz; 8, la losa donde el Señor fué embalsamado antes de ser sepultado; 9, la cárcel donde fué detenido antes de crucificarle; 10, el sitio donde los soldados echaron suertes dividiendo sus vestiduras. Todos los dichos están dentro de la grande iglesia. En el mismo Calvario, pero fuera de la iglesia, está, 11, la capilla hecha donde se retiró la Santísima Virgen mientras crucificaban á su Divino Hijo. En el camino del Calvario hay, 12, una hermosa iglesia donde el Señor fué tan cruelmente azotado. En el valle de Josafat está, 13, el huerto de Getsemani: como á un tiro de piedra del huerto, 14, la capilla ó gruta donde el Señor sudó sangre: allí inmediato está, 15, el sepulcro de la Santísima Virgen, y los de san José, san Joaquín y santa Ana: todos en una iglesia que nos han usurpado los griegos. Sobre el Monte Olivete están las ruinas de una iglesia (hoy mezquita), 16, desde donde el Señor subió á los cielos. En Belen, 17, el pesebre donde fué reclinado el Divino recién nacido, *quia non erat eis locus in diversorio*; 18, el altar donde fué adorado de los Reyes Magos. En los subterráneos que comunican con la misma gruta, se venera, 19, el altar donde se retiraba san José; 20, el sepulcro de los Santos Inocentes; 21, el sepulcro de san Euse-

bio; 22, el sepulcro de santa Paula y de su hija santa Eustaquia; 23, el sepulcro de san Gerónimo; 24, el oratorio del mismo Santo. Fuera de la ciudad está, 25, la capilla llamada de la Leche Milagrosa; á un cuarto de legua el campo en donde, 26, hay una iglesia que recuerda los pastores, que avisados de los angeles, fueron á adorar al Divino Niño en la noche de Natividad.

En la ciudad de Nazaret, á unas veinte y ocho ó treinta leguas de Jerusalem, se halla, 27, el gran santuario de la Anunciación donde *Verbum caro factum est*; 28, la capilla donde san José tenia su taller; 29, la capilla llamada *Mensa Christi*: á tres cuartos de hora de Nazaret. 30, la capilla en el sitio de la casa de Santiago el Mayor y san Juan Evangelista. Junto al mar de Tiberiades, seis horas de Nazaret y treinta y cuatro de Jerusalem, 31, hay una hermosa iglesia en el sitio donde el Salvador constituyó á san Pedro cabeza visible de la Iglesia. En Damasco, 32, la capilla de san Ananias; 33, la otra en donde san Pablo fué convertido del perseguidor de la Iglesia mas encarnizado en el mas acérrimo defensor. En San Juan de Judea, 34, la iglesia donde nació el Bautista; 35, la capilla en el sitio de la casa de santa Isabel, adonde fué la Virgen Santísima á visitar á su prima cuando compuso aquel sublime y hermoso cántico *Magnificat*. En Rama, 36, la capilla que ocupa el sitio de la casa de san Nicodemus, y en Jafa, 37, la iglesia donde san Pedro tuvo la vision del lienzo misterioso.

Además de dichos Lugares Santos que se veneran con mas ó menos culto y gastos extraordinarios, solo en la iglesia del Santísimo Sepulcro tenemos mas de setenta lamparas continuamente ardiendo, hay otros adonde se va á cantar la misa cada un año con concurrencia de católicos y peregrinos, 38. En el Monte Olivete, 39. En Betania donde san Lázaro fué resucitado por el Señor, 40. En el sitio de la casa de Caifas donde el Señor tanto ha padecido, 41. En el altar donde Santiago fué degollado, 42. En Caná de Galilea, donde el Señor, asistiendo á una boda, convirtió el agua en vino por ruego de su muy querida Madre, 43. En el desierto, donde el Bautista hizo vida solitaria, 44. En el santo Monte Tabor, en donde se verificó la trasfiguración del Señor, 45. En Séforis, patria de san Joaquín y de santa Ana.

Estos son en compendio los principales santuarios que visitan casi todos los peregrinos que vienen á Tierra Santa, y para cuya visita se necesitan unos quince días si se han de recorrer con comodidad y devoción. No hago por ahora mencion de otros sitios tambien muy venerandos, á los cuales la santa Iglesia tiene concedidas muchísimas indulgencias plenarias y parciales. M. Misliá, camarero secreto de Pio IX, en su precioso viaje, en el tomo II de la segunda edición (ojalá estuviese ya traducida en español) francesa, enumera hasta 191 Lugares Santos con sus respectivas indulgencias.

El aseo, culto y vigilancia que tan preciosos monumentos reclaman de los que mas nos preciamos de verdaderos cristianos, defendiéndolos de las continuas incursiones de los cismáticos *semper parati ad prædam*, á fin de arrebatarnos al catolicismo, es solamente una de las partes de nuestra gran mision en Tierra Santa. Esta requiere por lo menos 270 religiosos. Actualmente no somos mas que 64 religiosos españoles, y los demás son italianos, franceses, austriacos y de otras naciones. Y es necesario que así sea; porque concurriendo á Jerusalem peregrinos de todo el mundo, debe haber en San Salvador confesores de casi todas las lenguas, como en efecto los hay de lengua árabe, turca, griega, polaca, francesa, inglesa, etc. Solo la ilustradísima Portugal, que pocos años hace andaba cerca de competir con España en donativos y en entusiasmo por Tierra Santa, hoy no tiene, que yo sepa, en Palestina ningun portugués, ni esta nación manda ninguna limosna á los Santos Lugares. Pero nuestra mision en Palestina no se limita solo á la conservación de los Santos Lugares y á dar hospitalidad esmerada á los peregrinos y viajeros, como queda dicho; se extiende ademas á dar muy crecidas limosnas á los pobres católicos y de todas las demás creencias. En efecto, 477 familias que forman 1,924 individuos, son alimentadas por nosotros. Además se da solo habitación gratuita á otras 250 familias; de modo que en las últimas cuentas que yo he visto impresas, en vestidos, víveres, medicinas y rentas de casas para pobres, se han dado 285,473 piastras, que vienen á ser unos 12,411 duros. Por término medio se da hospitalidad á 6,000 peregrinos y viajeros, á cuatro días por cada uno, y á 6 reales cada día, que vienen á ser 7,200 duros. Es cierto que los ricos dejan mas limosna que el gasto que hacen; pero estos son muy pocos, en comparación de los pobres que no dan.

(Se concluirá.)

## Sucesos de Dinamarca.

EL BOMBARDEO DE SONDERBURGO.

El bombardeo de Sonderburgo, que en nada autorizaban las necesidades de la guerra, ha reducido á cenizas una ciudad comercial y pacífica, no abandonada por los habitantes, que habian confiado en la promesa de que nada se intentaría contra ella. Por esto es imposible pintar la desolación y el terror que se apoderaron de aquellos infelices cuando vino á caer sobre ellos de improviso una lluvia de hierro y de fuego. Era, segun una correspondencia de Sonderburgo que tenemos



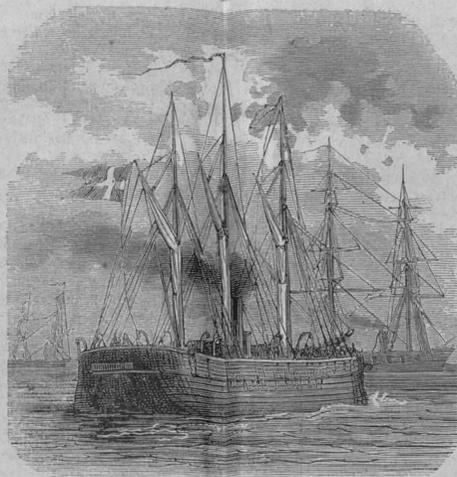
Episodio del bombardeo de Sonderburgo.

á la vista escrita por el autor de nuestros dibujos, el mas triste espectáculo que puede imaginarse. Los habitantes huían llevándose sus objetos mas preciosos al través de las calles incendiadas, viéndose detenidos á cada paso por las bombas, y dejando muy á menudo en pos de sí alguno de los suyos que habia sido alcanzado por el enemigo.

«He presenciado, dice el corresponsal, cien episodios á cual mas horrosos, y entre ellos he elegido dos que me causaron bastante impresion para que me haya sido posible dibujarlos de memoria.

Una familia compuesta del padre, de la madre y de cuatro hijos, dejaba su pobre vivienda, cuando llega una bomba silbando y se abre un agujero en la tierra junto á ellos. El padre se arroja delante de los suyos y varios soldados se reúnen á él, formando una trinchera con sus cuerpos. Todos aguardan temblando el golpe que debe esparcir la muerte. Por fortuna el proyectil humea algunos instantes mas y luego se apaga. Los infelices se habian salvado por aquella vez: ¿llegaron al término de sus temores?

En otra calle caminaba una mujer cargada con su colchon y otros objetos, y dando la mano á una niña de siete ú ocho años. Aun me parece que la veo: era he-



El Rolf-Krake, fragata acorazada dinamarquesa.

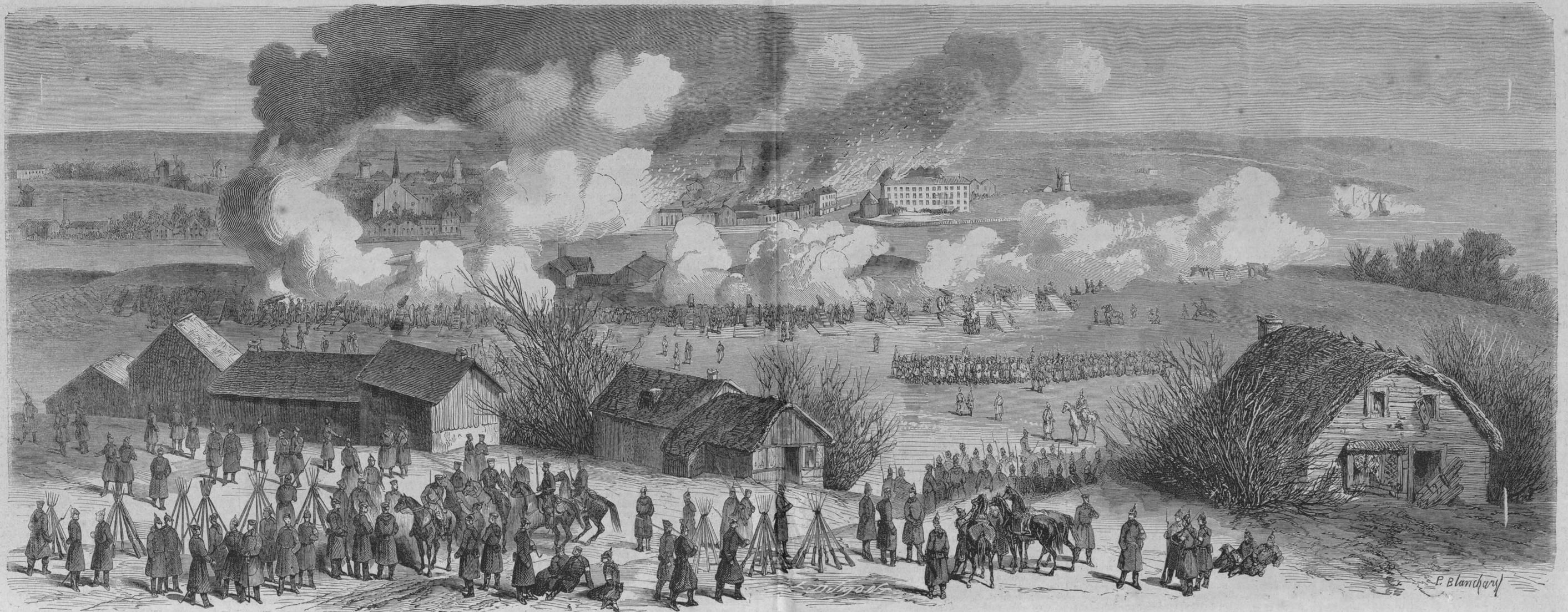
chicera. En el momento en que pasaban al frente de un peloton sobre las armas, cae y estalla una bomba. Oigo un grito agudo, era la madre que se arrojaba sobre el cuerpo de la pobre niña, herida mortalmente en el vientre por uno de los cascos. Entre los soldados observo cierta agitacion; uno de ellos se llevaba la mano á los ojos, y varios compañeros le rodeaban. Me acerco: era el padre de la niña á quien trataban de consolar..... Repito que he visto cien episodios de este genero.

Nuestras obras de defensa no han salido muy deterioradas hasta el dia con el fuego de los prusianos, que elevan en derredor nuestro un circulo de baterias; tres de cañones enormes á nuestra izquierda, dos enfrente, otras que se elevan á la derecha, y mas lejos, á una legua de Sonderburgo, cerca del bosque Starkoo, otras que segun dicen, recibirán veinte y cuatro cañones de grueso calibre.

Se continúa temiendo un ataque de flanco sobre Alsen, y por detrás contra Dybbol. Si los prusianos consiguen atravesar el estrecho, la situacion será muy grave para nosotros. Puede ser que todo ello no sea mas que una simple demostracion para obligarnos á dejar fuerzas imponentes en la isla en el momento en que den el asalto á nuestros reducos de la tierra firme; pero siem-



Episodio del bombardeo de Sonderburgo.



SUCESOS DE DINAMARCA. — El bombardeo de Sonderburgo.

P. Blanchard

pre tendríamos que dividir nuestras fuerzas. El *Rolf-Crake*, cuyo dibujo acompaña, ha prestado en distintos combates un socorro eficaz á los dinamarqueses. Es una magnífica fragata blindada y servida por un estado mayor y una tripulación de lo mas escogido.»

La correspondencia termina elogiando la conducta del ejército dinamarqués, y deplorando no tenga en su favor la fuerza numérica, pues en este caso muy luego, añade, haría evacuar el territorio á los enemigos de la Dinamarca.

D. S.

### Paris y Lóndres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS POR CARLOS DICKENS.

(Conclusion.)

Habia presenciado con Cruncher la partida de Lucía, habia reconocido á la persona conducida por Salomon, y despues de pasar diez minutos en una inquietud imposible de describir, hablaba con Ferry sobre las últimas medidas que tenían que tomar.

La tabernera se acercaba en tanto con paso rápido. — ¿Qué os parece, señor Cruncher? decía la señora Pross, cuya agitacion era tan profunda que apenas podía hablar. ¿No sería mejor ir á buscar los caballos que dejarlos venir al patio? Dos coches de viaje que salen de un mismo sitio pueden excitar sospechas.

— Me parece, señora, que teneis razon, pero aunque no la tuviérais, pensaria lo mismo que vos.

— Estoy tan turbada, dijo el aya sollozando, que soy incapaz de formar un proyecto. ¿Estais vos en el caso de tomar una decision, señor Cruncher?

— Relativamente á mi porvenir tengo formados mis proyectos, pero en cuanto á lo presente me sería imposible hacer el menor uso de mi inteligencia. ¿Quereis hacerme el favor de atender á lo que voy á deciros?

— En nombre del cielo, hablad pronto, y ocupémonos de lo que nos falta que hacer.

— En primer lugar, hago voto de renunciar para siempre, si no tienen desgracia vuestros amos...

— Comprendo, señor Cruncher, y os suplico que no designeis el hecho mas particularmente.

— No lo nombraré, no temais; me comprometo además á dejar á mi esposa en completa libertad para arrodillarse y rezar cuanto quiera.

— La direccion de vuestra casa debe pertenecer á vuestra mujer, respondió el aya enjugándose los ojos. ¡Oh! ¡pobres amos míos!

— Y no me contentaré con eso, continuó Cruncher; mis opiniones han cambiado tanto sobre este punto, que espero que mi mujer está invocando al cielo en este momento.

— ¡Dios la escuche! exclamó la señora Pross sollozando con mas fuerza.

— Permita Dios, continuó Ferry con una tendencia alarmante á prolongar la conversacion y á pronunciar sus palabras con solemne acento, permita Dios que sea castigado por mis faltas, pero que escuche mis ruegos en favor de los fugitivos. Permita Dios que yo... me equivoque, que vos...

Despues de hacer esfuerzos para encontrar el fin de su peroracion, Ferry tuvo á bien interrumpirse y poner punto final.

La señora Defarge continuaba acercándose con paso rápido.

— Si llegamos á pisar nuestro pais natal, dijo la señora Pross, creed que recordaré á vuestra digna esposa lo que acabais de decir de una manera tan contrita, y suceda lo que quiera, atestiguaré el interés que habeis tomado por mis pobres amos en esta ocasion. Pero acordemos lo que hemos de hacer, señor Cruncher, no perdamos tiempo.

La señora Defarge se acercaba cada vez mas.

— Si vais adonde está el coche, dijo la señora Pross, impedireis que venga aquí, y yo iré á encontraros al momento. ¿No os parece bien?

— Muy bien.

— ¿En qué sitio me esperais?

El pobre hombre estaba tan trastornado, que solo le fué posible pensar en Temple-Bar. ¡Ah! el Temple-Bar se hallaba á centenares de millas, y la señora Defarge estaba ya muy cerca.

— Si fuérais á esperarme á la puerta de la catedral...

¿Os parece largo el rodeo?

— No, señora.

— En tal caso, corred á la casa de postas, y haced que cambie la direccion que debia tomar el coche.

— Me inquieta dejaros sola, dijo Cruncher moviendo la cabeza; ¿quién sabe lo que puede suceder?

— No os inquieteis por eso, señor Cruncher: estad á las tres en la puerta de la catedral, y yo llegaré allí al mismo tiempo que vos. ¡Daos prisa! En vez de pensar en mí, acordaos de las personas cuya vida está en vuestras manos.

Estas palabras pronunciadas con desesperacion, decidieron por fin á Ferry á salir y hacer lo que la señora Pross le pedia.

Cuando el aya se vió sola y libre de la inquietud que le causaba la llegada del carruaje, se enjugó las lágrimas y pensó que era necesario borrar sus huellas para no llamar la atencion de los transeúntes. Aterrada con la soledad de aquellos aposentos desiertos, que su alma agitada poblaba de individuos ocultos detras de las

puertas, tomó agua fria y se lavó los ojos, levantando la cabeza y volviéndose á cada instante para ver si la espianaban.

De pronto lanzó un grito, dejó caer el barreño que se rompió en el suelo, y el agua se extendió sobre los pies de la señora Defarge.

¿Por qué sendas misteriosas y al través de qué oleadas de sangre habian llegado los pies de la tabernera hasta aquella agua cristalina?

— ¿En dónde está la mujer de Evremont? preguntó la señora Defarge.

Una idea súbita cruzó por la mente del aya; como las puertas abiertas podian hacer sospechar la partida de los fugitivos, corrió en el acto á cerrarlas y fué á apoyarse en la del aposento que habia ocupado Lucía.

La tabernera siguió con los ojos al aya y fijó su mirada en el rostro de esta luego que estuvieron frente á frente.

La señora Pross no era bella, ni el tiempo habia dado á su fealdad la dulzura y la gracia que á veces la compensan, pero era valiente y miró á la desconocida con altivez y expresion de reto.

— Podreis ser la mujer de Satanás, pensó el aya, pero esto no es una razon para que triunfeis; soy inglesa y vamos á verlo.

A pesar de la frialdad desdeñosa que se revelaba en su rostro, era evidente que la señora Defarge veia la determinacion de su adversaria. Sabia perfectamente que aquella mujer alta, de fuertes puños y de una robustez masculina era fiel á las personas que ella queria perder, y la señora Pross no dudaba por su parte que la tabernera era la enemiga encarnizada de los que ella amaba.

— Al dirigirme allá, dijo la señora Defarge que extendió la mano en direccion al sitio fatal, he entrado en esta casa para darle la enhorabuena, y desearia hablar con ella.

— Solo puedes tener malas intenciones, respondió el aya; y por lo tanto me opondré con todas mis fuerzas á que salgas con la tuya.

Cada cual empleaba su propia lengua sin entender nada de lo que le decia otra, pero las dos se miraban fijamente y trataban de adivinar por la fisonomia de su adversaria el sentido de las palabras que vibraban en su oido.

— ¿Para qué ocultarse? repuso la tabernera. Ya se sabe sin embargo lo que hace. Dile que estoy aquí; ¿no me oyes?

— Aunque tus ojos fueran tenazas y me apretaran, no cederia.

Los detalles de esta observacion pasaron probablemente desapercibidos para la señora Defarge, que comprendió sin embargo su sentido.

— ¡Vieja imbécil! exclamó arrugando el entrecejo. ¿No responderás? Quiero verla; corre á decirselo ó déjame pasar.

El ademán enérgico con que acompañó estas palabras las explicó bastante.

— Nunca creyera, repuso la señora Pross, que desearia entender tu jerga, pero diera ahora un año de mi vida para saber si sospechas la verdad.

La tabernera, que hasta entonces no se habia movido, dió un paso hacia la señora Pross.

— Soy inglesa, estoy desesperada, dijo el aya, y tanto me importa la vida como una moneda de dos peniques. Cuanto mas tiempo te haga perder mas ganara mi pobre niña, y si te atreves á tocarme tan solo con la punta del dedo, no te quedará en la cabeza un puñado de cabellos.

Así habló la señora Pross cuyos ojos brillaban de indignacion: nunca habia puesto las manos sobre nadie, pero estaba dispuesta á ejecutar sus amenazas.

Sin embargo, como su valor procedia de un sentimiento de ternura le fué imposible contener las lágrimas, y la señora Defarge, para quien era completamente extraña toda emocion, creyó que su llanto era un indicio de debilidad.

— ¡Hola! ¿ya estás rendida? exclamó riendo. ¡Ea, vieja loca! llama ó déjame pasar. No estoy aquí para perder tiempo. Ciudadano doctor, ciudadana Evremont, ¡responded! Soy la ciudadana Defarge.

Tal vez el silencio que siguió á sus palabras, la fisonomia del aya ó algun presentimiento le hicieron concebir sospechas, pero lo cierto es que pensó por primera vez que podian haber huido, y abrió las tres puertas que habia cerrado el aya.

— Esos tres aposentos están sin muebles. ¿Que hay en ese cuarto? añadió designando la puerta en que estaba apoyada la señora Pross.

— No te dejaré mirar, repuso esta que habia entendido la pregunta, así como su adversaria entendió la respuesta.

— Si no están ahí han partido, dijo la señora Defarge, pero pueden perseguirlos y traerlos.

— Todo el tiempo que emplees, pensó la inglesa, en preguntar si están en este cuarto será una ventaja para mis amos, y por otra parte, cuando ya no te quede duda sobre este punto, no te moverás de aquí mientras tenga fuerza para detenerte.

— Te haré pedazos si es preciso, pero abriré esa puerta, dijo la señora Defarge.

— Estamos solas en el último piso de una casa que tiene pocos inquilinos, el patio está desierto y nadie nos oirá. Que sea bastante fuerte para impedir que salgas, y cada minuto de retardo valdrá millones de guineas para mí Lucía.

En el mismo instante la señora Defarge, que corrió hacia la puerta, se vió sujeta por los dos brazos del aya que le rodearon el cuerpo.

En vano trató de luchar la tabernera, porque el amor, mucho mas poderoso que el odio, centuplicaba la fuerza de la señora Pross.

En vano le descargó puñetazos ó le arañó el rostro, pues la valerosa aya no soltaba su presa y se asia á su enemiga con mas fuerza que un ahogado al objeto que encuentra.

De pronto la ciudadana cesó de defenderse y se llevó la mano al cinturón.

— Está debajo de mi brazo, dijo la señora Pross con voz sorda, pero no lo sacarás. A Dios gracias soy mas fuerte que tú.

La tabernera se llevó la mano al pecho, y la inglesa siguió con la vista esta accion, vió una pistola, se apoderó de ella, la disparó, y se halló al momento sola y cegada por el humo.

Un silencio espantoso siguió á la detonacion que acababa de oirse, y la nube de humo se desvaneció al mismo tiempo que el último suspiro de la tabernera, cuyo cuerpo inanimado yacia en el pavimento.

El primer impulso del aya fué correr á la escalera para ir á pedir auxilio, pero afortunadamente pensó en las consecuencias de tan imprudente paso, y á pesar del horror que le inspiraba aquel aposento, se apresuró á volver á entrar en él, se puso el chal y el sombrero, cerró la puerta, quitó la llave, se paró en el primer tramo de la escalera para tomar aliento y se alejó rápidamente.

Por dicha suya su sombrero tenia un velo muy denso y era muy fea para que nada pudiera desfigurarla. A no ser por esta circunstancia hubiera llamado indudablemente la atencion, porque los dedos de su adversaria habian dejado huellas profundas en su rostro, llevaba el cabello despeinado, y aunque con mano trémula habia tratado de poner en orden su traje, lo llevaba arrugado y roto de una manera capaz de comprometer á la señora mas negligente.

Cuando llegó al puente arrojó en el Sena la llave y se dirigió hacia la plaza de Nuestra Señora.

Habiendo llegado tan pronto á la cita, durante los pocos minutos que esperó y que le parecieron horas, pensó en que tal vez habian sacado ya del rio la llave que podia haber caido en una red de pescadores, que la habian reconocido sin duda, que iban á abrir la puerta, que encontrarían el cadáver y que sería presa al salir de la ciudad, conducida á una carcel y condenada por crimen de asesinato. En pugna con estos pensamientos delirantes la encontró Ferry que la hizo subir al coche y dijo al postillon que partiera.

— ¿Hay mucho ruido en las calles? preguntó á su compañero de viaje.

— Como todos los dias, respondió este tan asombrado de la pregunta como del aspecto del aya.

— ¿Qué decis?

En vano repitió Cruncher sus palabras, y no pudiendo hacerse oír, se lo indicó con un ademán.

— ¿Hay mucho ruido en la calle? preguntó por segunda vez el aya.

— ¿Qué decis?

— No oigo nada.

— ¡Se ha vuelto sorda en menos de una hora! exclamó Cruncher con aire pensativo. ¿Qué le habrá sucedido?

— Me parece, dijo la señora Pross, que esa detonacion es el último ruido que oíré en toda mi vida.

— ¡Dios me bendiga... está loca! dijo Cruncher cada vez mas turbado. ¿Qué podría decirle para volverla el juicio? Escuchad, señora. ¿Oís el ruido que hacen esos carros?

— No oigo nada, respondió la señora Pross. ¡Oh! un silencio de muerte ha seguido á esa detonacion, y no se romperá nunca mientras viva.

— Si no oye el estruendo que hacen esos carros, dijo Cruncher, me parece que en efecto no oirá nada mas mientras viva.

La excelente aya no oía ya nada en el mundo.

### CAPITULO XV.

ULTIMOS ECOS.

Fúnebres carruajes rechinan y ruedan lentamente por las calles.

Seis carros mortuorios conducen al cadalso su racion cotidiana.

Todos los monstruos sedientos de sangre que la imaginacion del hombre ha podido inventar se han confundido en uno solo y se han realizado en la guillotina.

Pero en la tierra de Francia, tan fecunda como variada en sus riquezas, ningun fruto, ninguna hoja, ninguna semilla se desarrolla y madura por medio de leyes mas seguras que las condiciones imperiosas que produjeron este horror. Forjad otra vez la humanidad con semejantes martillos, y se torcerá bajo vuestros golpes y formará los mismos monstruos; sembrad nuevamente el privilegio rapaz y la opresion tiranica, y podeis estar seguros de coger los mismos frutos.

Seis carros conducen á la guillotina su racion cotidiana.

Siglos pasados, apareced bajo la forma que en otro teniais, y en vez del cortejo fúnebre se verán las carrozas de monarcas absolutos, los coches de nobles feudales, los tocados de deslumbrantes Jezabeles y las chozas donde millones de campesinos se mueren de hambre.

Pero el Tiempo, que obedece las leyes inmutables del Criador, no destruye nunca las trasformaciones que ejecuta.

« Si solo has sido transformado de este modo por un mágico, cuyo poder es pasajero, dicen los adivinos de los cuentos árabes, recobra tu forma primitiva; pero si la has perdido por la voluntad de Dios, sigue siendo lo que eres en el día. »

Y los carros cargados de víctimas se dirigen hacia el cadalso, sin esperanza de que vuelva lo que fué en otro tiempo.

Sus ruedas siniestras hienden el populacho donde abren un surco tortuoso, y a los dos lados del carril profundo se forma una cima de rostros humanos rechazados a derecha e izquierda, y el arado sigue el camino que se le ha trazado.

Los habitantes de las casas que se hallan en su curso están tan acostumbrados a verlos, que hay poca gente en las ventanas, y las manos de algunos de los espectadores ni siquiera suspenden su trabajo, en tanto que sus miradas se dirigen con indiferencia hacia los rostros que se ven en los carros. Algunos curiosos están de visita en casa de estos habitantes acostumbrados al espectáculo, y que con la complacencia del director de una exposición les designan tal ó cual carro, y parecen decirles quién lo ocupaba ayer y quién lo ocupará mañana.

Entre los que van en los carros, algunos miran con indiferencia todo lo que les rodea, otros se despiden del cielo y de la tierra con una postrera mirada a la vida de la naturaleza, y otros bajan la cabeza con sombría desesperación, en tanto que, llenos de inquietud por la figura que deben hacer, algunos de sus compañeros dirigen a la multitud miradas que solo han visto en el teatro ó en los cuadros de historia. La mayor parte cierran los ojos para meditar, y uno solo está tan agitado por la perspectiva del suplicio, que habiendo perdido la razón canta y trata de bailar; pero ninguno de ellos implora la compasión del pueblo con su mirada ó sus ademanes.

Un piquete de caballería precede al convoy.

Varios curiosos hacen preguntas a estos heraldos de la muerte, y parece que todos preguntan lo mismo, porque la multitud se apresura a salir al encuentro del carro donde los soldados designan uno de los reos con la punta de sus sables.

Preguntan quién es aquel individuo, su curiosidad llega a hacerse general, y todas las miradas se dirigen hacia un hombre que con la cabeza baja está hablando con una humilde joven cuyas manos estrecha entre las suyas.

La multitud que le rodea no le excita interés ni terror.

Cuando pasa por la calle de San Honorato se alzan contra él diferentes voces, pero recibe las injurias con una sonrisa y baja un poco mas la cabeza para ocultar el rostro.

Un espía espera con impaciencia en las gradas de una iglesia a la llegada de los carros.

Mira con avidez el primero: no está allí... el segundo: tampoco.

— ¿Me habrá sacrificado? dice Barsad para sí con terror.

Pero al ver el tercer carro se serena de pronto su rostro.

— ¿Quién es Evremont? le pregunta un hombre que está detrás de él.

— El último del carro.

— ¿El que estrecha las manos de esa muchacha?

— Sí.

— ¡Muera Evremont! grita el hombre con toda la fuerza de sus pulmones. ¡A la guillotina los aristócratas! ¡Muera Evremont!

— ¡Silencio! dice tímidamente Barsad.

— ¿Porqué he de callar, ciudadano?

— Va a expiar sus faltas; dentro de cinco minutos habrá pagado su deuda; no le atormentemos, es inútil.

Pero el patriota continuó gritando:

— ¡Muera Evremont! ¡Muera los aristócratas!

El reo insultado levanta la cabeza, ve al espía, le mira fijamente y continúa su camino.

Van a dar las tres; los carros vuelven una esquina y abren su surco en la plaza donde se alza el cadalso, y la multitud se cierra detrás de ellos, porque todos se dirigen hacia la guillotina.

En la primera fila se ven algunas mujeres sentadas en sillas como para una fiesta pública y haciendo media con actividad.

La Venganza se ha subido sobre su silla y mira por todas partes.

— ¡Teresa! grita con voz estridente. ¿Quién ha visto a Teresa Defarge?

— No ha faltado nunca, dice una de las que hacen media.

— Ni faltará hoy, replica la Venganza. ¡Teresa!

— Alza mas la voz, le aconseja la vecina.

La Venganza alza la voz y añade a sus gritos espantosos votos, pero Teresa no llega.

Envían en su busca algunas mujeres, encargándoles que le digan donde quiera que la encuentren que no tarde; pero por intrépidos que sean los emisarios que envían es dudoso que vayan bastante lejos para traerla del sitio donde se encuentra.

— ¡Qué desgracia! exclama la Venganza pateando en la silla. Ya llegan los carros... va a ser despachado dentro de un momento, ¡y no está aquí! Y eso que le guardo asiento... ¡Lloraria de rabia!

Mientras la Venganza baja y se sienta llorando, los carros principian a vaciar su contenido.

Los ministros de la santa guillotina visten de riguroso uniforme y están prontos a funcionar.

Se oye un golpe breve, y la cabeza es presentada a la multitud.

— ¡Una! dicen las mujeres que hacen media levantando la cabeza.

El segundo carro ha dejado su carga y se aleja.

Se acerca el tercero.

Se oye otro golpe.

— ¡Dos! cuentan las mujeres sin dejar de hacer media.

El supuesto Evremont, que no ha soltado la mano de la joven, la coloca de modo que no pueda ver funcionar la horrible máquina.

La pobre criatura tiene los ojos fijos en los suyos y le da las gracias con efusión.

— A no ser por vos, le dice, no hubiera tenido valor. Soy tan débil, que mi pobre corazón desfallece al menor temor, y nunca hubiese podido elevar mi alma hacia Aquel que murió para que seamos consolados. Vos me habeis enviado al cielo, querido amigo.

— Lo mismo podria decirnos, hermana mia. Miradme, no volvais la vista, no penseis en otra cosa.

— No pienso en nada mientras tengo mi mano en la vuestra, y cuando nos separemos, si van aprisa...

— Muy aprisa, hermana mia; no tengais miedo.

Estaban en medio del grupo de victimas que se disminuian con rapidez, pero hablaban como si estuvieran solos.

Con la mirada, la mano y el corazón unidos, aquellos dos hijos de la madre universal, cuyo punto de partida era tan diferente, se encontraban en la oscura senda para volver juntos adonde les esperaba esta madre fecunda y generosa.

— ¿Me permitis que os haga una pregunta, querido amigo? ¡Soy tan ignorante! Una cosa me inquieta...

— ¿Qué es, hermana mia?

— Tengo una prima que desde muy niña perdió como yo a su padre y a su madre y a quien amo con todo mi corazón. Tiene quince años y está sirviendo en una casa de campo de Turena. La miseria nos obligó a separarnos. Ella no sabe mi desgracia porque no sé escribir, y aun cuando hubiera sabido, ¿para qué habia de entristecerla? Pero desde que estamos en el carro me ha acudido una idea: si la República impide que los pobres se mueran de hambre, si las penas llegan a disminuir, mi prima podrá vivir muchos años.

— ¿Y porqué os inquieta eso, querida hermana?

— ¿Creeis, dijo llenandose sus ojos de lágrimas, con tierna resignación y con los labios trémulos, creeis que no me parecerá largo el tiempo mientras la espere?

— Tranquilizaos, ángel de inocencia; en la otra vida no hay tiempo ni inquietudes.

— ¡Qué bueno sois consolándome así! ¡Soy tan ignorante!... ¿Puedo abrazaros ahora? ¿Ha llegado el momento?

— Sí, pobre hermana mia.

Se abrazaron y se bendijeron.

Las manos de la niña no tiemblan, y en el afable rostro de la humilde criatura brillan la firmeza y la serenidad de espíritu.

Pasa antes que él.

Ya ha pasado.

— ¡Veinte y dos! cuentan las mujeres que hacen media.

« Soy la resurrección y la vida, dice el Señor, y el que vive en mí está seguro de vivir eternamente. »

Se oye un murmullo de voces numerosas, se ve un movimiento de todas las miradas y una ondulación de la multitud que se estrecha, avanza, y despues retrocede y se calma.

— ¡Veinte y tres! cuentan las mujeres que hacen media.

Por la noche se decia en la ciudad que su rostro habia sido el mas sereno de todos cuantos se habian visto en el cadalso, y algunos añadan que tenia una expresión sublime y profética.

Una mujer habia pedido algunos dias antes al pié del cadalso que le permitieran escribir los pensamientos que le inspiraba la muerte.

Si Carlone hubiera expresado los suyos y hubiera sido profeta, hé aqui lo que hubiese dicho:

« Veo a Barsad, a la Venganza, a Defarge, a los magistrados y los jurados, esa larga hilera de nuevos opresores que han reemplazado a los antiguos, perecer bajo este mismo instrumento que va a cortar mi cabeza. »

« Veo salir de este abismo una ciudad espléndida y una nación gloriosa, y veo que esta nación, con sus luchas para conquistar la libertad, con sus triunfos y con sus derrotas, expia gradualmente y borra despues para siempre los crímenes de esta época sangrienta, y los de los tiempos antiguos que engendraron estas venganzas. »

« Veo a los seres venerados por los cuales voy a morir viviendo en Inglaterra una vida tranquila, útil y venturosa. Veo a la mujer cuya felicidad es para mí mas preciosa que la existencia con un niño en sus brazos que lleva mi nombre. Veo a su padre, encorvado por los años, pero sano de cuerpo y de espíritu, fiel y adicto a los que padecen. Veo a ese buen anciano que los ama vivir diez años a su lado, legarles su fortuna y partir de este mundo para ir a buscar al cielo su premio. »

« Veo el santuario que me han erigido en su corazón y en el de sus descendientes. La veo en su vejez llorando aun en el aniversario de este día. Veo que ella y su esposo mueren a un tiempo despues de una larga vida, y tengo la certeza que no eran tan sagrados uno para el otro como lo era para ambos mi memoria. »

« Veo al niño que lleva mi nombre crecer y seguir su

camino en la vida donde yo me he extraviado; le veo noble de corazón y de inteligencia, superar todos los obstáculos con tan feliz éxito, que mi nombre se purifica y llega a ser ilustre con el brillo del suyo. Le veo al frente de la magistratura de su país, honrado de todos, padre de un hijo que lleva también mi nombre y que tiene esos cabellos de oro y esa frente tan expresiva de que están llenos mis ojos. Le veo poniéndose a su hijo en las rodillas y contándole mi historia con voz trémula y conmovida.

« Lo que hago hoy es infinitamente mejor que cuanto hubiera hecho en el porvenir, y por fin voy a gozar del descanso que nunca he conocido. »

## Cochinchina.

(Véase el número 590.)

Los europeos que no tienen aun casa puesta, los que quieren comer fuera de su domicilio, y por último, los habitantes de Saigon que desean saborear la pipa, el café y el té, ó hasta el clásico opio, hallan en la ciudad algunas casas mejor ó peor dispuestas para recibirlos.

La principal es una antigua cabaña annamita erigida en café; es bastante espaciosa, y se llega a ella por una larga avenida que un cartelón señala de lejos a la atención del paseante. Situado en la calle del Gobierno, el café Lyonés está llamado a ser un día un establecimiento famoso. La baranda tuvo anteriormente la sombra de magníficas arcas; en el otro lado hay grandes ventanas, y una porción de esteras hacen el empleo de cortinas contra los rayos del sol.

En otro tiempo un bosque de arcas rodeaba la cabaña. Bajo sus verdes penachos se encontraba sombra y frescura; sus flores y sus frutas exhalaban un perfume penetrante que embalsamaba el aire; sus troncos se elevaban rectos y lisos como otros tantos palos venecianos, y en los días de fiesta colgaban de ellos guirnaldas de follaje; por último, de distancia en distancia habia grandes linternas chinescas con velas de sebo vegetal. Hoy los árboles han desaparecido: la civilización invade la ciudad annamita; el cordel rectifica sus calles, y la especulación reemplaza con casas los jardines.

La arquitectura europea va destruyendo poco a poco las construcciones indígenas. Ya todas las pagodas han desaparecido, quedando solo una en la calle Catinat; que quizá destruyen a esta hora. En todo caso no tardará en desaparecer, y con ella se habrá perdido una de las curiosas muestras del antiguo estilo cochinchino.

Su techumbre ofrece una arista recortada y adornada con esculturas muy originales. A la casa municipal precede una especie de galería de sencillo aspecto; y al lado de la pagoda pequeña se eleva una vasta casa annamita con su tosea portada, su baranda y sus dos techos.

¿Qué diferencia entre esta humilde pagoda annamita y la magnífica pagoda china edificada por medio de las suscripciones voluntarias de los comerciantes chinos! Esta pagoda se halla en Cho-len, donde se eleva a orillas del arroyo comercial que reúne el río de Saigon con el río Cambodge. Es el camino de Mytho. Dos veces por semana salen para el Cambodge convoyes de 1,000 a 1,200 barcas, siempre con una escolta para defenderlos contra los piratas. Es un espectáculo curioso el que ofrecen todas esas barcas conducidas por remeros que manobran hacia adelante en lugar de volver la espalda a proa como los bateleros europeos.

La pagoda es digna de una ciudad que contaba 100,000 habitantes hace algunos años, y que aun tiene en el día 40,000.

Los chinos son industrioses, activos, inteligentes. Banqueros, cambistas, especuladores incansables, a menudo se hacen muy ricos, y así es que en Cho-len se citan varios millonarios. El frontón de la pagoda está cortado en triángulo; pero sus líneas bastante puras se pierden bajo el lujo de la ornamentación. Una balaustrada calada sobresale por cada lado; debajo de la balaustrada han dispuesto una serie de nichos, y las estatuas que los ocupan son otras tantas muestras de la escultura china. ¿Son menos hábiles que los nuestros los artistas chinos para reproducir la figura humana? ¿Tienen otras ideas sobre lo bello? A los que les acusan de impotencia, se les puede oponer el acabado de ejecución que caracteriza ciertas obras. Quizá este axioma « lo bello es lo feo, » constituye la primera regla del gusto artístico en el imperio de en medio.

La techumbre de la pagoda china que reproducimos prueba que no son los medios de ejecución los que hacen falta a los artistas del extremo Oriente. A cada lado el ave simbólica, emblema de la inmortalidad. En medio un pequeño zócalo coronado con el emblema del fuego y rodeado de un círculo calado. Dragones simbólicos serpentean sobre la arista de la techumbre, y debajo reina una galería de bajo-relieves.

El interior de la pagoda encierra estatuas y bajo-relieves muy notables. Algunas figuras están modeladas con cierto talento. Por un lado han querido representar una batalla, y esta es la parte mas defectuosa. Dos jinetes se amenazan el uno con la lanza, y el otro con la maza. La figura del primero es bastante expresiva; pero los dos caballos son grotescos, y falta movimiento en los personajes.

Por el otro lado varios mandarines parecen ocupados en la redacción de un convenio. Este bajo-relieve es superior al otro. Ciertas figuras demuestran en él una

dignidad serena que el artista ha expresado perfectamente.

Lo mismo que los chinos, los annamitas miran con mucho respeto los sepulcros. El culto de los antepasados es entre ellos un artículo de fe, una de las bases fundamentales de su moral. Los mandarines no han

descuidado nada para perpetuar este culto y fortificar estas creencias.

Bajo este concepto se creeria que los sepulcros annamitas deberian ofrecer numerosos modelos de la antigua arquitectura indigena; y sin embargo, no es así. La muestra mas completa de su arquitectura tumular

es un monumento que se halla á algunas millas de Saigon, en la llanura de las Tumbas, y que encierra los despojos de un mandarin muerto hace cincuenta años.

Esta llanura de las Tumbas es una de las curiosidades de Saigon. Los sepulcros se elevan sin orden y sin cercados. Al lado de las sepulturas consagradas a los



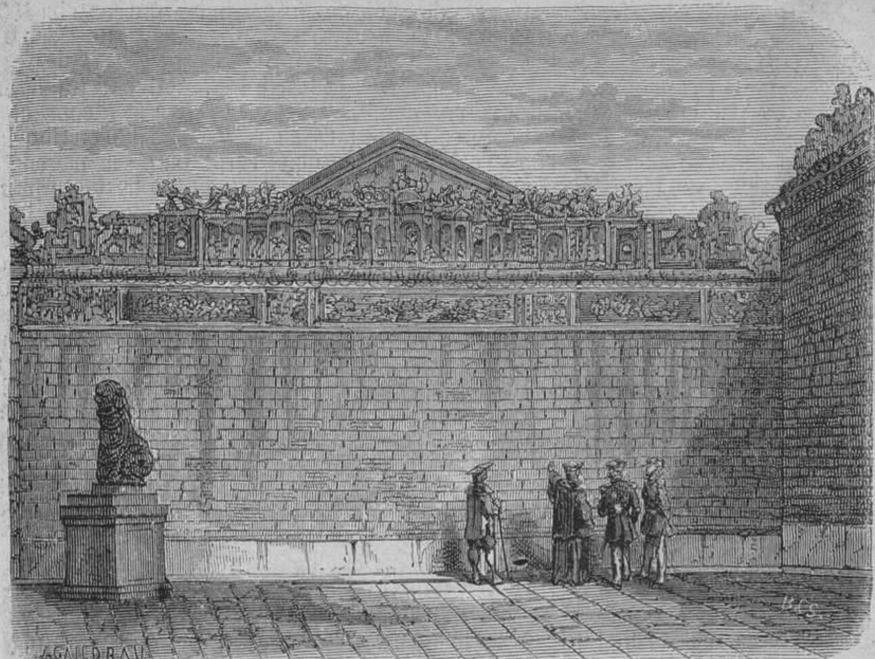
Cabaña annamita trasformada en café, calle del Gobierno en Saigon.



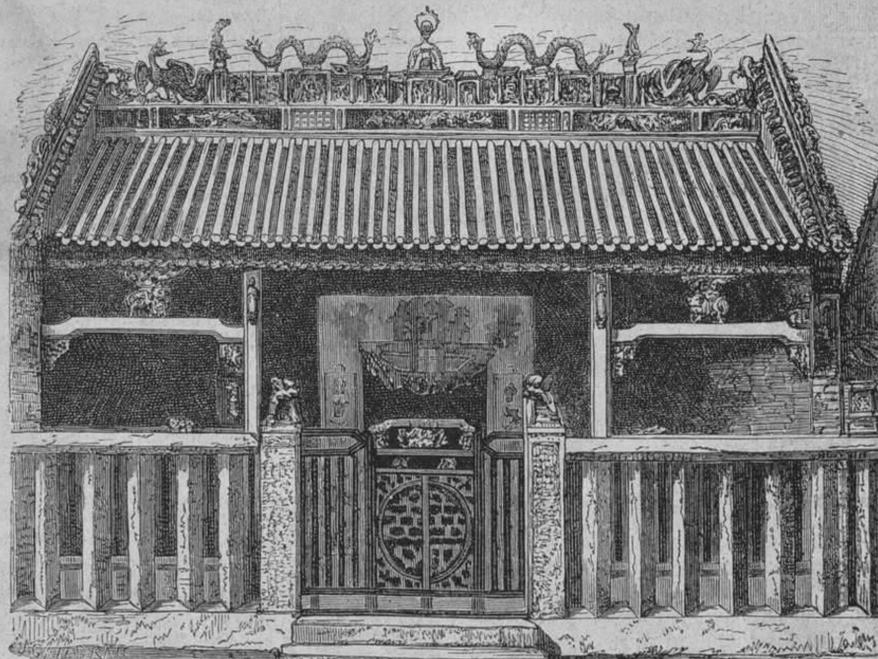
Prefectura de la ciudad china á tres kilómetros de Saigon.



Canal y barrio chinos en Saigon.



Fronton exterior de la pagoda china cerca de Saigon.



Techumbre, bajo-relieve y puerta de entrada de la pagoda china.

altos personajes, hay monumentos pequeños que recuerdan el estilo de las pagodas chinas, con bajo-relieves mas ó menos caprichosos. En los cuatro angulos se encuentra el simbolo que antes señalabamos, el fuego. Estos monumentos que se elevan en forma cuadrada y baja pertenecen á la clase media; el pueblo se contenta con simples tumulus apisonados.

A pesar de su respeto por los difuntos, los annamitas suelen capitular, cuando llega el caso, con el culto de los antepasados. Hé aqui un ejemplo de que ha sido testigo M. de Grammont.

«Encontrábase una tumba sobre el trazado de una via de comunicacion indispensable, y su dueño, uno de los descendientes del difunto, presentó grandes dificultades para consentir en una exhumacion. Sin embargo, secretamente propuso vender las piedras, y á todo esto continuaba demostrando un dolor inmenso. Ofrecieronle dos piastras por los gastos de cambio de lugar, y hé aqui á nuestro hombre consolado. Reunió á sus parientes, elevó un cortinaje de esteras en derredor de la tumba, y durante dos dias trabajó con ardor. Las ceremonias

para consentir en una exhumacion. Sin embargo, secretamente propuso vender las piedras, y á todo esto continuaba demostrando un dolor inmenso. Ofrecieronle dos piastras por los gastos de cambio de lugar, y hé aqui á nuestro hombre consolado. Reunió á sus parientes, elevó un cortinaje de esteras en derredor de la tumba, y durante dos dias trabajó con ardor. Las ceremonias

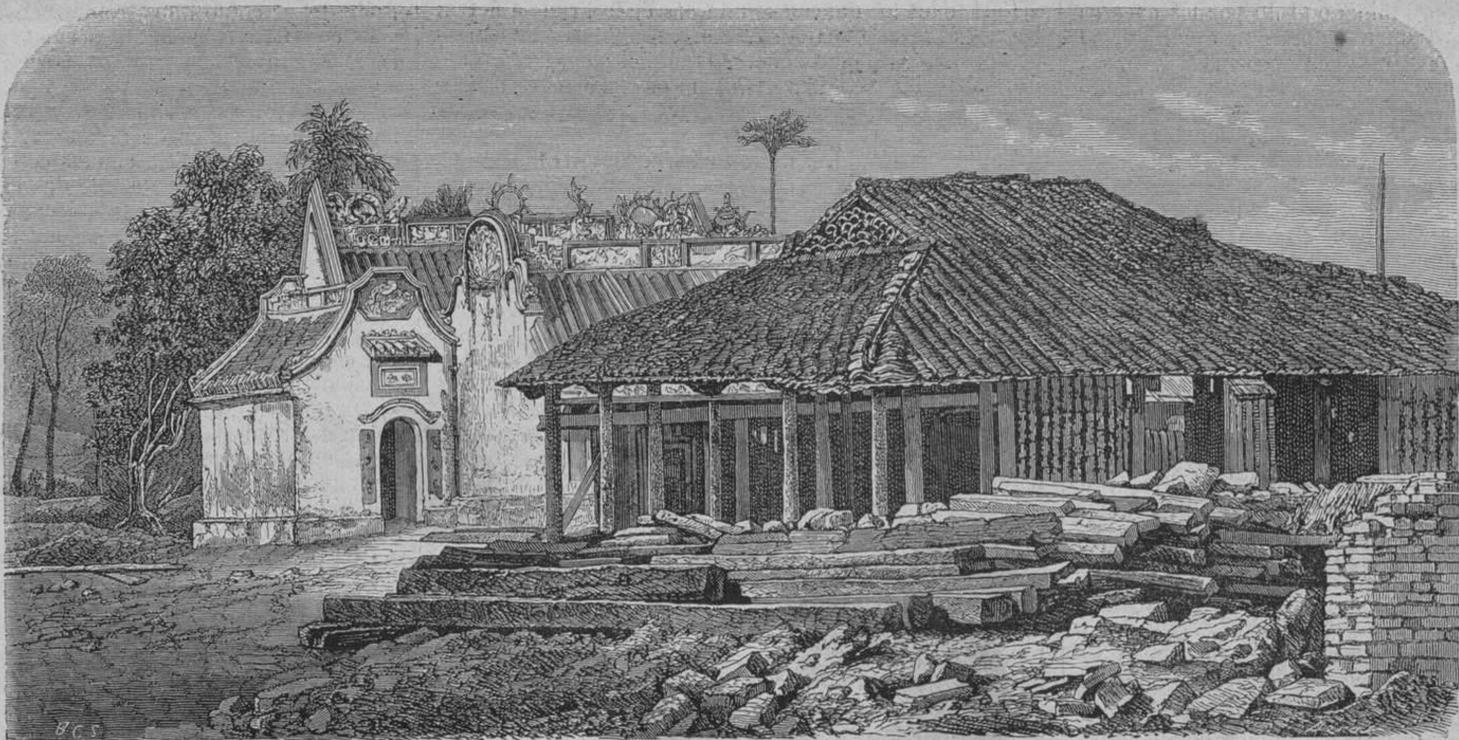
nias no paraban : continuamente ardian las antorchas y se sucedian las procesiones de personas vestidas de blanco. Opiparas comidas servian de intermedios á las

ceremonias y á los trabajos. El tercer día la tumba habia desaparecido : el puestó estaba limpio. »  
 Leyendo la relacion de las campañas que han condu-

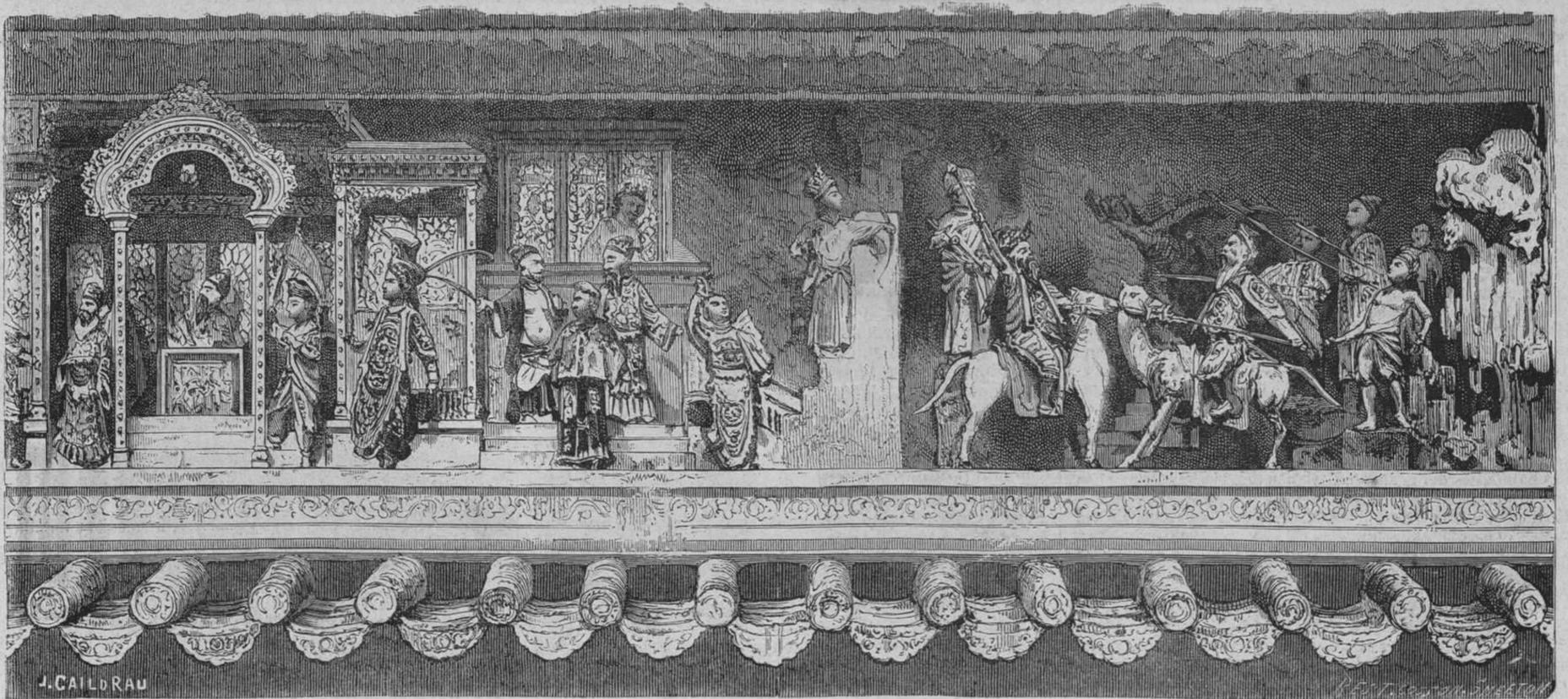
cido á la conquista de las tres provincias, se ha podido ver que los annamitas son inferiores á los europeos, sino en valor, al menos en lo concerniente al armamento



Sepulcro de un mandarin chino en el campo de las inmediaciones de Saigon.



Pagoda y cabaña annamitas en la calle Catinat,



Bajo-relieves interiores en la pagoda china.

y la ciencia militar. En efecto, tienen malos fusiles. Si emplean armas europeas, son de desecho; y ordinariamente compran fusiles chinos que valen menos todavia.

Poseen una especie de artilleria volante que manejan con mucha destreza. Son sus *gingoles*, cañoncitos de brazo bastante parecidos á los que se usaban á principios

del siglo XVI. Cuatro hombres trasportan y maniobran cada gingole. Los ponen en bateria de 50 en 50 metros de distancia, y tiran bien. A mayor abundamiento, tie-

nen una lanza de fuego, especie de fusil que disparan por medio de un bambú reforzado; este tubo arroja las inflamadas cuya composición es un secreto.

La infantería annamita lleva lanza, arma muy pesada; su palo de madera dura sostiene una birola de hierro de la cual arranca una hoja ancha ondulada en lengua de fuego.

Estas armas no han podido defenderles contra la táctica europea; y ni siquiera bastan para protegerles contra el señor tigre (*ong-kop*), que les inspira un temor supersticioso, temor bien justificado por los destrozos que causa este terrible animal. Nos prometemos que la Cochinchina hallará, como la Argelia, sus cazadores de fieras.

A. L.

## Aureliano.

PRIMERA PARTE.

### ESCENAS HISTÓRICAS DEL SIGLO V.

#### I.

Trece siglos se han abismado en la sima del tiempo desde que tuvieron lugar los acontecimientos que va a referir este libro...

Roma pagana había paseado triunfalmente sus águilas por todo el mundo conocido, ya sometiendo a su yugo dominador a todos los pueblos, u obligándolos a respetar y temer el nombre romano.

El gigantesco edificio del poder romano había permanecido en pie por espacio de algunos centenares de años, inquebrantable como una roca en medio de las naciones oprimidas; pero minado al fin por los excesos mismos de una civilización refinada, por la corrupción de las costumbres y por la guerra civil, comenzaba a vacilar en sus cimientos y a inclinarse visiblemente hacia su caída.

Como si la voz de Dios hubiese sonado en las selvas de la Germania y hubiese llamado a los pueblos virgenes del Norte a mas altos destinos, se formó contra Roma una formidable conjuración, compuesta de hordas ávidas de matanza y de botín, que bajo mil nombres diferentes violaron mas de una vez el territorio del imperio, poniendo a sangre y fuego todo cuanto encontraban a su paso.

Roma contaba todavía algunos héroes que recordaban la gloriosa historia de la capital del mundo; pero la molición y voluptuosidad habían hecho a la mayor parte de sus hijos incapaces de los grandes arranques de amor cívico, y la cobardía se enseñoreaba de su corazón con la desmoralización y la duda.

Después de haber rechazado durante algun tiempo y con varias alternativas las olas de la invasión extranjera, que renacían incesantemente, el gran imperio se vió obligado a abandonar algunas de sus mas bellas provincias a sus formidables enemigos para comprar su dudosa alianza y su neutralidad.

Las belicosas naciones que habitaban las orillas del Rhin, del Mosa y del Escalda, aprovecharon la ocasión que se les presentaba de sacudir el yugo y de lanzarse sobre la vacilante Roma para adquirir por el pillaje y la rapiña una parte de las riquezas amontonadas durante tantos siglos por los dueños del mundo.

Aquellas naciones hablaban todas la misma lengua (1) y creían en los mismos dioses, y uniéndose en una formidable asociación, a la que dieron el nombre de *Frankenbond* ó Confederación franca, tomaron ellos la denominación de *francos*, que significa *hombres libres* (2).

Después de las primeras expediciones contra los romanos, la confederación única se dividió en dos brazos: los franco-ripuarios y los franco-salienses (3).

Los ripuarios habitaban en las orillas del Rhin, del Roer y del Mosela.

En cuanto a la asociación saliese, abrazaba las co-

(1) La lengua común a todos los pueblos germanos, entre los que se comprendían los belgas y holandeses, era la *thyoise*, llamada segun los diversos dialectos *dietsch*, *deutsch* ó *duitsch*. *Diet* ó *dent* significa propiamente pueblo, y se conocía con bastante verosimilitud por lengua *dietsch* la lengua del pueblo en oposición a la lengua latina.

Hasta bien avanzada la edad media, los flamencos y las diversas ramas del tronco neerlandés, no designaron su lengua con otro nombre que con el de *dietsch*, y Santiago van Maerlant, célebre poeta del siglo XIV, emplea estas palabras en muchos puntos de sus obras, diciendo: «Voy a hacer versos en lengua *thyoise* (*dietsch*).» — En el poema flamenco de Renard (*Reinaert de Vos*), Grimbarde dice a Renard: — Háblame en *thyois* para que te comprenda.

Los habitantes del Brabante designan todavía a su lengua con la palabra *dietsch*.

El *dietsch* ó *thyois* primitivo se dividía, á consecuencia del nacimiento de diferentes pueblos, en tres ramas principales, á saber: el *meso-gótico*, el *franco* y el *sajón* ó *anglo-sajón*; de cuyas ramas se han derivado los diferentes dialectos germánicos de Europa. (Véase Luis de Baaker, *Die Niebelungen*, páginas 1<sup>a</sup> á 11.)

(2) *Frank*. Aun hoy se dice en toda la Neerlandia *ryy en wrank*, *libre et franc*. En Brabante y Flandes esta palabra significa *intrépido*, ó mas bien *temerario*. — Allí se dice en la actualidad (*franke jouge!* *franke mensah!*) como reproche.

(3) *Ripuarios* significa segun la mayor parte de los etimologistas, *habitantes de las riberas*, de la palabra latina *ripa*, *ribera*. El nombre *salienses* viene del río Issel, en latín *sala*, ó segun M. B. C. Dumortier, del nombre céltico *sal*, mar, como si los francos salientes hubieran habitado en otro tiempo tambien en la desembocadura del Rhin, del Mosa y del Escalda, en las orillas del mar.

marcas que forman hoy la Bélgica y una gran parte de la Holanda.

En las guerras contra Roma, los franco-salienses se distinguieron por su maravillosa bravura, y bien pronto se vieron obligados los romanos a renunciar para siempre a la Bélgica, fijándose los límites del imperio, mediante un convenio reciproco, con una línea que se extendía por delante de las ciudades de Tournay y Cambrai, quedando por lo tanto estas dos plazas fuertes en el territorio de la federación franca.

Uno de los principales jefes de los francos neerlandeses ó belgas, fijó su residencia en Tournay, y otro, no menos poderoso, se estableció en Cambrai.

La ciudad de Tournay era célebre en aquella época, entre todas las ciudades de Bélgica y de las Galias, tanto por su belleza como por sus poderosas fortificaciones. Habiéndola dominado por largo tiempo los romanos, la dotaron de monumentos espléndidos, contando entre ellos los templos consagrados a Júpiter, Vénus, Marte y otros varios dioses, y los teatros, palacios, baños y manufacturas; sus cercanías se hallaban embellecidas por agradables casas de campo ó villas, y útiles acueductos construidos a grandes expensas, llevaban hasta sus murallas los frescos manantiales de las colinas cercanas.

Las demás partes de Bélgica conservaban su lengua neerlandesa, sus costumbres originarias de la Germania y su fe en los dioses del Norte; pero los habitantes de Tournay, lo mismo que los de las comarcas mas meridionales, se habían asimilado casi en todo a sus señores, merced a la dureza de la dominación romana. Hablaban el latín con el que mezclaban muchas palabras indígenas, vivían sometidos a las leyes romanas, y aun se dudaba, por decirlo así, que corriese por sus venas la sangre germánica.

Casi todos los galos ó habitantes de la Francia actual habían abrazado la fe cristiana, y muchos de los romanos que vivían como señores de aquel país, habían abjurado también el culto de los falsos dioses para buscar mejor porvenir en la amorosa doctrina del Hombre-Dios.

Tanto en los alrededores de Tournay, como en las féculdas campiñas y en las encantadoras colinas, todas las construcciones revelaban la civilización y arte romano, conservando únicamente un solo edificio el sello indeleble de otro origen, apareciendo a lo lejos como una masa de piedras cenicientas, sin columnatas ni peristilo, y sin ninguna clase de ornamentación.

Esta era la morada de Clodoveo (1), jefe de los francos que se habían situado en las cercanías de Tournay, y se la conocía con el nombre de *palacio del señor*. Su padre Chilperico la había hecho edificar, y en ella nació y se crió Clodoveo.

Aquel palacio, único edificio algo notable que construyeron los francos hasta entonces en las fronteras de la Galia, estaba situado en las márgenes del Escalda, fuera del recinto de la ciudad; porque los francos tenían la creencia de que los hombres se enervan y pierden la viril sencillez de sus costumbres habitando en ciudades cercadas de murallas.

¿Qué estilo había dado forma a aquel palacio? Nadie hubiera sido capaz de decirlo, pudiéndose únicamente observar que era una grosera imitación de la arquitectura romana, adecuada quizá a las costumbres y necesidades de un nuevo pueblo.

Veíanse en él pilares y columnas, pero de una forma baja y rechoncha, y los capiteles en vez de cubrirse ó envolverse con una hoja elegantemente cortada, consistían en una sencilla y grosera hilada de piedras sin el menor adorno, ó bien sobrecargados de esculturas monstruosas.

Las ventanas y las puertas eran muy estrechas y estaban coronadas por una curva circular; las bóvedas afectaban igualmente la forma de cimbra completa; pero eran sumamente bajas por descansar sobre pilares de poca elevación.

Esto no obstante, mirado el palacio por la parte exterior aparecía vasto é imponente, y las masas informes que constituían su conjunto, el color triste de las piedras que habían entrado en su construcción, el taciturno silencio que habitualmente reinaba allí, y sobre todo la vida misteriosa y retraída de sus habitantes, inspiraban al pueblo de Tournay una especie de terror mezclado de respeto.

Extendiase al rededor del palacio un recinto de habitaciones de menor importancia, separadas del edificio principal por una llanura que servía sin duda de campo de maniobras militares, y que servían de morada de segundo orden a los *leudes* del jefe, ó sean francos libres, que habían jurado servirle fielmente, así en la buena como en la mala fortuna, y eran sostenidos por un jefe a modo de guardia de honor.

Los demás francos libres se llamaban *weermans* (hombres de guerra); habitaban la campiña y se ocupaban en la agricultura y crianza del ganado en las tierras que se les habían concedido y dado en propiedad después de la conquista.

Como a cada guerrero había cabido en suerte mas tierra de la que podían cultivar él y su familia, la alquilaba ó subarrendaba en su mayor parte a los francos ó galos no propietarios, por cierta renta anual en trigo ó reses. A aquellos a quienes el guerrero cedía de este modo la explotación de su tierra se daba el nombre de

(1) El nombre verdadero de Clodoveo es *Hlodwig*, que es el que le da en esta narración el escritor flamenco; pero nosotros hemos preferido la calificación vulgar a la originaria, por las dificultades que hubiera llevado consigo aquel rudo apelativo.

*laten* (colonos); al terreno cedido *manse*, y a toda la propiedad el de *weere*, tomando de aquí origen el nombre de *weermans* que se daba a los propietarios (1).

Los *weermans* podían tomar las armas donde y cuando querían, bien fuese para proveerse de botín en otros pueblos, ya para vengar un agravio ó castigar una injusticia que se les hubiese hecho, obligándoles la ley del honor a tomar una sangrienta venganza de la menor injuria, si no querían ser deshonrados y despreciados para siempre.

Los francos no tenían reyes ni jefes comunes; cada tribu formaba un *mahlberg* (2) que elegía un *heirtog* ó jefe militar (3), prevaleciendo el uso de tomarle de la heroica raza de los Merovingios, ó hijos de Meroveo, que gozaban de gran consideración.

Cuando la guerra se emprendía colectivamente contra un enemigo común, se reunían muchas tribus y elegían un jefe supremo por mayoría de votos, que mandaba todo el ejército de la confederación franca.

En las precedentes guerras se enriquecieron mucho algunos Merovingios, debido a la parte considerable que retiraban del botín, circunstancia que les había puesto en el caso de sostener numerosos leudes, consistiendo únicamente en el número de estos guerreros escogidos que no deponían nunca las armas sino el poder, al menos la consideración de ciertos Merovingios. En este concepto, Clodoveo, jefe de Tournay, ocupaba el primer rango, pudiendo únicamente igualarse y disputarle la preeminencia Raganhaire, jefe de Cambrai.

En una serena mañana de primavera del año 486 estaba sentado delante de una mesa un hombre con la cabeza apoyada en las manos y abismado en profundas reflexiones en el gran salón del palacio de Tournay. Podía tener como unos treinta años; sus ojos eran negros como el azabache; sus cabellos estaban cortados casi a punta de tijera; su traje, segun la moda romana, consistía en una túnica ancha y larga hasta arrastrar por el suelo, sobre la que se cruzaban en el hombro los anchos pliegues de una toga, y sus pies estaban calzados con sandalias, sujetas con ricas ligaduras.

En la mesa situada delante de él se hallaban pequeños útiles de escritorio, tres ó cuatro hojas de pergamino, dos pinceles y dos punzones.

Sus ojos y cabellos negros demostraban que aquel hombre no pertenecía a la raza franca, y en efecto, era un galo-romano que, educado en otro tiempo con Clodoveo, se había hecho su confidente y consejero, sirviéndole con una adhesión y abnegación extraordinarias y trabajando con celo en la elevación del príncipe.

Aureliano (4), que tal era el nombre del galo-romano, debía estar poseído aquel día de ideas graves y verdaderamente tristes, porque sus facciones revelaban los tumultuosos movimientos que se sucedían en su alma, y la vaga fijeza de su mirada manifestaba ese estado de extravío que revela la incertidumbre y la zozobra.

El salón en que se encontraba era sombrío y frío, sin que ningun adorno alterase la monotonía de las desnudas y rudas piedras que formaban el muro, a no ser las figuras de animales monstruosos arrancadas a la mitología setentrional y groseramente esculpidas por manos poco diestras en los bajos pilares que sostenían las bóvedas, ó en la superficie de las paredes. Hallábanse colgadas sin orden armas brillantes que parecían forjadas por una raza de gigantes, viéndose tambien mesas, sillas y bancos tan pesados, que parecían formar parte del edificio, y como si nunca se hubieran movido del sitio que ocupaban.

Pasados pocos instantes turbó la meditación de Aureliano el ruido de unos caballos que pafaban fuera y que hacían retemblar la sala con sus relinchos. Levantóse y se paseó lentamente a lo largo de la sala, descubriéndose únicamente al principio por sus ademanes que estaba poseído de penosas preocupaciones; por fin dijo en voz baja y contenida:

— ¡Ya ha llegado el día solemne que debe decidir de la suerte de Occidente, y tal vez de la suerte de la cristiandad! Clodoveo será elegido jefe supremo, y su espada abrirá a los francos el camino de la corte de Galia. Esto era el objeto de todos mis esfuerzos... y ahora que toco ese término, mi corazón tiembla como si ese día fuera el precursor de una inmensa calamidad... Clodoveo va a tomar por esposa a Lutgarda, hermana de Raganhaire, único medio por el que podíamos vencer la ambiciosa oposición del jefe de Cambrai. Era forzoso; yo mismo he aconsejado ese matrimonio a Clodoveo, y le he impelido a aceptarle como una inevitable necesidad... Y Lutgarda se llama una cruel pagana que profesa un odio ardiente hacia los cristianos, y solo da

(1) *Weerman* significa en sentido propio hombre de guerra, hallándose la raíz de la palabra *weer* en las inglesas *war*, *warr* y en las francesas *guerre* y *guerrier*, no siendo sin duda alguna la denominación común de *germanos* que se da a los pueblos del Norte, mas que una alteración de *Weermannen*.

(2) Casi todas las reuniones de los francos se celebraban con banquetes (*mahl*) y especialmente sus ceremonias religiosas, en las que se asaba y comía por los asistentes a ellas, la carne de las víctimas. Por esta razón la asamblea en conjunto tomó el nombre de *mael*, y como se reunía generalmente en los sitios elevados, el lugar de la reunión se llamó *mahlberg* (*mallum*) llamándose *disveld* cuando servía para celebrar consejo de guerra.

(3) *Heirtog*, de *hur*, ejército, y *togen*, conducir, siendo su sentido literal por lo tanto *conductor de ejército*; es el *dux* de los romanos, y aun hoy se halla en alemán la misma palabra, *herzog*, duque. (Véase Greg. Turon, Lib. III.)

(4) Fredegario dice que Aureliano era cristiano confidente de Clodoveo.

cabida en su corazón á un deseo de venganza salvaje. ¡Y yo, cristiano, yo siervo del Dios crucificado, he tenido que prestarme á esa fatal union! ¡Si me engañase, si esa mujer feroz lograra dominar á Clodoveo y verter en el corazón de mi señor su acendrado odio! ¡Ah! ¡habría consagrado toda mi vida á la ruina de la santa fe que profeso! ¡Y mi alma tendría que comparecer ante el Tribunal Supremo cargada con la pérdida de todo un mundo!...

Aureliano llevó la mano á su frente y permaneció inmóvil un instante; y despues, como si quisiese susstraerse á los tristes pensamientos que le asediaban, recorrió el salón con paso rápido, hasta que su mirada se detuvo fijamente y con una atención particular en uno de los pilares que sostenían la bóveda.

Su vista turbada contempló las figuras monstruosas esculpidas al rededor del pilar y que parecían mirarle con triunfante ironía.

Dió algunos pasos atrás, como si los grotescos rostros de los ídolos del Norte hiciesen en aquel momento una poderosa impresion en su alma, y tembló.

Dominó sin embargo bien pronto su extraña emoción; el fuego del entusiasmo brilló en sus ojos, y lanzándose hácia el pilar levantó una mano amenazadora contra los ídolos, exclamando:

— Odin, Thor, Freya (1), dioses de la venganza, espíritus de violencia, yo me estremezco al ver vuestros monstruosos rostros; pero es una cobardía el temor que experimento. ¿Quiénes sois? ¡Productos de la ignorancia, creaciones del demonio, deificaciones de las ciegas fuerzas de la naturaleza! ¿Y seréis capaces de luchar contra el Dios crucificado? ¿Vuestra ley sangrienta prevalecerá sobre la dulce del amor del Salvador? ¿Vuestra aparición en el suelo de Galia retardará la venida del reino del Señor? ¡Oh! no, no hay espada, por poderosa que sea, que pueda detener la difusión por el mundo de la luz que se desprende de la cruz; no hay fuerza, por irresistible que parezca, que pueda detener á la humanidad en la sublime vía que el Hijo de Dios la ha trazado con su sangre consagrada! ¡Ah! ¡Regocijaos con el ruido de las armas, feroces espíritus de la destrucción; esperad que la sangre humeante de las víctimas corra también por las selvas de la Galia ante vuestros altares!... ¡Error! ¡Cristo os vencerá! La doctrina de paz y de verdad unirá á los pueblos de la tierra con un mismo lazo de amor, y la cruz brillará en el mundo como el único astro de salvación para la humanidad. ¿Y vosotras, monstruosas creaciones de las tinieblas, qué os hareis? ¡Ah! los siglos futuros preguntarán en vano á las profundidades de las selvas para descubrir dónde se alzaron vuestros altares.

Aureliano fué interrumpido en su apóstrofe entusiasta por la llegada de una persona que levantó la cortina que ocultaba una puerta lateral, y entró con precaución.

Era ya un hombre de edad, alto, y cuya fisonomía infundía respeto; llevaba una mitra en la cabeza y apoyaba su mano en un palo cuya extremidad superior se doblaba en forma de báculo. Un manto purpúreo cubría casi todo su cuerpo, pudiéndose ver, sin embargo, que llevaba debajo un traje de tela blanca como la nieve. Así que el galo-romano se volvió al ruido de los pasos del que entraba, se estremeció dando al mismo tiempo un grito de sorpresa.

— ¡El obispo de Reims! ¡Vos aquí, venerable Remi (2)! exclamó corriendo á su encuentro y arrodillándose á sus pies.

El sacerdote le bendijo, y apresurándose á levantarlo, le dijo con visible ansiedad:

— Aureliano, hijo mio, ¿qué triste nueva me habeis transmitido? pero supongo que eso no será mas que una opinión; ¿no es así? ¿Es una posibilidad que os inquieta, pero que no se realizará?

— Que debe realizarse hoy mismo desgraciadamente, respondió el galo-romano con abatimiento. Antes de medio día, Clodoveo ofrecerá á Lutgarda el don de la mañana (3) en el *mahlberg*, haciéndola solamente con este acto la inviolable promesa de tomarla por esposa al cabo de cuarenta noches (4).

— ¡Y vos no habeis podido impedir esa union! exclamó el obispo con voz conmovida. ¿Os ha faltado el poder, ó sera tibieza en la práctica de vuestros deberes para con Dios?

— Tal vez hubiera podido impedir esa alianza; por-

que Clodoveo no profesa á Lutgarda un afecto particular; pero eso no obstante, ese matrimonio debía hacerse por exigirlo el cumplimiento de nuestros grandes designios. Es una desgracia, es verdad; pero es preciso aceptarla para alejar una irreparable calamidad... No me mireis con aire de tan amarga reconvencción, padre mio, porque lo que he hecho lo he hecho de buena fe...

— ¡Pero eso es imposible! exclamó el obispo; ¿no conocéis acaso á Lutgarda? ¿Para qué os mostráis tan frío á la aproximación de ese fatal matrimonio?

El galo-romano se sentó en una silla al lado del obispo, inclinó la cabeza hácia él y le dijo en voz baja:

— ¿Si conozco á Lutgarda? Acercad el oído, padre mio, para que nadie oiga lo que voy á decir... Lutgarda es una alruna (1) iniciada por los sacerdotes de Odin en los sanguinarios misterios de la sagrada selva; los espíritus maléficó de las montañas y de las aguas la obedecen; puede echar sortilegios sobre los que odia, y por eso sin duda inspira respeto y amor á los rudos guerreros que la rodean, porque los francos admiran y aman todo lo que es poderoso, aun para el mal.

— ¿Una alruna? ¿Lutgarda una maga pagana? dijo el obispo asombrado.

— Ella encierra en su corazón la rabia y sed de sangre, como una loba que acaba de escaparse de las selvas de la Germania, replicó Aureliano. Ve que la doctrina cristiana mina poco á poco y de una manera irresistible el culto de sus dioses, como las olas del mar suben lentamente y acaban por sumergirlo todo, y por eso odia á los cristianos.

— ¿Y va á ser la esposa de Clodoveo? exclamó el sacerdote cada vez mas conmovido. ¿Una esclava del demonio llevará la corona que destina el Todopoderoso al jefe de los francos?

El galo-romano se acercó mas al obispo y le dijo de modo que apenas pudo ser oído, sin parecer cuidarse de su triste lamentación:

— Yo no sé si será cierto; pero se dice con misterio que Lutgarda sería capaz de envenenar con un tósigo desconocido á su misma hermana por celos...

Un grito de horror se escapó del pecho del sacerdote.

— ¡Oh Dios mio! dijo sollozando el joven héroe, ¿de quien esperábamos tan grandes cosas para la gloria y progresos del cristianismo, Clodoveo va á unir su suerte á la de esa mujer perversa? ¿Sus hijos mamarán con la leche de su madre su natural cruel y la ira que encierra hácia los cristianos? ¡Ah! ¡Aureliano, hijo mio, el espíritu del engaño ha fascinado vuestra inteligencia; es necesario impedir esa union!

Aureliano no pareció inmutarse por las severas palabras del obispo, y le dijo con entera sangre fría:

— Os he dicho de intento, padre mio, lo que es la futura esposa de Clodoveo, para que podáis juzgar con pleno conocimiento de causa. Permitidme que os exponga también las consideraciones que me han hecho reconocer la necesidad de esa union, pronunciada en seguida vuestro fallo acerca de mi conducta, y estoy pronto á someterme humildemente á vuestra sentencia. Ya sabeis que ha llegado la hora definitiva de la caída del imperio romano, y que todos los pueblos del Norte, borgoñones, alemanes, godos, alanos, vándalos y francos, se preparan á caer con tropas innumerables sobre la parte de Occidente en que el águila romana conserva todavía una reminiscencia de su vacilante dominio. La Galia es la parte que parece reservada por Dios mismo á los francos salioses; pero por desgracia la confederación franca tiene dos jefes poderosos, Clodoveo y Raganhaire, ambos hijos de Meroveo, y que uno y otro tienen derecho al poder supremo. Hace algun tiempo que no cabía la menor duda de que la asamblea de los guerreros no elevaría á otro que á Clodoveo á aquella alta dignidad; pero todos saben que en ese caso, Raganhaire, herido en su orgullo, rehusaría tomar parte en la guerra con sus deudos y guerreros; y Clodoveo por sí solo, no sería bastante fuerte para arriesgar una batalla contra el gobernador romano Siagrius. En semejante caso ¿qué sucedería infaliblemente? que los borgoñones, ya bastante poderosos, se hubieran extendido sin obstáculo por la Galia entera, y sabido es que los borgoñones están infestados con la falsa doctrina de Arrio, y que persiguen á los cristianos que han permanecido fieles con mas encarnizamiento, y son para la Iglesia enemigos mas peligrosos que los paganos mismos. Ahora bien, padre mio, entre los borgoñones y los francos en Galia, ¿á quién debíamos escoger?

— ¡Dios nos guarde de los borgoñones! dijo el obispo suspirando; esta sería la mayor de las calamidades (2).

— Así me ha hablado también la voz de mi conciencia, replicó Aureliano; he meditado; he llamado en mi auxilio mi conocimiento del mundo; he pedido á Dios me iluminase, y siempre ha surgido de mi espíritu el

(1) Las alrunes eran las sacerdotisas que se dedicaban á la adivinación y predicación de las cosas futuras, y lo que prueba que se entregaban también á la magia, era que la mandrágora, que era considerada en otro tiempo como la principal planta mágica, tiene aun hoy en flamenco el nombre de *alruine*, y en alemán el de *draunwurzel*.

Los sacerdotes de Odin se llamaban *bloedmanem* (hombre de sangre), nombre que debían á su empleo, que era principalmente degollar las víctimas ofrecidas á los dioses en los bosques consagrados.

(2) Los borgoñones eran un pueblo germánico, que desde mucho tiempo ya habia conquistado una parte de la Galia, á la que dió el nombre de Borgoña. La mayor parte de los borgoñones, incluso sus príncipes, eran arrianos, es decir, partidarios de la doctrina de Arrio, sacerdote que al principio del siglo IV emitió ideas nuevas sobre la divinidad de Cristo, suscitando un cisma en la Iglesia, que agitó el mundo civilizado por espacio de dos siglos, haciendo correr torrentes de sangre.

mismo juicio: la conquista de la Galia por los borgoñones sería la mayor de las calamidades. Por eso he aconsejado ese matrimonio á Clodoveo y le he pedido encarecidamente en nombre de mi adhesión hácia él, de su grandeza futura y de cuanto podía interesarle, aceptase esa union como el medio único de apaciguar á Raganhaire. Clodoveo ha doblado la cabeza con repugnancia ante una necesidad que es imposible desconocer, y va á ser el prometido de Lutgarda. Esta condición hará que Raganhaire desista de su oposición y contribuya hasta con sus guerreros á realizar la elección de Clodoveo. Ahora, venerable Remi, pronunciad vuestro fallo, y vos, cuya elevada sabiduría se alaba tan justamente, juzgad mi conducta é ilustradme con vuestros consejos si me he engañado.

El obispo permaneció largo tiempo con la mirada fija en la mesa, y solo despues de haberle preguntado una segunda vez Aureliano, fué cuando dijo suspirando y con triste resignación:

— ¡Ah! ¡esa fatal union es inevitable!

— ¿No es así? exclamó con júbilo el galo-romano; ¿no es verdad que el espíritu del engaño no me ha inspirado? ¿Vos, lumbrera de la Iglesia de Occidente, aprobais mi conducta?

— Debo confesarlo, hijo mio, respondió el obispo, cuya fisonomía manifestaba un profundo desaliento; debo confesarlo, y no obstante, esta confesion me causa un dolor indecible... Aureliano, considerais á Clodoveo como un instrumento en las manos de Dios; creiais que su espada poderosa defendería á los fieles cristianos; que sus hijos, bajo vuestra dirección, recibirían la verdadera luz... mi fe iba mas lejos, hijo mio; no solo veía á los descendientes de Clodoveo implorar de rodillas el nombre de Jesus, sino que veía al fiero pagano, al mismo Clodoveo, recibiendo el bautismo y esgrimiendo su espada contra los enemigos de nuestro Dios.

Mientras el obispo hablaba así, Aureliano le miraba con una emoción profunda; por fin, tomándole las manos, dijo con un tono que acusaba el alivio de su alma:

— ¡Oh! padre mio, lo mismo creía yo; esa era mi esperanza.

— ¡Esperanza que quizá se ha perdido para siempre!

Los ojos del sacerdote se humedecieron; Aureliano respetó su tristeza algunos instantes, y luego dijo con voz mas serena:

— Tan bellas perspectivas no podían realizarse sin un milagro. No conocéis á Clodoveo; está muy apegado á sus dioses, y no sé qué habría en la tierra bastante fuerte para hacerle renegar la fe de sus antepasados.

— Pues yo lo sé, murmuró el obispo con tono misterioso. Lo que es omnipotente sobre el corazón de los hombres tanto para el bien como para el mal, es la mujer.

— ¡Oh! No, respondió Aureliano; Clodoveo es, por decirlo así, insensible al amor de las mujeres.

— Tanto mejor; así cuando un día se enamore, amará con toda la fuerza de un alma virgen.

— ¿Cuál es pues vuestra esperanza, venerable Remi?

— Si ese fatal casamiento con la pagana no hubiese destruido mi plan, Clodoveo habría venido á ser grande y poderoso por su triunfo sobre los romanos, y yo habría trabajado para que eligiera una ilustre esposa, que habría sido cristiana. Supon que la hubiese amado: ¿no crees que el amor de Clodoveo habría hecho su corazón accesible á la verdad que le habría anunciado cada día durante años una boca amada, la de la madre de sus hijos?

— En efecto, dijo Aureliano, quizá habría sido así; pero también rompiais el instrumento de que queriais servir en honor de Dios; pues los francos renegarían y abandonarían á Clodoveo si mezclaba su sangre con la de una cristiana.

— ¿De modo que todo está perdido? ¿Debemos limitarnos á hacer de un pagano el defensor de nuestra Iglesia?...

— No, no, dijo Aureliano con tono consolador; yo velaré en silencio, soportaré el desprecio y la injuria; pero iré hácia el fin que mi padre en su lecho de muerte me mostraba en el porvenir.

De repente Aureliano se interrumpió para escuchar algunos sonidos de trompeta, y levantándose con presteza, dijo al obispo:

— Llega Clodoveo con sus leudes; no debe veros aquí; muchos de sus guerreros, y el mismo Raganhaire, le acusan de proteger á los cristianos...

El obispo se levantó para salir, y mientras el galo-romano le acompañaba fuera de la sala, le dijo:

— Necesito pedir os aun una noticia sobre el estado de los negocios en la Galia; el mensajero que os envié ayer no os hallará en Reims; venid á mi aposento.

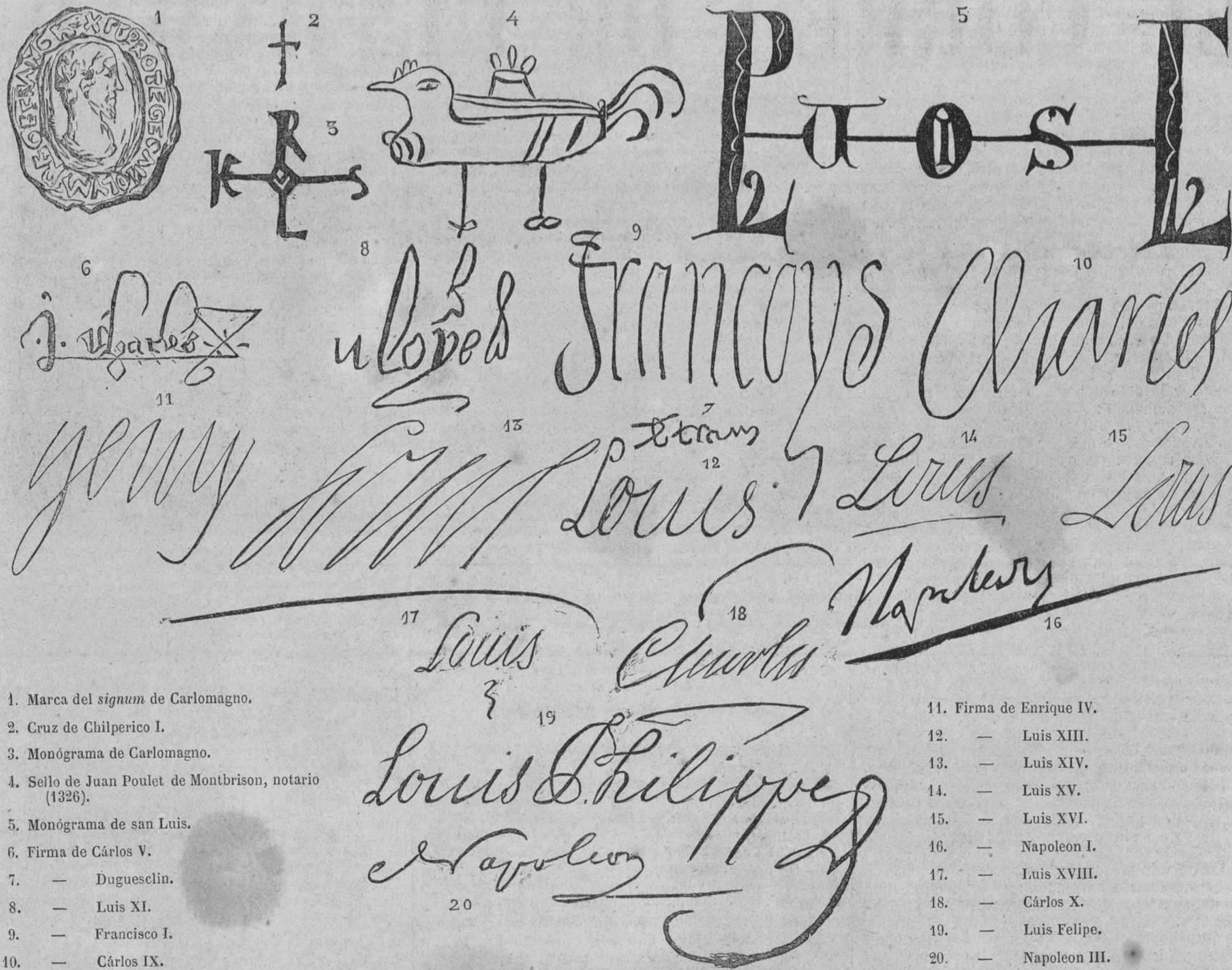
La cortina de la puerta cayó detrás de ellos, y la sala se quedó vacía y silenciosa.

Muy luego resonó el paso de una persona que se acercaba.

Clodoveo entró; echó una mirada rápida hácia la mesa donde se hallaba por lo comun su confidente, se paseó algunos instantes como absorbido en sus pensamientos, y luego se detuvo.

Era imposible ver un hombre de una fisonomía mas hermosa y de una actitud mas imponente. De alta estatura, muy robusto y con un porte de cabeza recto y fiero, parecía nacido para mandar y dominar, sobre todo en aquella época en que la fuerza física y la intrepidez pasaban por las dos cualidades mas eminentes.

(Se continuará.)



- 1. Marca del *signum* de Carlomagno.
- 2. Cruz de Chilperico I.
- 3. Monograma de Carlomagno.
- 4. Sello de Juan Poulet de Montbrison, notario (1326).
- 5. Monograma de san Luis.
- 6. Firma de Carlos V.
- 7. — Duguesclin.
- 8. — Luis XI.
- 9. — Francisco I.
- 10. — Carlos IX.

- 11. Firma de Enrique IV.
- 12. — Luis XIII.
- 13. — Luis XIV.
- 14. — Luis XV.
- 15. — Luis XVI.
- 16. — Napoleon I.
- 17. — Luis XVIII.
- 18. — Carlos X.
- 19. — Luis Felipe.
- 20. — Napoleon III.

Firmas de soberanos franceses desde Chilperico hasta Napoleon III.

**Del origen de la firma**

Y DE SU EMPLEO EN LA EDAD MEDIA.

En la alta antigüedad los documentos solo se hacian auténticos estampando al pié del escrito el *signum* grabado sobre el sello de una sortija que se llevaba en el dedo.

Este uso persistió en Roma hasta el tiempo de Ciceron. A fines de la república se exigió para la validez de ciertos testamentos, no solo la estampacion de los *signa* del testador y de los testigos, sino tambien la de su *scriptio*, trazada de su propia mano, esto es, la declaracion autógrafa de sus nombres y cualidades, y del papel que habian desempeñado en el acto.

Limitada primeramente a los testamentos, la suscripcion fué aplicada muy luego a todos los actos privados ó públicos, y entonces sucedió frecuentemente lo que aun sucede hoy, que las partes contratantes ó los testigos no sabian ó no podian firmar. En vista de esta imposibilidad material de obedecer a la letra de la ley, se trató de observar su espíritu, dejando sobre el acto que contenia las disposiciones ó los convenios, una prueba evidente de presencia y de intencion, y se introdujo el uso de hacer trazado con el calamo al suscriptor ignorante ó imposibilitado una señal cualquiera al lado de la suscripcion escrita en su nombre por el notario ó el escribano. Esta señal se llamó despues *signum manuale*, por oposicion al signo que resultaba cuando se estampaba el anillo.

De aquí deriva nuestra firma actual. Los conquistadores que se repartieron el mundo romano adoptaron las tradiciones romanas sobre la autenticidad de las escrituras, como lo prueban los códigos barbaros y los documentos contemporáneos. Entre ellos tambien la estampacion del anillo y de la suscripcion autógrafa era de regla; y únicamente en el caso de imposibilidad material no se suscribia de mano propia. Pero durante el largo periodo de ignorancia que reinó en la sociedad del VI al XII siglo, las tradiciones se desnaturalizaron hasta el punto de llegar a ser no solo imposibles de conocer, sino tambien inútiles. La estampacion por medio del anillo cayó en desuso; únicamente los reyes le conservaron, pero trasformandole en sello.

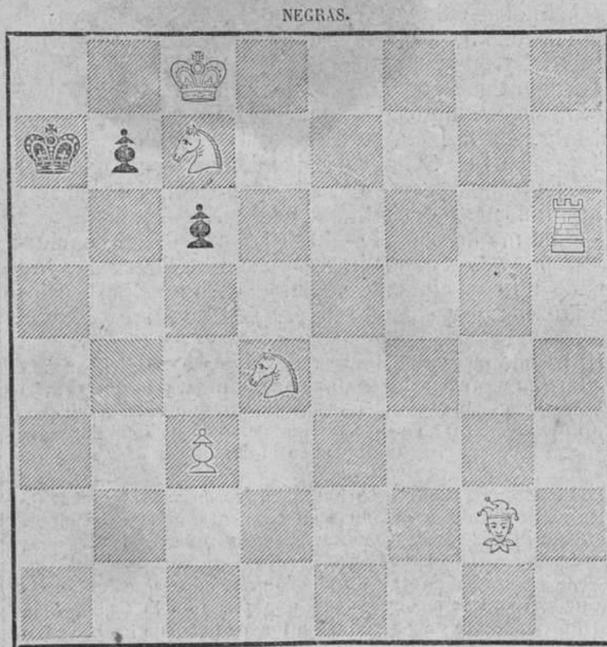
La suscripcion perdió completamente su carácter; y en el siglo X ya ni se sabia lo que era. Los términos *signum* y *signare* se desviaron de su sentido primitivo.

**Problemas de ajedrez.**

Solucion del número 110.

- 1 A 5ª CRª R 3ª R
- 2 R come P R 3ª ó 4ª Rª
- 3 Rª 5ª R jaque-mate.

PROBLEMA NUM. 111, POR M. G. BAYER.



Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Ya en el siglo VII no se entendia por *signum* mas que la señal manual trazada por las partes ó los testigos.

Durante este periodo se hicieron cruces y monogramas. El uso del signo manual se abandonó generalmente a mediados del siglo XII; únicamente algunos notarios perpetuaron su practica.

En el siglo XIII, en los paises de derecho escrito y despues del renacimiento de los estudios juridicos, se ve aparecer de nuevo en los testamentos el signo manual, trazado no solo por personas iletradas, sino por médicos, magistrados, etc.

La presencia ó el empleo de estos signos se explica: 1º por la causa a que deben su origen, la ignorancia de los suscritores; 2º por el sentido dado a la palabra *signum* en los siglos de barbarie literaria.

Del siglo XIII al XVI se varian hasta lo infinito las figuras de los signos. Se ven cruces, monogramas, máximas, iniciales, nombres; — ornatos, atributos, blasones, figuras alusivas al nombre del firmante, representaciones de animales, de edificios, etc.

Sin embargo, a principios del siglo XIII se observa una tendencia marcada a introducir el nombre en las figuras de los signos.

A mediados de este siglo algunos notarios imaginan un signo muy sencillo, formado con letras de su nombre escrito en caracteres cursivos y acompañado de algunos rasgos de pluma que llamaron *signo del nombre* ó *signo pequeño*, por oposicion a su signo ordinario.

Este signo, que se introdujo en la chancilleria real en tiempo de Felipe el Hermoso, fué adoptado muy luego por todos los notarios y por muchos funcionarios.

A imitacion sin duda de lo que se practicaba en la chancilleria, el rey Juan firmó con su nombre cartas misivas; y su sucesor, Carlos V, firmó igualmente cartas y documentos reales. El signo con el nombre, es decir, nuestra firma, llegó a ser desde entonces facultativo como todo capricho de la moda, hasta mediados del siglo XVI, época en que la firma fué obligatoria para todas las personas letradas.

Tomamos las curiosas noticias que preceden de un interesante librito acabado de publicar por M. Guigne con el titulo que encabeza este articulo, obra de la que copiamos tambien los signos manuales y las firmas de los soberanos franceses desde Chilperico I hasta Napoleon III.

R. DE C.